

HISTORIA DE MI VIDA

H. G. WELLS *dijo:* Hellen Keller, uno de los cerebros más inteligentes de América.

EDICIONES SIGLO VEINTE



Colección

MUSICA Y BALLET

La más bellas y completas biografías de los músicos, bailarines y artistas más célebres, escritas por eminentes autores, cuyo reconocido prestigio en el terreno de las artes musicales acrecienta el valor didáctico y estético de esta colección de vidas extraordinarias.

Volúmenes de gran tamaño, 18 × 24 ctms., de hermosa presentación, con sobrecubiertas barnizadas a tres colores.

ALFRED COLLING
Schuman - Su vida

MARY TIBALDI CHIESA
Schubert - Su vida y su obra
Mussorgsky

JOHN ERSKINE
Mendelssohn - Canción sin palabras

GUY DE POURTALES
Chopin
Liszt
Berlioz

ANETTE KOLB
Mozart

KLAUS MANN
Chaikovsky

ROMOLA NIJINSKY
Nijinsky

RENEE DE SAUSSINE
Paganini - El mago

RICARDO WAGNER
Mi vida

FRANZ WERFEL
Verdi - La novela de la Opera

S. KRACAUER
Offenbach o El secreto del Segundo Imperio

SERGIO LIFAR
La danza

J. H. JACOB
Johann Strauss



HISTORIA DE MI VIDA

HELEN KELLER

HISTORIA DE MI VIDA

Con su correspondencia
(1887 - 1901)

EDICIONES SIGLO VEINTE
BUENOS AIRES

Título del original inglés
HISTORY OF MY LIFE

Traducción de
RICARDO DEBENEDETTI

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA.

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723. Copyright by EDICIONES SIGLO VEINTE S. R. L. - Capital, $ 200.000 m/n. Juncal 1131 — Buenos Aires.

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

CAPITULO PRIMERO

Es con cierto temor que comienzo a escribir la historia de mi vida. Me invade una como supersticiosa vacilación, al alzar el velo que cubre mi infancia como una niebla áurea. La tarea de escribir una autobiografía es difícil. Cuando intento establecer una clasificación de mis impresiones primeras, me encuentro con que la realidad y la fantasía guardan estrecha semejanza a través de los años que ligan el pasado con el presente. La mujer pinta las experiencias infantiles según su propia fantasía. Algunos escasos recuerdos de los primeros años de mi vida perduran aún con intensidad; pero *las sombras de la prisión ocultan el resto.* Además, muchas alegrías y tristezas de la infancia han perdido su aspereza; y muchos incidentes de importancia vital en mi educación temprana han sido olvidados en la conmoción producida por los grandes descubrimientos. Por todo ello, y con el propósito de no hacerme tediosa al lector, trataré de presentar en una serie fragmentaria, tan sólo los episodios de mi vida que juzgo de mayor interés e importancia.

Nací el 27 de junio de 1880, en Tuscumbia, un pueblito al norte de Alabama. Mi familia, por vía paterna, desciende de Caspar Keller, natural de Suiza, establecido en Maryland. Uno de mis antepasados suizos fué el primer maestro de sordos en Zurich y escribió un libro sobre su educación. Es ésta una coincidencia singular, aunque es verdad también que no hay rey sin un esclavo entre sus mayores, ni esclavo sin rey entre los suyos.

Mi abuelo, el hijo de Caspar Keller, *participó* de la posesión de grandes extensiones de campo en Alabama y se estableció finalmente allí. Me han contado que una vez por año hacía un viaje a caballo desde Tuscumbia a Filadelfia, para comprar suministros

para la plantación, y mi tía conserva muchas cartas por él dirigidas a su familia, en las que narra en forma agradable y con gran colorido las incidencias de esos viajes. Mi abuela por parte de los Keller era hija de uno de los ayudantes de campo de Lafayette, y nieta de Alejandro Spotswood, uno de los primeros gobernadores coloniales de Virginia, y prima segunda de Robert E. Lee.

Mi padre, Arthur H. Keller, fué capitán del ejército Confederado, y mi madre, Kate Adams, mucho más joven que él, casóse en sus segundas nupcias. Su abuelo, Benjamín Adams, contrajo matrimonio con Susana E. Goodhue, y vivió en Newburyport y Massachusetts, durante muchos años. El hijo de ambos, Charles Adams, nació en Newburyport, y se trasladó a Helena, Arkansas. Al estallar la Guerra de Secesión, peleó con las fuerzas del Sud, ascendiendo a brigadier general. Se casó con Lucy Helen Everett, que pertenecía a la misma familia de los Everett, de la que eran miembros Edward Everett y el doctor Edward Everett Hale. Al terminar la guerra, la familia se trasladó a Memphis, Tennesse.

Yo vivía, hacia la época en que la enfermedad me privó de la vista y el oído, en una casita constituída por una gran habitación cuadrada y una más pequeña, dormitorio de sirvientes. Es costumbre en el Sud construir junto a la casa habitación una más pequeña para ser utilizada en determinadas ocasiones. De acuerdo a este plan, mi padre edificó después de la Guerra Civil, y al casarse con mi madre, quedáronse a vivir en casa. Estaba completamente cubierta de vid, rosas trepadoras y madreselvas. Mirada desde el jardín parecía un emparrado. Una cortina de rosas amarillas y de esmilaces meridionales ocultaban a la vista el diminuto pórtico, refugio favorito de colibríes y de abejas. El hogar de los Keller, donde vivía la familia, se hallaba a unos pasos de nuestra pequeña glorieta de rosas. Se la llamaba Ivy Green, porque tanto la casa como los árboles y las verjas que la rodeaban se hallaban cubiertos de una hermosa hiedra inglesa. Su jardín, diseñado a la antigua, fué el paraíso de mi infancia.

Aun en los días que precedieron a la llegada de mi maestra, acostumbraba yo a tantear los duros setos de boj, y guiada por el sentido del olfato, a encontrar las primeras violetas y los primeros lirios. Allí también, luego de algún arrebato temperamental, iba yo a buscar alivio y a ocultar mi rostro ardiente en la frescura de las hojas y el pasto. ¡Cuánta alegría me deparaba el perderme en aquel jardín de flores, la vagancia feliz de lugar en lugar, hasta que, llegando de pronto a una hermosa enredadera, la reconocía por

sus hojas y capullos, sabedora de que cubría la destartalada habitación veraniega, situada en el extremo más alejado del jardín! Allí también había clemátides rastreras, jazmines del aire y ciertas flores muy bellas y raras, llamadas lirios-mariposas, por asemejarse sus frágiles pétalos a las alas de aquéllas. Pero las rosas eran las más amables de todas las flores. Nunca me he encontrado en los invernáculos del Norte con rosas tan cordiales como las trepadoras de mi hogar meridional. Colgaban en largos festones de nuestro pórtico, llenando todo el aire con su fragancia, inmaculada de todo olor terrestre; y temprano, a la mañana, lavadas en el rocío, eran tan suaves, tan puras, que no podía yo menos que preguntarme si no se parecerían a los asfódelos del jardín de Dios.

El comienzo de mi vida, fué sencillo y similar al de todas las demás vidas de niños. Vine, vi y vencí, como lo hace siempre el primer bebé de la familia. Se discutió mucho, como de costumbre, sobre el nombre que habría de llevar. Todos convenían en que la primera de la familia no debía ser nombrada, así como así, sino después de una atenta y larga consideración. Mi padre sugirió el nombre de Mildred Campbell, un antepasado suyo, por quien profesaba gran estima, y renunció a seguir discutiendo el asunto. Mi madre resolvió el problema, expresando su deseo de que fuera llamada como la suya, cuyo nombre de soltera fué Helen Everett. Pero en su agitación, al llevarme a la iglesia, olvidó el nombre durante el camino, muy lógicamente por otra parte, ya que había decidido no participar en su elección. Cuando el ministro de Dios se lo preguntó, sólo recordaba que se había resuelto llamarme como a mi abuela, y dió por su nombre el de Helen Adams.

Me han referido que aun en mantillas mostré muchos signos de firmeza de carácter. Me esforzaba por imitar todo lo que veía hacer a los demás. A los seis meses podía ya gritar "How d'ye", y un día atraje la atención de todos diciendo "Tea, Tea, Tea", con entera facilidad. Aún después de mi enfermedad recordaba una de las palabras aprendidas en los primeros meses. Era el vocablo *water,* y seguí *emitiendo* un *sonido* correspondiente a esa *palabra,* después de haber perdido el resto del habla. Dejé de *emitir* el *sonido* *wahwah,* sólo cuando hube aprendido a deletrear esa *palabra.* Cuentan que caminé el día que cumplí un año. Mi madre me había sacado de la bañera y me sostenía en su falda, cuando me atrajo repentinamente la fluctuación de la sombra de las hojas, que danzaban a la luz del sol, sobre el suelo. Me deslicé de la falda de mi

madre y me abalancé casi corriendo hacia ellas. Acabado el impulso, me caí y lloré para que me volviera a tomar en sus brazos.

Estos días felices no duraron mucho. Una primavera breve y musical en el canto del petirrojo y del mirlo; un verano rico de frutos y rosas; un otoño de oro y carmesí, pasaron aprisa, dejando su dádiva a los pies de una criatura anhelante y deleitada. Entonces, en el melancólico mes de febrero, vino la enfermedad que cerró mis ojos y mis oídos, sumergiéndome en la inconsciencia de un recién nacido. Decían que era una congestión aguda del estómago y el cerebro. El médico creyó que no sobreviviría. No obstante, una mañana, temprano aún, la fiebre me abandonó tan súbita y misteriosamente como había venido. Gran regocijo reinó en la familia esa mañana, pero nadie, ni aun el galeno, supo que yo no podría ver ni oír jamás.

Se me antoja conservar todavía algunos confusos recuerdos de esa enfermedad; especialmente la ternura con que mi madre procuraba consolarme en las horas que sucedían a mi despertar irritado y doloroso; y a este mismo despertar, agónico y azorado, término de un agitado sueño a medias, cuando volvía mis ojos tan cálidos y tan secos, hacia la pared, lejos de la luz amada anteriormente, que día a día iba recibiendo más debilitada por las sombras. Pero excepto estos fugaces recuerdos, si es que pueden llamarse tales, todo lo demás parece tan irreal como una pesadilla. Poco a poco, me acostumbré al silencio y a la oscuridad que me rodeaba, y olvidé que todo había sido otrora diferente, hasta que vino ella —mi maestra—, la que debía liberar mi espíritu. Pero durante los primeros diecinueve meses de mi vida, yo había recogido la visión del ancho campo verde, de un cielo luminoso, de los árboles y de las flores, que las tinieblas posteriores no pudieron borrar del todo. Si hemos visto una vez, *el día es nuestro y todo lo que el día enseña.*

CAPITULO II

No puedo recordar lo ocurrido en el transcurso de los primeros meses que sucedieron a mi enfermedad. Sólo sé que me sentaba en la falda de mi madre, o que la acompañaba, tomada de su vestido, mientras cumplía los quehaceres domésticos. Mis manos sentían cada objeto y observaban cada movimiento, y de este modo aprendí a conocer muchas cosas.

Pronto tuve la necesidad de poder comunicarme con los demás y comencé a gesticular algunos signos imperfectos. Un sacudimiento de la cabeza significaba *no,* y una inclinación, un *sí;* un tirón, *ven,* y un empujón, *ve.* ¿Quería pan?, imitaba entonces el acto de cortar las rebanadas y el de untarlas de manteca. Si deseaba que mi madre hiciera helados para la comida, hacía gestos como si estuviera revolviendo la sorbetera, y tiritaba, indicando el frío. Advertía siempre cuándo quería ella que fuera a buscarle algo, y me lanzaba escaleras arriba a traérselo, o a cualquier lugar que me señalase. Le debo ciertamente a su amorosa cordura todo lo que de brillante y de bueno tuvo mi larga noche.

Entendía muchas de las cosas que me sucedían. A los cinco años aprendí a doblar y a guardar la ropa traída de la lavandería, distinguiendo mis prendas de las de los demás. Sabía, por la forma en que mi madre y mi tía se vestían, si estaban por salir, e invariablemente les rogaba que me dejasen acompañarlas. Se mandaba por mí, siempre que venían visitantes, y al retirarse los huéspedes agitaba la mano en señal de despedida; rememoro vagamente el sentido de aquel gesto. Un día, unos señores visitaron a mi madre, y sentí cuando cerraban la puerta, y otros sonidos que denotaban su llegada. Inspirada por una idea repentina, corría antes de que ninguno pudiese detenerme para vestirme un conjunto de creación

personal, apropiado para un día de visitas. Parada frente al espejo, como había visto hacer a otros, me puse aceite en la cabeza y me cubrí el rostro con una espesa capa de polvos. Me sujeté luego a los cabellos, con alfileres, un velo que caía en pliegues sobre mis hombros, ajustando a mi pequeña cintura unas enormes caderillas que se bamboleaban detrás mío, tocando casi el dobladillo de la pollera. Ataviada de ese modo, bajé para ayudar a atender a los huéspedes.

No recuerdo cuándo advertí por primera vez que yo era distinta de los demás, pero lo supe antes que viniera mi maestra. Había notado que mi madre y mis amigos no se valían de signos, como yo, cuando deseaban que algo se cumpliera, sino que hablaban, valiéndose de la boca. En ocasiones me encontré entre dos personas que hablaban, y tocaba sus labios. Pero no podía entenderlas y me afligía. Movía los labios, gesticulando con frenesí, sin obtener resultado. Todo ello me irritaba tanto que a veces me ponía furiosa, gritando hasta quedar exhausta.

Creo que sabía cuándo me ponía fastidiosa, pues notaba la molestia que ello le causaba a mi niñera. Una vez pasado el arranque, experimentaba un sentimiento semejante al pesar. Pero no recuerdo caso alguno en el que ese sentimiento me impidiera repetir la mala acción si no podía conseguir lo que quería.

En aquella época, mis inseparables compañeras eran una niñita de color, Martha Wáshington, hija de nuestra cocinera, y Belle, vieja perdiguera y gran cazadora en sus buenos tiempos. Martha Wáshington comprendía mis signos y rara vez tenía yo dificultades para hacerle obrar como quería. Me complacía en ejercer sobre ella mi dominio, y ella escogía casi siempre el sometimiento a mi tiranía, antes que tener que afrontar un belicoso encuentro a mano limpia. Yo era fuerte, activa, indiferente a las consecuencias. Tenía el conocimiento suficiente de mis propios pareceres, y también el del modo de llevarlos a la práctica, aunque en su cumplimiento debiera luchar a brazo partido. Pasábamos horas en la cocina, amasando, ayudando a hacer helados, moliendo café, disputándonos la posesión de una fuente, y alimentando a las gallinas y a los pavos que en gran número transponían los umbrales de la cocina. Algunos eran tan audaces que comían de mi mano y dejaban que los tocase. Un pavo grande me arrebató un día de la mano un tomate y escapó corriendo con él. Inspirados tal vez por su éxito, trasladamos a la leñera una torta, garrapiñada poco antes por la cocinera, y nos

la comimos toda. Me sentí muy mal luego, y reflexionaba sobre si el mismo castigo le habría cabido al pavo.

La gallina de Guinea acostumbra a ocultar su nido en lugares apartados del camino, y una de mis mayores satisfacciones consistía en buscar sus huevos entre los pastizales. No podía decirle a Martha Wáshington que quería salir a caza de huevos, pero en esos casos curvaba juntas ambas manos y las ponía en el suelo. Martha me entendía siempre. Cuando teníamos la fortuna de encontrar un nido, no le permitía llevar los huevos a casa, haciéndole entender con enfáticos signos que podía caerse y romperlos.

Los cobertizos donde se guardaba el maíz, el establo de los caballos y la cuadra donde por la mañana y la tarde eran ordeñadas las vacas, eran fuentes siempre rebosantes de interés para Martha y para mí. Los ordeñadores me permitían posar las manos sobre los animales mientras se realizaba la operación, y a menudo recibía mi merecido por parte de la ordeñada en castigo por mi curiosidad.

Me agradaron siempre los preparativos para celebrar la Navidad. Por supuesto, que no sabía qué era lo que acontecía, pero gozaba de los deliciosos olores que invadían la casa, y de los bocados que nos daban a Martha y a mí para que estuviésemos quietas. Sentíamos nuestra inutilidad para el trabajo, pero ello no disminuía nuestro placer en lo más mínimo. Nos permitían moler las especias, pescar las pasas y saborear los residuos que quedaban sobre las cucharas de batir. Yo colgaba mi media porque los demás lo hacían; no recuerdo, sin embargo, que la ceremonia me interesara sobremanera, ni que la curiosidad me impulsase a levantarme antes del día para buscar mis regalos.

Martha Wáshington amaba la travesura tanto como yo. Dos pequeñas estaban sentadas una cálida tarde de julio en el umbral de la galería. Una de ellas era negra como el ébano, y llevaba atados, con cordones en la cabeza, infinidad de bucles que parecían tirabuzones. La otra era blanca, y tenía largos rulos rubios. Una de las niñitas tenía seis años, y la otra uno o dos más. La menor era ciega —era yo— y la otra era Martha Wáshington. Estábamos muy entretenidas cortando nuestras muñecas de papel, pero pronto nos aburrimos de ese pasatiempo, y después de cortarnos los cordones de los zapatos, y de podar todas las hojas de la madreselva a nuestro alcance, torné mi atención a los tirabuzones de Martha. Al principio opuso alguna resistencia, pero finalmente se rindió. Y pensando que la reciprocidad es madre del

juego justo, tomó las tijeras y me cortó un rulo. Hubiera terminado por cortármelos todos de no mediar la oportuna intervención de mi madre.

Belle, nuestra perra, y mi segunda compañera, era vieja y haragana, gustaba más de dormir al calor del hogar que de retozar conmigo. Traté insistentemente de enseñarle mi idioma de signos, pero era estúpida y desatenta. A menudo se sobresaltaba y estremecía, terriblemente excitada, como acostumbraban a hacer los perros cuando señalan un pájaro. No sabía yo a la sazón por qué obraba Belle de ese modo; pero sabía que no estaba haciendo lo que yo quería. Eso me encolerizaba, y la lección degeneraba siempre en un match de box con un solo contrincante. Belle se levantaría y luego de desperezarse, daría dos o tres resuellos despreciativos, para irse al lado opuesto del hogar. Se echaba allí otra vez, y yo, afligida y contrariada, me retiraría en busca de Martha.

Muchos incidentes ocurridos durante esos primeros años se hallaban fijos en mi memoria, aislados, pero claros y distintos, dando mayor intensidad al sentido de esa mi silenciosa vida, sin objeto y sin luz.

Un día volqué agua sobre mi delantal, y lo extendí para secarlo junto al fuego que chisporroteaba en el hogar de la estancia. La tela no se secaba con la deseada rapidez, y la acerqué más a las brasas. De pronto, el fuego hizo presa en la prenda, y en un instante me hallé con las ropas ardiendo. Di unos gritos espantosos, que atrajeron la atención de Viny, mi vieja niñera, que acudió a rescatarme. Me echó encima una frazada que por poco me sofoca, pero logró apagar el fuego. Excepto en las manos y en los cabellos no experimenté otras quemaduras.

Fué en esa época que descubrí el uso de la llave. Una mañana encerré a mi madre en la despensa, donde debió permanecer tres horas, pues los criados se hallaban en un lugar apartado de la casa. Quedó allí golpeando la puerta, mientras yo, sentada afuera en el umbral del pórtico, reía con gran regocijo, al percibir el estrépito que producía. Esta travesura mayúscula convenció a mis padres de que yo debía comenzar a recibir alguna educación tan pronto como fuera posible. Llegada mi maestra, Miss Sullivan, busqué una oportunidad de encerrarla en su cuarto. Subí a la planta alta para llevarle algo, de acuerdo a una orden de mi madre, pero apenas se lo entregué, di un portazo, cerré con llave y guardé ésta bajo un ropero. No se pudo obtener de mí que confesara el escondite de la llave. Mi padre se vió obligado a tomar una esca-

lera y a sacar a Miss Sullivan por la ventana, lo que me causó una gran satisfacción. Meses después descubrí la llave.

Cuando contaba cinco años aproximadamente, nos mudamos de la casita cubierta de enredaderas, a una nueva y más amplia. La familia la integraban mi padre, mi madre, dos hermanos políticos, mayores que yo, y posteriormente, una hermanita, Mildred. El más lejano recuerdo que conservo de mi padre, es el de abrirme camino a través de montones de diarios abiertos a su lado, y encontrarle solo teniendo una hoja de papel ante el rostro. Me intrigaba mucho saber lo que hacía, e imitaba su actitud, hasta poniéndome los anteojos, en la creencia de que podrían ayudarme a develar el misterio. Pero no hallé el secreto durante varios años. Entonces, mucho después, supe lo que eran esos diarios, y que él dirigía uno de ellos.

Era mi padre hombre muy amable y complaciente, dado a su hogar, y que pocas veces se separaba de nosotros, excepto en la época de caza. Según me han dicho, era un gran cazador, y su puntería era famosa. Después de su familia amaba a sus perros y a su fusil. Muy hospitalario, casi con exceso, rara vez volvía a casa sin un huésped. Se enorgullecía, especialmente, de su gran jardín, donde al decir de todos, criábanse las sandías y fresas más finas de la zona; y a mí me traía las primeras uvas maduras y las fresas escogidas. Recuerdo sus caricias mientras me llevaba de árbol en árbol, de viña en viña, y el enorme placer que experimentaba en todo lo que a mí me agradaba.

Era un gran narrador de cuentos; y después de que hube yo adquirido la noción del lenguaje, acostumbraba a deletrear torpemente en mi mano sus más punzantes anécdotas, y nada lo complacía tanto como que yo las repitiera en el momento oportuno.

Gozaba yo, durante mi permanencia en el Norte, de los últimos días lindos del verano de 1896, cuando tuve noticias de la muerte de mi padre. Había sufrido una corta enfermedad, con un breve período de agudo sufrimiento, y todo había terminado. Fué ésta mi primera gran tristeza, mi primera experiencia personal de la muerte.

¿Cómo escribir acerca de mi madre? Está tan próxima a mí, que casi me parece *indecoroso* hablar de ella.

Durante largo tiempo consideré a mi hermanita como a una intrusa. Sabía que yo había dejado de ser la predilecta única de mi padre, y ese pensamiento me infundía grandes celos. La sentaban casi constantemente en la falda de mi madre, donde acos-

tumbraba yo a sentarme antes, y parecía absorberlo todo, su cuidado y su tiempo. Un día sucedió algo que me pareció añadir el insulto a la injuria.

Tenía yo en aquel tiempo una archimimada y archimaltratada muñeca, que después llamé Nancy. Era ¡ay! la indefensa víctima de mis arranques de ira o de afecto, que hice mi preferida. Poseía otras muñecas que hablaban, lloraban, abrían y cerraban los ojos, pero nunca amé tanto a una como a la pobre Nancy. A menudo me pasaba una hora o más meciéndola en su cuna, guardándolas ambas, cuna y muñeca, con el más celoso cuidado. Pero un día descubrí a mi hermanita durmiendo plácidamente en el lecho de Nancy. Y ante esa presunción por parte de un ser al que ningún lazo de amor me ataba aún, me enojé. Me abalancé sobre la cuna y la di vuelta, y la beba se hubiera matado de no haberla recibido mi madre en sus brazos al caer.

Así acontece cuando andamos en el valle de la doble soledad, y ¡cuán poco sabemos de los tiernos afectos nacidos de las palabras y acciones cariñosas y de la compañía! Pero después, al restituírseme mi herencia humana, Mildred y yo crecimos y nos adueñamos de nuestros corazones, tanto que nos sentíamos enteramente felices al ir, tomadas de la mano, dondequiera que el capricho nos llevase, aun cuando ella no pudiera entender mi idioma digital, ni yo sus balbuceos infantiles.

CAPITULO III

Mientras tanto, el deseo de expresarme, crecía. Los pocos signos que usaba eran cada vez menos apropiados, y los fracasos de mis intentos por hacerme entender eran sucedidos invariablemente por arrebatos personales. Sentía como si me aprisionaran manos invisibles, y hacía desesperados esfuerzos por librarme. Luchaba—no porque la lucha cambiara el curso de los acontecimientos—, sino porque el espíritu de resistencia era fuerte en mí; generalmente rompía a llorar, y caía en el agotamiento físico. Si mi madre se encontraba cerca de mí, me echaba en sus brazos, sintiéndome tan feliz que ni aún podía recordar la causa de la tempestad. Después de un tiempo la necesidad de medios de comunicación se hizo tan imperiosa, que esos arranques me sobrevenían a diario, en ocasiones, hora a hora.

Mis padres estaban apesadumbrados y perplejos. Vivíamos muy apartados de escuela alguna para ciegos o sordos, y era muy poco factible que alguien se llegara a un lugar tan alejado como Tuscumbia, para enseñarle a una niña que padecía a la vez de la sordera y la ceguera. Algunos amigos dudaban, por otra parte, de que realmente se me pudiese enseñar. El único rayo de esperanza de mi madre, provenía del *American Notes,* de Dickens, donde se relata el caso de Laura Bridgman, que, recordaba vagamente, era sorda y ciega y, sin embargo, se la había podido educar. Pero recordó también, angustiada, que el doctor Howe, descubridor del sistema de enseñanza para los sordos y los ciegos, había muerto muchos años antes. Sus métodos habrían muerto con él probablemente, y si no era así; ¿cómo podría beneficiarse con ellos una niñita que vivía en un lejano pueblo de Alabama?

Contaba yo aproximadamente seis años, cuando mi padre

supo que un eminente oculista de Baltimore había tenido éxito en muchos casos, al parecer irremediables. Decidieron de inmediato llevarme a Baltimore para ver si algo podía hacerse por mis ojos.

El viaje, que recuerdo muy bien, fué muy agradable. Me hice amiga de muchas personas en el tren. Una señora me regaló una caja de conchas que mi padre perforó para que pudiera enhebrarlas con un hilo, y durante largo rato me tuvieron alegre y contenta. También el guarda era amable. Con frecuencia, al hacer sus recorridas, me asía con fuerza del saco, mientras él pedía y marcaba los boletos. El punzón, con el que me dejaba jugar, era un juguete delicioso. Acurrucada en un rincón del asiento, me entretuve durante horas haciendo graciosos agujeritos en pequeños trozos de cartón.

Mi tía me fabricó, con toallas, una muñeca enorme. Era la cosa más cómica y deforme aquella improvisada muñeca sin nariz, boca, ni orejas ni ojos; no tenía nada que ni aún la imaginación de un niño pudiese convertir en un rostro. Y cosa curiosa, la carencia de ojos me impresionó más que todos los otros defectos juntos. Señalé esa falta a los presentes, con provocativa insistencia, pero nadie parecía capaz de proveer de ojos a la muñeca. Una idea luminosa me asaltó, sin embargo, y el problema quedó resuelto. Volqué el asiento y busqué debajo de él, hasta encontrar una esclavina de mi tía, prenda que se hallaba guarnecida de grandes cuentas. Arranqué dos, y le indiqué que deseaba que las cosiera a la muñeca. Me levantó la mano hasta sus ojos, en forma inquisitiva, e hice una enérgica señal de aprobación. Las cuentas fueron cosidas en el lugar debido, y yo no pude contener mi alborozo; mas perdí de inmediato todo interés por la muñeca. No experimenté ni un solo arranque, en el transcurso de todo el viaje, tantas eran las cosas que mantenían mi mente y mis dedos ocupados.

Cuando llegamos a Baltimore, el doctor Chisholm nos recibió cordialmente, pero nada podía hacer. Dijo, no obstante, que yo podría ser educada, y sugirió a mi padre que consultara al doctor Alexander Graham Bell, de Wáshington, quien podría darle información sobre escuelas y maestros de niños ciegos y sordos. Siguiendo el consejo del médico nos fuimos en seguida a Wáshington, a ver al doctor Bell; mi padre, con el corazón entristecido y lleno de temores, y yo, inconsciente por completo de su angustia, pues encontraba nuevos motivos de esparcimiento al trasladarnos de lugar en lugar. Niña que era, sentí pronto la ternura y simpatía que hacían que el doctor fuese amado por tantas personas, como admirado por

sus obras prodigiosas. Me tuvo sobre sus rodillas mientras yo examinaba su reloj, e hizo sonar por mí la campanilla. Entendió mis signos, y yo lo supe, y lo amé al instante. Pero ni soñaba yo en que esa entrevista sería la puerta a través de la cual iba a pasar de la sombra a la luz, del aislamiento a la amistad, a la compañía, al amor.

El doctor Bell aconsejó a mi padre que escribiera al señor Anagnos, director de la Perkins Institution de Boston, centro de los grandes trabajos para los ciegos llevados a cabo por el doctor Howe, preguntándole si contaba con algún maestro competente para iniciar mi educación. Esto lo hizo mi padre de inmediato, y pocas semanas después recibimos una amable carta del señor Anagnos, en la que nos daba la reconfortante seguridad de haber encontrado una maestra. Esto fué en el verano de 1886. Pero Miss Sullivan no llegó hasta el mes de *marzo siguiente.*

Así salí de Egipto y me detuve ante el Sinaí, y un poder divino tocó mi espíritu y le dió vista, que pudiese ver muchas maravillas. Y desde la montaña sagrada oí una voz que me decía: "El conocimiento es amor y luz y visión".

CAPITULO IV

El día más importante de mi vida que recuerdo, fué aquél en que vino mi maestra a mí. Me asombra el considerar los inconmensurables contrastes entre las dos vidas que esa fecha une. Fué el 3 de marzo de 1887, tres meses antes de cumplir siete años.

La tarde de ese día memorable estaba yo junto al pórtico, en muda expectación. Presentía vagamente, por los signos de mi madre y por los apurones y vaivenes que notaba en la casa, que algo fuera de lo común estaba por ocurrir, de modo que fuí a la puerta y aguardé en el umbral. El sol de la tarde penetraba a través del follaje de la madreselva que cubría el pórtico, dando de lleno en mi rostro. Mis dedos se deslizaban casi inconscientemente sobre las hojas familiares y los capullos recién nacidos para saludar la dulce primavera meridional. No sabía qué maravillas o qué sorpresas me reservaba el futuro. El enojo y la amargura me habían agobiado durante semanas y semanas y una profunda languidez había sucedido a esta lucha apasionada. ¿Habéis estado alguna vez en el mar, en los momentos en que pareciera que una tangible oscuridad blanca os envuelve, y la gran nave, tensa y vacilante, busca a tientas el paso hacia la costa con ayuda del escandallo y los instrumentos, y vosotros esperáis que algo ocurra? Y era como esa nave, antes de que comenzara mi educación, con la única diferencia de que no tenía compás ni sondaleza, ni manera de saber si el puerto se hallaba próximo. "¡Luz, dadme luz!", era el grito mudo de mi alma, y la luz del amor brilló sobre mí, en esa misma hora.

Sentí pasos que se acercaban. Alargué la mano a la que suponía fuera mi madre. Alguien me la tomó en la suya y fuí alzada y sostenida con firmeza en los brazos de la que había llegado a revelarme todas las cosas, y por sobre todas las cosas, a amarme.

A la mañana siguiente a su llegada, mi maestra me llevó a su habitación y me regaló una muñeca. La habían enviado los cieguitos de la Perkins Institution, y Laura Bridgman la había vestido, pero yo no lo supe hasta después. Luego de jugar durante un rato con la muñeca, Miss Sullivan me deletreó con lentitud, en la mano, la palabra *m-u-ñ-e-c-a*. Ello me interesó de inmediato y traté de imitarla. Cuando logré finalmente el éxito, haciendo las letras con corrección, me sonrojé, ebria de regocijo pueril y de orgullo. Corrí escaleras abajo, y alzando la mano, le mostré a mi madre las letras que correspondían a la palabra *muñeca*. No sabía que estaba deletreando un vocablo, ni aún que los vocablos existieran; lo único que hacía era mover mis dedos en una simiesca imitación. En los días que siguieron aprendí a deletrear de este modo inconsciente muchas palabras, entre ellas, *alfiler, sombrero, taza* y unos cuantos verbos, tales como *sentarse, pararse* y *caminar*. Pero mi maestra tardó algunas semanas en enseñarme que cada cosa tenía un nombre.

Un día, mientras jugaba con mi nueva muñeca, Miss Sullivan me puso sobre la falda la vieja muñeca de trapo, deletreó la palabra *muñeca,* y trató de hacerme entender que se aplicaba a ambas. Poco antes habíamos tenido una reyerta con motivo de las palabras *vasija* y *agua*. Miss Sullivan había querido que entendiera que v-a-s-i-j-a es *vasija* y que a-g-u-a es *agua,* pero persistía en confundirlas. Desesperada, había dejado de lado ese asunto, para volver a considerarlo en la primera oportunidad. Me impacientaron sus repetidos intentos, y tomando a la muñeca nueva la estrellé contra el suelo. Experimenté un profundo deleite al sentir bajo mis pies los fragmentos de la muñeca rota. Ni la tristeza ni el pesar sucedieron a mi apasionado arranque. Yo no había amado a la muñeca. En el mundo del silencio y de la sombra. en que vivía, no medraban ni el fuerte sentimiento ni la ternura. Sentí que mi maestra barría los fragmentos a un lado del hogar, y me invadió la satisfacción al saber que la causa de mi disconformidad había desaparecido. Me trajo mi sombrero y supe que íbamos a salir a la tibia luz del sol. Este pensamiento, si es que puede llamarse así a una sensación muda, me hizo saltar y brincar de placer.

Caminamos por el sendero hasta el aljibe, atraídas por la fragancia de la madreselva que lo cubría. Alguien sacaba agua, y la maestra puso mi mano bajo el chorro. Y en tanto que se bañaba mi mano en la fría corriente, me deletreó sobre la otra la palabra "a-g-u-a", primero lenta y luego rápidamente. Permanecí quieta,

fijando toda mi atención en el movimiento de sus dedos. Tuve de pronto, y en forma confusa, la conciencia de algo olvidado. el estremecimiento de la idea que regresa, y de algún modo me fué revelado el misterio del lenguaje. Supe entonces que a-g-u-a significaba el maravilloso *algo* fresco que corría sobre mi mano. Esa palabra viviente despertó a mi alma, le dió luz, esperanza, alegría; ¡la liberó!

Existían aún barreras, es cierto, pero podrían ser allanadas, tiempo mediante. Dejé el aljibe, ansiosa de aprender. Cada cosa tenía un nombre, y cada nombre engendraba un nuevo pensamiento. Mientras volvíamos a la casa, todos los objetos que tocaba, me parecían palpitar, vivir. Era porque veía a todas las cosas con la extraña vista nueva que me había advenido. Al llegar a la puerta recordé la muñeca que había roto. Anduve a tientas el camino hasta el hogar y levanté los pedazos. Traté vanamente de volver a unirlos. Y entonces mis ojos se llenaron de lágrimas al entender lo que había hecho; y por primera vez sentí la desazón y el arrepentimiento.

Aprendí muchas palabras nuevas ese día. No las recuerdo todas, pero sé que entre ellas estaban: *madre, padre, hermana, maestro,* palabras que habrían de hacer que el mundo floreciera para mí *como la vara de Aarón, con flores*. Hubiera sido difícil encontrar una criatura más feliz que yo, acostada aquella tarde en mi camita, reviviendo la felicidad que el día me había traído; y por primera vez, también anhelé la llegada de un nuevo día.

CAPITULO V

Recuerdo muchos incidentes ocurridos durante el verano de 1887, que siguió al súbito despertar de mi alma. No hacía más que explorar con mis manos y aprender el nombre de los objetos que hallaba, y cuanto más en contacto con las cosas me ponía, aprendiendo sus nombres y usos, tanto más jubilosa y confiada se hacía mi sensación de afinidad con el resto del mundo.

Cuando llegó la época de las margaritas y los ranúnculos, Miss Sullivan me llevó de la mano al campo, donde los hombres preparaban el terreno para la siembra, y allí, sentada sobre la hierba tibia, aprendí mis primeras lecciones sobre la bondad de la naturaleza. Aprendí de cómo el sol y la lluvia hacen crecer de la tierra los árboles agradables a la vista y útiles para el alimento; de cómo los pájaros construyen sus nidos y moran de país en país; de cómo la ardilla, el ciervo, el león y todas las demás criaturas encuentran su protección y su alimento. A medida que crecía mi conocimiento de las cosas, sentía más y más el placer de hallarme en el mundo en que me hallaba. Mucho antes de hacer una suma en aritmética o de describir la forma de la tierra, Miss Sullivan me había enseñado a encontrar belleza en los bosques olorosos, en cada brizna de hierba, y en las curvas y hoyuelos de la manita de mi hermana. Unió mis primeros pensamientos a la naturaleza y me hacía sentir que "los pájaros, las flores y yo éramos alegres pares".

Pero a la sazón tuve una experiencia que me demostró que la naturaleza no es siempre complaciente. Un día, mi maestra y yo regresábamos de un largo paseo. La mañana había sido muy agradable, pero se estaba poniendo calurosa y sofocante en el momento en que emprendimos el regreso. Dos o tres veces nos detuvimos a descansar bajo un árbol a la vera del camino. Hicimos el último

alto bajo un cerezo salvaje. La sombra era placentera, y el árbol tan fácil de escalar, que con ayuda de Miss Sullivan me trepé hasta las ramas y me senté allí. Se sentía una tan bien en el árbol, que mi maestra me propuso el lugar para que comiéramos nuestra merienda. Prometí quedarme quieta en el sitio en que me encontraba mientras ella iba a casa a buscar aquélla.

De pronto un cambio se operó por sobre el árbol. La tibieza solar abandonó el aire. Yo advertía que el cielo se había oscurecido, porque el calor que significaba para mí la luz, había desaparecido de la atmósfera. Un olor extraño ascendía desde la tierra. Yo lo sabía, era ese olor que siempre precede a la tormenta, y un desconocido temor hizo presa de mi corazón. Permanecí quieta y expectante; un terror tremendo me embargaba. Anhelé el retorno de mi maestra, pero más que todo, deseaba descender del árbol.

Tras un momento de siniestro silencio, una agitación tumultuosa de las hojas recorrió el árbol. Después, la planta se estremeció; un golpe de viento me hubiera arrojado al suelo, si no me hubiese asido a la rama con todas mis fuerzas. El árbol se inclinó y volvió a enderezarse bruscamente por la tensión. Los ramos fueron arrancados y cayeron sobre mí como una lluvia. Me acometió un impulso salvaje de saltar, pero el terror me retuvo firmemente. Me deslicé hacia abajo, a la bifurcadura del árbol. Las ramas a mi alrededor me azotaban. Sentía un sacudón intermitente de la tierra, como si hubiese caído un pesadísimo objeto y la conmoción producida hubiese ascendido por el tronco hasta alcanzar la rama donde me hallaba sentada. Ello me mantenía en suspenso, y en el preciso instante en que pensaba que el árbol y yo habíamos de caer juntos, mi maestra me tomó de la mano y me ayudó a bajar. Me apreté contra ella, temblando de alegría al sentir la tierra nuevamente bajo mis pies. Había aprendido una nueva lección: que la naturaleza *libra una guerra encarnizada contra sus criaturas y que bajo la más suave de las caricias oculta traicioneras garras.*

Después de esta experiencia pasó largo tiempo antes de que me subiera a otro árbol. Ese solo pensamiento me llenaba de terror. Fué el hermoso aspecto de una mimosa en plena floración lo que finalmente sobrepujó mis temores. Una magnífica mañana de primavera, mientras me hallaba sola en el cenador leyendo, advertí en el aire una maravillosa y sutil fragancia. Me incorporé e instintivamente extendí las manos. Parecía como si el espíritu de la primavera hubiera pasado a través de la glorieta. "¿Qué será?", me pregunté, y un segundo después reconocí el olor de las flores

de la mimosa. Anduve a tientas hasta el extremo del jardín, sabiendo que el árbol estaba cerca de la verja, en el recodo del sendero. Sí, allí estaba, palpitante, a la tibia luz solar, con sus ramas cargadas de flores, que casi tocaban el pasto. ¡No había visto jamás cosa tan exquisitamente hermosa sobre la tierra! Sus delicadas flores estaban exentas de toda influencia terrena; parecía como si un árbol del paraíso hubiese sido trasplantado a la tierra. Me abrí paso a través de un baño de pétalos hasta el grueso tronco, y por un momento permanecí irresoluta. Luego, poniendo un pie en la ancha bifurcadura de las ramas, me subí. Se me hizo un poco difícil sostenerme, porque las ramas eran muy grandes y la corteza me lastimaba las manos. Pero me invadía una deliciosa sensación de que estaba haciendo algo fuera de lo común y maravilloso, y seguí trepando cada vez más alto, hasta llegar a un pequeño asiento construído por alguien hacía ya tanto tiempo, que había entrado a formar parte del mismo árbol. Permanecí sentada allí durante largo rato, sintiéndome como una hada sobre una nube color rosa. Después pasé muchas horas felices en mi árbol paradisíaco, pensando alegres pensamientos y soñando maravillosos sueños.

CAPITULO VI

Tenía yo entonces la clave para todo el idioma y ansiaba aprender a usarla. Los niños que oyen, adquieren el lenguaje sin ningún esfuerzo particular; toman al vuelo las palabras, por así decir, que caen de los labios de sus semejantes, con agrado, mientras que el pequeño sordo debe cazarlas a través de un lento y a veces doloroso proceso. Pero sean cuales fueren los medios, el resultado es maravilloso. Gradualmente, desde el acto de nombrar a un objeto, avanzamos paso a paso hasta atravesar la enorme distancia que media entre la primera sílaba que balbuceamos y la oleada de pensamientos contenida en una línea de Shakespeare.

Al principio, cuando mi maestra me hablaba de algo nuevo, le hacía muy pocas preguntas. Mis ideas eran vagas y mi vocabulario inadecuado; pero en tanto crecía mi conocimiento de las cosas, y aprendía más palabras, aumentaba y se extendía mi capacidad inquisitiva. Insistía así una y otra vez sobre la misma cuestión, deseosa de obtener mayores luces. A veces una nueva palabra resucitaba una imagen grabada en mi cerebro por una experiencia anterior.

Recuerdo la mañana en que por primera vez pregunté el significado de la palabra *amor*. Fué cuando aún no conocía muchas palabras. Había unas violetas en el jardín y se las había traído a mi maestra. Quiso besarme, pero a la sazón no permitía yo que nadie me besara, excepto mi madre. Miss Sullivan me rodeó cariñosamente con su brazo, y deletreóme en la mano: "Yo amo a Helena".

—¿Qué es amor? —pregunté.

Me atrajo más hacia sí, y dijo:

—¡Está aquí! —dijo, señalándome el corazón, cuyos latidos

advertí por vez primera. Sus palabras me dejaron perpleja, pues no alcanzaba a entender nada que no pudiese tocar.

Aspiré el perfume de las violetas que tenía en la mano, y pregunté en parte con sonidos y en parte con signos:

—¿Es el amor la dulzura de las flores?

—No —respondió mi maestra.

Volví a pensar. El tibio sol brillaba sobre nosotros.

—¿No es eso el amor? —pregunté, señalando en dirección a la procedencia del calor—. ¿No es eso el amor?

Me parecía que no podía haber cosa más hermosa que el sol, cuyo calor hace crecer a todas las demás. Pero Miss Sullivan me hizo una seña negativa con la cabeza, y quedé más perpleja aún y contrariada.

Era extraño que mi maestra no pudiera enseñarme lo que era el amor.

Uno o dos días después, al encontrarme enhebrando cuentas de distintos tamaños en grupos simétricos —dos cuentas grandes, tres pequeñas, etcétera—, y viendo que cometía muchos errores, Miss Sullivan me los señalaba constantemente, y con gran paciencia. Por fin, noté en la consecución de las cuentas un error muy evidente, y por un momento me concentré en la lección, tratando de pensar cómo debiera haberlas distribuído. Miss Sullivan tocó entonces mi frente, deletreándome con decidido énfasis: *Piensa.* Entendí de pronto que esa palabra era el nombre del proceso que se operaba en mi mente, y fué ésa mi primera percepción de una idea abstracta.

Durante largo tiempo permanecí quieta, sin pensar en las cuentas que se hallaban sobre mi falda, y tratando, en cambio, de encontrar un sentido a la palabra *amor* a la luz de esa nueva idea. El sol, que había sido ocultado por una nube durante todo el día, cayendo esporádicos y breves chaparrones, se abrió paso en forma repentina, a través de las nubes, con todo su esplendor meridional.

—¿No es eso el amor? —volví a preguntar.

—El amor —me contestó— es algo así como las nubes que cubrían el cielo antes de que el sol apareciera.

Y luego, con palabras más simples que éstas, difíciles de entender para mí en aquel entonces, me explicó:

—Tú no puedes tocar las nubes; lo sabes bien; pero sientes la lluvia y adviertes cuánto agrada a las flores y a la tierra sedienta, que sacia su sed después de un día caluroso. Tampoco puedes tocar

el amor; pero sientes la dulzura que se esparce por sobre todas las cosas. Sin amor, tú no serías feliz, ni tendrías deseos de jugar.

La hermosa verdad hizo irrupción en mi mente; imaginé que había conexiones invisibles tendidas entre mi espíritu y el de los demás. Desde el comienzo de mi educación, Miss Sullivan había adoptado como método práctico, el de hablarme como hubiera hablado a cualquier niño oyente, con la única diferencia que deletreaba las oraciones en lugar de decirlas. Si yo no conocía las palabras o los modismos, los suplía sugiriendo conversaciones aun cuando yo fuera incapaz de sostener mi parte del diálogo.

Este proceso continuó durante varios años, porque el niño sordo no aprende en un mes ni aun en dos o tres años los innumerables modismos y expresiones utilizados en la más simple de las conversaciones diarias.

El pequeño dotado de oído aprende éstos mediante la repetición constante y la imitación. La conversación que oye en su casa, estimula su mente, le sugiere temas y extrae así la manifestación espontánea de sus propios pensamientos. Ese intercambio natural de las ideas le está vedado al niño sordo. Mi maestra, advirtiéndolo, decidió reemplazar los estímulos de que yo carecía. Pudo realizar su propósito, repitiéndome en lo posible y palabra por palabra lo que ella oía, y mostrándome cómo podía yo tomar parte en la conversación. Pero pasó mucho tiempo antes de que me aventurara a tomar la iniciativa, y mucho más aún, antes de que encontrara algo apropiado para decir en el momento preciso.

Al sordo y al ciego les resulta muy difícil percibir la amenidad de la conversación. ¡Cuánto debe aumentar esta dificultad en el caso de los que son sordos y ciegos a la vez! No pueden distinguir los tonos de la voz, ni, sin ayuda, bajar o subir la gama de tonos que prestan significado a las palabras; ni pueden observar la expresión del rostro del que habla, siendo que a menudo una mirada es el alma misma de lo que se dice.

CAPITULO VII

La etapa de mi educación que siguió en orden de importancia, fué mi aprendizaje de la lectura. Tan pronto como pude deletrear unas cuantas palabras, mi maestra me dió unas tiras de cartón, con palabras escritas en relieve. Aprendí con rapidez que cada palabra impresa substituía a un objeto, a un acto o a una cualidad. Poseía un marquito en el que podía reunir las palabras en pequeñas oraciones, pero antes de agruparlas con ayuda de aquél, acostumbraba a componer las frases con los mismos objetos. Tomaba las tiras que representaban, por ejemplo, los vocablos *muñeca, está, sobre, cama,* y colocaba cada nombre sobre el objeto correspondiente; luego ponía a la muñeca sobre la cama, con las palabras *está, sobre* y *cama,* junto a ella, construyendo así la oración y realizando al mismo tiempo la idea de la oración en las cosas representadas por los vocablos.

Un día, me cuenta Miss Sullivan, sujeté con un alfiler la palabra *niña* en mi delantal, y me metí en el guardarropa. Sobre un estante había ordenado las palabras *está, en, guardarropa.* Nada me encantaba tanto como este juego. Mi maestra y yo nos entreteníamos horas y horas con él. A menudo todas las cosas que había en la habitación estaban agrupadas en frases objetivas. De la tira impresa al libro no había más que un paso. Tomé mi *Libro de lecturas para principiantes* y anduve a la caza de las palabras que conocía; al encontrarlas, mi alegría era semejante a la de los niños en el juego del escondite. Así comencé a leer. Del período en que empecé a leer de corrido, hablaré más tarde.

No me dieron clases regulares durante largo tiempo. Y aun en los momentos en que estudiaba con mayor ahinco, el estudio en sí me parecía más un juego que un trabajo. Todas las cosas

que me enseñaba Miss Sullivan, las ilustraba con un bellísimo cuento o un poema. Si algo me agradaba o me interesaba, se extendía largamente sobre ella como si hubiese sido también una niñita. Lo que muchos escolares recuerdan con terror, como a una larguísima y penosa peregrinación a través de un dédalo de difíciles definiciones gramaticales, de operaciones aritméticas y definiciones más arduas aún, constituye hoy una de mis memorias más preciosas.

No puedo explicar la simpatía peculiar que Miss Sullivan tributaba a mis placeres y deseos. Tal vez se deba ello a su largo contacto con los ciegos. A ello debe añadirse la maravillosa facultad descriptiva que poseía. Dejaba de lado los detalles que no ofrecían mayor interés, y jamás me importunaba con preguntas para enterarse si yo había o no aprendido la lección anterior. Poco a poco me introducía a los tecnicismos científicos, mostrándome cada asunto con tanta claridad que yo no tenía más remedio que recordar lo que me enseñaba.

Leíamos y estudiábamos fuera de la casa, prefiriendo a las habitaciones los montes iluminados por la luz solar. Mis primeras lecciones conservan todas el aroma del monte —el perfume resinoso de las agujetas del pino, unido a la fragancia de la vid silvestre. Sentada a la sombra de un viejo tulipán salvaje, aprendí a pensar en todas las cosas que nos dan una lección y contienen una sugestión. El encanto de las cosas me enseñó todas sus utilidades. A decir verdad, todo lo que fuera capaz de un zumbido, de un canto, o de un florecimiento, participaba de mi educación; las ranas de croar sonoro, ortópteros y grillos, permanecían sobre mi mano hasta que olvidando su embarazo y su temor, producían su aguda nota característica; los menudos y vaporosos polluelos, y las flores silvestres, los pimpollos del cornejo, las violetas del prado, y los árboles frutales florecidos. Sentí las cápsulas de algodón abiertas; pulsé con mis dedos su flexible fibra y sus semillas vellosas; yo he sentido el quedo suspiro del viento a través de los tallos del maíz; el sedoso crujido de las largas hojas, y el resoplar indignado de mi petiso, cuando lo sujetábamos para colocarle el freno en la boca; ¡ah, cuán bien recuerdo el espacioso y agreste olor de su aliento!

A veces me levantaba al amanecer y paseaba por el jardín, cuando el rocío cubría aún el pasto y las flores. Pocos conocen la felicidad que entraña el apretar suavemente una rosa en la palma de la mano, o el hermoso movimiento de los lirios al cimbrear impulsados por la brisa de la mañana.

En ocasiones, al arrancar una flor, asía entre sus pétalos a un insecto, percibiendo el leve ruido de un par de alas que se agitaban desesperadamente presa de repentino terror, apenas la pequeña criatura notaba una presión del exterior.

Otro de mis lugares favoritos era el vergel donde maduraban los frutos a principios de junio. Los grandes duraznos se me ponían ellos mismos al alcance de mi mano, y cuando las alegres ráfagas mecían los árboles, las manzanas caían a mis pies. ¡Oh, el deleite con que recogía los frutos en mi delantal, apretando contra mi rostro las mejillas suaves de las manzanas tibias aún, y brincaba de regreso a la casa!

Nuestro paseo favorito era el Desembarcadero de los Keller, vieja construcción de madera sobre el río Tennessee, tumbado a la sazón, y que había sido utilizado durante la Guerra Civil para el desembarco de tropas. Pasamos allí muchas horas felices, jugando a aprender geografía. Yo construía presas de agua con chinitas, islas y lagos, y cavaba cauces fluviales, todo ello en calidad de juego, y jamás soñé que estaba aprendiendo una lección. Escuchaba con creciente asombro las descripciones que hacía Miss Sullivan sobre el gran mundo esférico con sus montañas ardientes, sus ciudades enterradas, sus ríos de hielo movedizo y muchas otras cosas tan extrañas como éstas. Me hacía mapas en relieve con arcilla, de modo que pudiese palpar las elevaciones y los valles de las regiones montañosas y el curso tortuoso de los ríos. Todo ello me agradaba también; pero la división de la tierra en zonas y polos me confundía y atormentaba. Los cordones ilustrativos y la estaca en la naranja representando los polos, parecían tan reales, que aun hasta el día de hoy la sola mención de la zona templada me sugiere una serie de círculos gemelos; y, creo que si alguien se lo hubiese propuesto, me habría convencido de que los osos polares se *trepan* al Polo Norte.

Parece que fué el de la aritmética el único estudio que me disgustaba. Desde el principio no me interesó la ciencia de los números. Miss Sullivan procuró enseñarme a contar enhebrando cuentas en grupos, y mediante la disposición de pajuelas de jardín de infantes aprendí a sumar y a restar. Nunca tuve la suficiente paciencia para juntar más de cinco o seis grupos por vez. Cumplida esa tarea, mi conciencia quedaba tranquila para el resto del día, y salía de prisa a reunirme con mis compañeros de juego.

Con este mismo y reposado método, estudié zoología y botánica.

Un día, un señor cuyo nombre he olvidado, me envió una colección de fósiles —pequeñas conchillas de moluscos, con marcas maravillosas, y trocitos de piedra arenisca, con impresiones ungulares de pájaros, y un agradable pólipo en bajorrelieve. Fueron éstas las llaves que me abrieron los tesoros del mundo antediluviano. Con dedos trémulos escuché el relato que Miss Sullivan me hizo de aquellas bestias horribles, dotadas de extraños e impronunciables nombres, que habían correteado antaño por las primitivas florestas, desgajando los ramajes de los árboles gigantes en busca de alimento, y que habían muerto en las lóbregas ciénagas de una edad desconocida. Durante largo tiempo esas extrañas criaturas poblaron mis sueños de fantasmas, y este oscuro período constituía un fondo sombrío para el alegre *ahora,* pleno de luz solar y de rosas y que respondía en su eco al paso amable del casco de mi petiso.

En otra oportunidad, me regalaron una hermosa conchilla, y me enteré, sorprendida, de cómo el diminuto molusco había construído la lustrosa espiral para su habitación y de cómo en las noches silenciosas, cuando la brisa no agita las ondas, el *Nautilus* navega sobre las aguas celestes del Océano Indico, en su *nave de perlas.* Después que hube aprendido muchas cosas interesantes acerca de la vida y las costumbres de los hijos del mar —de cómo entre los embates de las olas, los pequeños pólipos construyen las magníficas islas de coral del Océano Pacífico, y de cómo las foraminíferas han edificado las colinas de muchas regiones—, mi maestra me leyó *The chambered Nautilus,* enseñándome que la construcción de las conchillas de los moluscos simboliza el desarrollo de la mente. Del mismo modo en que la capa operante de maravillas del Nautilus trasmuta la materia que absorbe del agua y la convierte en parte integrante de sí, también las porciones de conocimientos que adquirimos, sufren una mutación similar y devienen perlas del pensamiento.

O sino, era el crecimiento de una planta el que suministraba el texto de una lección. Compramos un lirio y lo colocamos en una ventana asoleada. Pronto los capullos verdes dieron signos de abrirse. Las hojas delgadas exteriores se abrieron lentamente, disgustadas, pensaba yo, de tener que revelar el encanto que escondían; pero, no obstante, una vez iniciada la partida, el proceso de apertura continuó rápida, pero ordenada y sistemáticamente. Siempre un capullo era mayor y más hermoso que los demás, el que apartaba su envoltura exterior con más pompa, como si la bella, en sus muelles y sedosas vestiduras, supiese que era ella la reina

de los lirios por gracia divina, en tanto que sus hermanas, más tímidas, se quitaban sus caperuzas con temor, hasta que la planta entera era un ramo cimbreante de encanto y de fragancia. Otra vez fueron once renacuajos colocados en un globo de vidrio sobre una ventana llena de plantas. Recuerdo el anhelo con que hice mis descubrimientos acerca de ellos. Constituía una gran diversión el sumergir la mano en el globo y sentir a los renacuajos cabriolar a su alrededor, y dejarlos deslizar y filtrarse entre mis dedos. Un día, un tipo más ambicioso que los demás, saltó el borde de la esfera y cayó al suelo, donde lo encontré a todas luces más muerto que vivo. El único signo de vida que presentaba era la tenue agitación de la cola. Pero tan pronto como fué devuelto a su elemento se lanzó como un dardo hacia el fondo de la vasija, nadando por toda la esfera con la más dichosa animación. Había dado un salto y visto el gran mundo, y le agradaba permanecer en su magnífica casa de vidrio, bajo el gran árbol fusea, hasta que alcanzara la dignidad de la ranería. Entonces se fué a vivir al sombreado estanque sito en el extremo del jardín, donde llenaba de música las noches del verano, con su prístina canción de amor.

Así aprendí de la misma vida. Al principio, yo era tan sólo una pequeña masa de posibilidades. Fué mi maestra la que las descubrió y desarrolló. A su llegada, las cosas que me rodeaban, inspiraban amor y alegría, y estaban llenas de significado. Ella no dejó pasar jamás desde entonces, ni una oportunidad de señalarme la belleza que hay en todas las cosas, ni ha dejado de procurar en el pensamiento, en la acción y en el ejemplo, de hacer mi vida agradable y útil.

Era el númen de mi maestra, su simpatía, su tacto amable, los que hicieron tan bellos los primeros años de mi educación. Porque elegía el momento preciso para infundir el conocimiento, éste se me había hecho tan agradable y tan aceptable. Entendía que la mente de un niño es como un arroyo poco profundo que danza alegremente sobre el curso pedregoso de su educación, reflejando aquí una flor, allá un arbusto y más allá una nube; y procuró guiar mi mente por ese camino, sabiendo que igual que un arroyo debía alimentarse con las corrientes de las montañas y los manantiales ocultos hasta que desembocara en un río más hondo, capaz de reflejar sobre su plácida superficie los montes, las sombras luminosas de los árboles y los cielos azules, tan bien como el dulce rostro de una florecilla.

Cualquier maestro puede llevar a un niño a la clase; pero no

cualquiera puede lograr que aprenda. No trabajará el niño a gusto si no siente que la libertad es suya, hállese ocupado o descansando; debe sentir la llamarada de la victoria y el descorazonamiento del fracaso, antes de emprender a voluntad las tareas que le desagradan y que resuelva abrirse paso con bravura, a través de la oscura rutina de los libros de texto.

Mi maestra está tan junto a mí que apenas puedo imaginarme separada de ella. En qué medida mi deleite en las cosas bellas es innato, y en qué medida, debido a su influencia, no lo podré saber jamás. Siento que su ser es inseparable del mío, y que las huellas de mi vida están en las suyas. Lo mejor de mí, a ella pertenece —no hay ni un talento, ni una aspiración, ni una alegría en mí, que no hayan sido despertados a su amoroso conjuro.

CAPITULO VIII

La primera Navidad que celebramos después de llegar Miss Sullivan fué un gran suceso. Cada uno de los miembros de la familia me preparó su sorpresa especial, pero lo que más me agradaba era que Miss Sullivan y yo preparamos sorpresas para todos los demás. El misterio que rodeaba a los regalos constituía mi mayor encanto y entretenimiento. Mis amigos hacían lo posible por excitar mi curiosidad, con insinuaciones y en frases a medio deletrear, que prometían revelarme en el momento oportuno. Miss Sullivan y yo jugábamos a unas adivinanzas que me hicieron aprender más acerca del uso del lenguaje que lo que hubiera podido en ese sentido ningún sistema de lecciones. Todas las tardes, sentadas junto al hogar, las repetíamos, y despertaban cada vez más nuestra curiosidad a medida que se acercaba la fiesta.

La víspera, los escolares de Tuscumbia recibieron su árbol de Navidad, ceremonia a la que fuí invitada. En el centro del aula, el hermoso árbol resplandecía, iluminado por una luz difusa, cargadas sus ramas con maravillosos y extraños frutos. Fué un momento de suprema felicidad. Dancé y salté a su alrededor, extasiada. Me encantó que hubiese un regalo para cada uno de los niños, y las bondadosas personas que habían preparado el árbol, me permitieron entregar a mí misma los regalos a los pequeños. Llevada por el placer que me causaba esa tarea, no me detuve a considerar los míos propios, pero apenas me encontré dispuesta a recibirlos, mi impaciencia por que comenzara la verdadera Navidad al día siguiente, escapó a todo control. Sabía, por de pronto, que los regalos que poseía no eran los que mis amigos me habían insinuado en forma tan tentadora, y mi maestra me dijo que los que había de recibir serían más hermosos que los conocidos. Me con-

formé, sin embargo, a contentarme con los del árbol, y a dejar los demás hasta la mañana siguiente.

Esa noche, después de colgar mi media, me quedé despierta largo rato, fingiendo que dormía, para ver lo que haría Santa Claus al llegar. Por fin, me dormí, con una muñeca nueva y un osito en mis brazos. Por la mañana, fuí yo la que desperté a toda la familia con un *Feliz Navidad*. Hallé sorpresas no sólo en la media, sino también sobre la mesa, sobre todas las sillas, en la puerta, en los umbrales de todas las ventanas; apenas podía caminar sin tropezar con algún regalo envuelto en papel de seda. Pero la medida de mi felicidad se colmó al recibir el regalo de mi maestra: un canario.

El pequeño Tim era tan dócil que saltaba a mis dedos, y comía fresas acarameladas de mi propia mano. Miss Sullivan me enseñó a cuidar con dedicación a mi nuevo huésped. Todas las mañanas, después del desayuno, le preparaba el baño, limpiaba y arreglaba la jaula, llenaba sus tacitas con semillas frescas y agua del aljibe, y colgaba un ramito en su columpio.

Una mañana, dejé la jaula sobre la ventana, mientras iba a buscar agua para bañarlo. Al volver, advertí la repentina huída de un gato enorme que pasó junto a mi nariz, al abrir la puerta. No me di cuenta en el primer momento de lo que había ocurrido; pero cuando puse la mano en la jaula sin encontrar las bellas alitas de Tim, ni sentir sobre mis dedos la presión de sus uñitas, comprendí que no volvería a ver jamás a mi dulce cantorzuelo.

CAPITULO IX

Otro acontecimiento de importancia en mi vida, fué mi visita a Boston, en mayo de 1888. Recuerdo, como si fuera ayer, los preparativos, la partida en compañía de mi maestra y de mi madre, el viaje, y finalmente la llegada a Boston. ¡Cuán diferente fué este viaje al que había hecho a Baltimore dos años antes! Yo no era ya una criaturita incansable, excitable en sumo grado y que requería la atención de todos los pasajeros para distraerse. Me senté muy quietecita junto a Miss Sullivan, enterándome con ávido interés de todo lo que me refería sobre lo que alcanzaba a ver a través de la ventanilla: el hermoso río Tennessee, las extensas plantaciones de algodón, las colinas y los bosques; la multitud de alegres morenos que saludaban en las estaciones a los pasajeros, vendiendo caramelos y golosinas en los vagones cuando el tren se detenía. En el asiento opuesto a mí se hallaba sentada Nancy, mi gran muñeca de trapo, con un vestido nuevo y su capelina, que me miraba con sus ojitos de cuentas. A veces, cuando no me absorbían las descripciones de Miss Sullivan, recordaba la existencia de Nancy y la tomaba en mis brazos, pero en general, recuerdo que apacigüé mi conciencia haciéndome a la idea de que mi muñeca se había dormido. Como no tendré ocasión de referirme más adelante a Nancy, deseo narrar aquí una triste experiencia que sufrió poco después de nuestro arribo a Boston. Estaba muy sucia; —los restos de las tortas de barro que yo la había obligado a ingerir, aunque no hubiera demostrado por ellas jamás ningún gusto especial—, y la lavandera de la Institución Perkins se la llevó secretamente para darle un baño. Fué demasiado para la pobre. Cuando la volví a ver, era un montón informe de algodón que no hubiera reconocido

a no ser por las dos cuentas que le hacían de ojos, y que me miraban como con reproche.

Cuando el tren llegó a la estación de Boston, sentí como si un bello cuento de hadas se hubiera vuelto realidad. Estaba yo ahora ante el *Había una vez;* había llegado al *lejano país.*

Apenas transpusimos el umbral de la *Perkins Institution for the Blind,* comencé a hacerme de amigos entre los cieguitos. Me deleitaba en forma inexplicable el saber que conocían el alfabeto manual. ¡Qué alegría hablar con otros chicos en mi propio idioma! Hasta entonces había sido una extranjera que hablaba con ayuda de un intérprete. En la escuela donde se enseñaba el Laura Bridgman, estaba como en mi patria. Pasó algún tiempo antes de que apreciara la circunstancia de que mis nuevos amiguitos eran ciegos. Yo sabía que no podía ver, pero me parecía imposible que todos los pequeños vivaces y amables que me rodeaban y se me unían cordialmente en mis juegos, fueran también ciegos. Recuerdo la sorpresa y el dolor que experimenté al advertir que posaban sus manos sobre las mías cuando les hablaba, y que leían en sus libros con sus dedos. Aunque prevenida de antemano, y a pesar de conocer mis propias privaciones, había imaginado confusamente que desde el momento que podían oír, debían tener una especie de *segunda vista,* y no estaba preparada para encontrar a un pequeño, y luego a otro, y otro más, privados del mismo don inestimable. Pero eran tan alegres y estaban tan conformes, que perdí toda sensación de dolor al disfrutar el placer de su compañía.

Un día transcurrido entre los cieguecitos me hizo sentir enteramente a mis anchas en el nuevo ambiente, y pasé inadvertidamente los días, mientras experimentaba nuevos y numerosos placeres. No podía convencerme plenamente de que había dejado atrás muchas cosas del mundo, porque consideraba a Boston como el principio y el fin de la creación.

Durante nuestra permanencia allí visitamos Bunker Hill, donde recibí mi primera lección de historia. La de los bravos que habían luchado en aquel lugar, me causó una gran impresión. Escalé el monumento, contando los pasos, preguntándome a medida que ascendía, si los soldados habrían escalado esa gran escalinata para tirar sobre el enemigo ubicado en el terreno inferior.

Al día siguiente, fuimos a Plymouth por vía marítima. Fué mi primer viaje en el océano y mi primera travesía en un buque a vapor. ¡Cuánta vida y cuánto movimiento había a bordo! El rugido de las máquinas me hizo pensar que estaba tronando y comencé a

llorar porque temía que de llover no podríamos realizar nuestro pic-nic. Me interesó la gran roca donde desembarcaron los Peregrinos más que ninguna otra cosa de las que había en Plymouth. Pude tocarla y tal vez fué eso lo que hizo que me parecieran más reales el arribo de aquéllos, sus padecimientos y sus proezas. He tenido en las manos a menudo, una pequeña reproducción de la roca de Plymouth, que un gentil caballero me había regalado en el Pilgrim Hall, y he palpado sus curvas, la hendidura del centro, y las cifras en relieve "1620". En esos momentos revolvía en mi memoria todo lo que sabía acerca de esa historia maravillosa. ¡Cómo se iluminaba mi imaginación infantil con el resplandor de su empresa! Los elevaba en la jerarquía ideal al rango de los hombres más generosos y valientes que hayan buscado jamás asilo en tierra extraña. Pensé que deseaban la libertad de sus prójimos como la de sí mismos. Quedé muy sorprendida y desairada, años más tarde, al saber de sus persecuciones, que nos producen una comezón de vergüenza, al par que nos gloriamos en el coraje y la energía que nos dieron nuestra *nación hermosa*.

Entre los muchos amigos de que me hice en Boston, se hallaba el señor William Endicott y su hija. Simiente de muchos gratos recuerdos ha sido la gentileza con que me trataron. Un día visitamos su hermosa mansión en Beverley Farms. Recuerdo complacida que entramos atravesando el jardín de rosales, que sus perros, el gran Leo y el pequeño y crespo Fritz, de largas orejas, vinieron a mi encuentro, y que Nimrod, el más veloz de los caballos, aventuró su nariz entre mis manos tras una caricia y por un terrón de azúcar. Recuerdo también la playa donde jugué con arena por primera vez. Esa arena consistente y limpia era muy distinta de la que había en Brewster, mezclada con algas marinas y conchillas. El señor Endicott me habló de los grandes navíos que venían navegando de Boston con destino a Europa. Posteriormente, le vi en varias ocasiones y siempre se mostró conmigo como un buen amigo. A la verdad, en él pensaba cuando llamé a Boston, *La ciudad de los Corazones Amables*.

CAPITULO X

Poco antes de que se clausurara la Perkins Institution, durante el verano, se dispuso que mi maestra y yo pasáramos nuestras vacaciones en Brewster, en Cape Cod, con nuestra querida amiga la señora Hopkins. Yo estaba encantada, pues me invadían de antemano las alegrías futuras, al recordar los maravillosos relatos que había oído acerca del mar.

Mi más vívido recuerdo de aquel verano es el océano. Habitante siempre de tierra adentro, jamás había sentido ni siquiera una ráfaga de aire marino, aunque había leído en un gran libro llamado *Nuestro Mundo* una descripción del océano que me maravilló, embargándome un deseo imperioso de tocar al potente mar, y de sentirlo rugir. Con tal ansiedad palpitó mi pequeño corazón, al ver que el deseo iba al fin, a materializarse.

Tan pronto como me puse la malla, salté a la tibia arena, y sin ningún temor me introduje en el agua fresca. Sentí el balanceo y la inmersión de las grandes olas. El movimiento del agua me provocaba una dicha extraordinaria. Pero repentinamente mi éxtasis cedió el sitio al terror; porque di con mi pie en una roca, y al instante un golpe de agua me cubrió la cabeza. Saqué las manos para asirme de algún sostén, pero sólo encontré agua y las algas que las olas me echaban sobre el rostro. Mis esfuerzos frenéticos fueron vanos. Las olas parecían querer divertirse conmigo y me barajaban entre sí, en su travesura salvaje. ¡Era espantoso! La tierra, buena y firme, se había deslizado lejos de mis pies, y todo parecía haberse apartado del elemento omnienvolvente; nada quedaba en él, ni vida, ni aire, ni tibieza, ni amor. Al fin, no obstante, el mar, como aburrido del nuevo juguete, me arrojó a la orilla, y un momento después me ceñían los brazos de mi maestra. ¡Oh! ¡Cuánto

alivio en aquel largo y tierno abrazo! Tan pronto como pude recobrarme lo suficiente de mi pánico como para poder decir algo, pregunté: "¿Quién puso sal en el agua?"

Recobrada de las impresiones producidas por mi primera experiencia, encontré muy divertido el sentarme en malla sobre una roca grande, sintiendo cómo las olas, una tras otra, se deshacían contra el peñasco produciendo una ducha de espuma que me bañaba. Sentía el corretear de los guijarros al echar las ondas su notable pesadez contra la orilla; la playa entera parecía vejada por su terrible embestida, y el aire conmovido por sus pulsaciones tremendas. Las que se rompían, volvían atrás a reunirse con las rezagadas para lanzarse en un salto más impetuoso, y yo permanecía asida a la roca, tensa, fascinada, al sentir el rompimiento y el rugido del torrentoso mar.

Nunca consideraba suficiente el tiempo que podía estar a sus orillas. El saborcillo del aire incorrupto, era algo así, como un pensamiento cálido y aquietante, y las conchillas y chinitas y las algas marinas, a las que se adosaban infinidad de pequeñísimas criaturas, constituían siempre un motivo de fascinación. Un día Miss Sullivan me mostró un objeto extraño que había capturado mientras tomaba sol en un lugar donde el agua tenía poca profundidad. Era un cangrejo de la especie llamada de *herradura de caballo* —el primero que veía. Pensé que era muy extraño que un animal llevara su casa a cuestas. Se me ocurrió que podría llegar a ser un delicioso favorito, y así, lo tomé de la cola con ambas manos, y lo llevé a casa. La proeza me causó un gran placer, cuanto que su cuerpo era muy pesado y hube de emplear todas mis fuerzas en arrastrarle por espacio de media milla. No dejé a Miss Sullivan en paz, hasta que colocó al animalucho en una cubeta junto al aljibe, donde yo confiaba estaría seguro. Pero, a la mañana siguiente, fuí a ver la vasija y, ¡ay! ¡había desaparecido! Nadie sabía dar razón de su paradero, ni de cómo huyó. Mi desencanto, en esa ocasión, rayó en la amargura, pero fuí entendiendo, poco a poco, que no era cosa grata ni razonable el sacar a la fuerza de su elemento a esa pobre criatura muda, y después de un rato me alegré en la esperanza de que hubiese retornado al mar.

CAPITULO XI

Lleno el corazón de alegres recuerdos, volví en el otoño a mi casa en el Sud. Al rememorar aquella visita al Norte, me maravillan la riqueza y la variedad de las experiencias que motivó. Los tesoros de un mundo nuevo y hermosísimo estaban depositados a mis pies, y yo experimentaba una dicha enorme al extraer a cada instante nuevos conocimientos. Vivía yo en todas las cosas. No permanecía quieta ni un momento, movediza como esos pequeños insectos que apiñan toda una existencia en el breve espacio de un solo día. Encontré a muchas personas que me hablaban mediante el deletreo en la mano, y su pensamiento movido e impulsado por su jubilosa simpatía corría al encuentro de mi propio pensamiento: he ahí un milagro cumpliéndose. Los inmensos eriales que mediaban entre mi mente y la de los demás florecieron como un rosal.

Pasé los meses del otoño con mi familia en nuestro *cottage* veraniego, ubicado sobre una montaña, a unas catorce millas de Tuscumbia. Se la llamaba Fern Quarry, porque se halla en las cercanías de una cantera de piedra caliza abandonada desde hacía largo tiempo. Tres traviesos hilos de agua la surcaban, venidas de los manantiales superiores, saltando aquí y cayendo allá, en graciosas cascadas, dondequiera que las rocas les impedían el paso. El terreno estaba cubierto de helechos que ocultaban por completo los sedimentos de piedra caliza, y en algunos lugares, a los mismos arroyuelos. La otra parte de la montaña estaba tapizada de un espeso arbolado. Había grandes robles y espléndidas siempreviva, de troncos semejantes a musgosos pilares, y de cuyas ramas colgaban guirnaldas de hiedra y muérdago, y nísperos, cuya fragancia penetraba todos los rincones del bosque —era un algo fragante y amable que agradaba íntimamente al corazón. En algunos lugares la mus-

cadina salvaje y las distintas variedades de vid silvestre, se extendían de árbol en árbol, formando emparrados poblados siempre de mariposas e insectos zumbadores. Nos deleitaba el perdernos en las verdes cañadas de aquel bosque, en las últimas horas de la tarde, aspirando los tibios y delicados perfumes que ascendían de la tierra en las postrimerías del día.

Nuestro *cottage* era una especie de rústico caserío, inmejorablemente situado en la cima de la montaña, entre robles y pinos. Las pequeñas habitaciones estaban dispuestas a los lados del largo corredor abierto. Alrededor de la casa había una amplia galería donde soplaban los vientos de la montaña impregnados de la dulzura de todos los perfumes de la floresta. Vivíamos en esa galería casi todo el tiempo —allí trabajábamos, comíamos y jugábamos. En la puerta posterior había un gran nogal, en torno a cuyo tronco se habían construído escalones, y al frente, los árboles estaban tan próximos a la casa que los podía tocar, sentir el viento cuando agitaba su ramaje, y escuchar el ruido de las hojas, al caer girando, arrancadas por las ráfagas otoñales.

Muchos visitantes venían a Fern Quarry. A la hora del crepúsculo, junto al fogón, los hombres jugaban a los naipes, y pasaban las horas charlando y bromeando. Hacían unos relatos portentosos sobre sus proezas en cuanto a la volatería, a la pesca, y a la caza de cuadrúpedos —el número de patos salvajes y pavos que habían cazado o la *trucha salvaje* pescada o el procedimiento que habían utilizado para embolsar los zorros más veloces, para aventajar a las zarigüeyas más listas, o para dar alcance al más rápido de los ciervos—, hasta que me di a pensar que, ni el león ni el tigre ni el oso, ni otro integrante alguno de la sanguinaria especie, hubiera sido capaz de enfrentar a tan astutos cazadores. "¡Mañana a cazar!", era la frase que constituía su despedida nocturna cuando se rompía el círculo de amigos, para retirarse a dormir. Los hombres pernoctaban en el hall, junto a nuestra puerta, y yo percibía la honda respiración de perros y cazadores, mientras descansaban en sus lechos improvisados.

A la mañana me despertaba el olor a café, el rechinar de las armas, las fuertes pisadas de los hombres que salían prometiéndose entre sí la mejor suerte del año. También advertía las señales de impaciencia de los caballos, sobre los que habían cabalgado desde el pueblo, y que estaban atados bajo los árboles, donde permanecían toda la noche, relinchando con fuerza, impacientes por salir. Finalmente, los cazadores montaban, y, como dicen los cuentos antiguos,

se iban los corceles, tintineándoles las bridas, los lebreles corriendo adelante, y con ellos los campeones cazadores *con alarido y salvaje vocerío.*

Avanzada la mañana hicimos los preparativos para un asado. Se prendió fuego en un hoyo profundo abierto en el suelo; sobre la abertura superior se cruzaron varios palos grandes, suspendiéndose de ellos la carne, espetada en asadores. Alrededor del fuego se sentaban en cuclillas varios morenos aventando las moscas con largas ramas. El olor sabroso de la carne me despertó el apetito mucho antes de que se aprestaran las mesas.

Cuando el bullicio y la agitación de los preparativos estaba en auge, apareció la partida de cazadores, discutiendo en grupos de dos o tres, denotando en sus rostros la ira y la contrariedad, los caballos cubiertos de espuma, y los perros jadeantes y decepcionados. ¡Ni una sola pieza! Cada uno de los hombres declaraba haber visto por lo menos un ciervo, y afirmaba que el animal había llegado hasta muy corta distancia; pero por mucho que hubiese sido el ardor de los perros, por mejor apuntadas que hubiesen estado las armas, al chasquido del gatillo, todo ciervo se perdía de vista. Habían sido tan afortunados como el chico que dijo haber llegado a ver muy de cerca a un conejo; porque había visto las huellas... La partida pronto olvidó el chasco, no obstante, y nos sentamos no a comer los suculentos trozos de las piezas traídas, sino a almorzar de acuerdo con un menú más pacífico compuesto de carne vacuna y lechón adobado.

Durante el transcurso de un verano monté mi pony en Fern Quarry. Lo llamaba Black Beauty, porque había leído un libro que hablaba de un caballo de ese nombre, y a la verdad, que mirada su negra y brillante túnica y la estrella blanca que le coronaba la frente, se parecía mucho a su tocayo. Pasé muchas horas de felicidad sobre su lomo. A veces, cuando lo juzgaba prudente, mi maestra le soltaba la rienda y el pony se adelantaba o se detenía, de acuerdo al dictado de su amable voluntad, ya para pastar o para comerse las hojas de los árboles que crecían a lo largo del angosto sendero. Las mañanas en que yo no tenía deseos de cabalgar, mi maestra y yo emprendíamos después del desayuno un largo paseo por el bosque, permitiéndonos el lujo de perdernos entre los árboles y las vides, sin rumbo prefijado, excepción hecha de los senderos abiertos por las vacas y los caballos. Con frecuencia llegábamos a parajes impracticables que nos obligaban a describir largos rodeos. Siempre volvíamos a la casa, con las manos y brazos

ocupados en el transporte de grandes ramos de laurel, de flores amarillas, helechos y flores de las plantas de los barrancos, de una especie que sólo crece en el Sud. A veces iba con Mildred y mis primitos a recoger nísperos. No los comía, pero me gustaba mucho su fragancia, y también su búsqueda entre las hojas y los pastos. También íbamos a juntar nueces, y yo les ayudaba a romper las cáscaras de las del nogal americano, y del otro nogal, ¡grandes y dulces nueces! Junto al pie de la montaña pasaban las vías del ferrocarril, y los chicos miraban a menudo el paso de los trenes. A veces, una tremenda pitada nos hacía saltar a los peldaños del umbral, y Mildred, muy impresionada me explicaba que una vaca o un caballo se había salido de la carretera. A una milla de allí, un viaducto atravesaba un profundo barranco. Era muy difícil de cruzarlo a pie, pues las traviesas estaban muy separadas entre sí, y eran tan angostas que una parecía caminar sobre cuchillas. Yo nunca lo había cruzado hasta que un día Mildred, Miss Sullivan y yo nos perdimos en el bosque, y vagabundeamos durante horas sin hallar un sendero para regresar.

De pronto, Mildred hizo señas con su manecita y exclamó: "¡Ahí está el viaducto!" Hubiéramos tomado cualquier otro camino y no ése, pero ya era tarde, oscurecía, y por el viaducto el trayecto se acortaba considerablemente. Me veía obligada a tantear los rieles con los dedos de mis pies, pero no temía, y comencé muy bien el difícil cruce hasta que de repente se oyó en la distancia un apagado *puff, puff*.

"¡Veo el tren!", gimió Mildred, y un minuto más tarde nos hubiera arrollado, si no nos hubiésemos descolgado hasta las abrazaderas inferiores, al par que pasaba rugiendo por sobre nuestras cabezas. Sentí el resoplido cálido de la locomotora, y el humo y la ceniza casi nos ahogan. Al pasar el tren, el viaducto se conmovió y se estremeció tanto, que creí que nos precipitábamos al abismo.

Venciendo grandes dificultades logramos al fin emprender el regreso.

Llegamos a casa mucho después de anochecido, encontramos el *cottage* vacío: toda la familia había salido a buscarnos.

CAPITULO XII

Después de mi primera visita a Boston, pasé casi todos los inviernos en el Norte. Visitamos una vez un pueblo de Nueva Inglaterra, con sus lagos helados y extensísimos campos cubiertos de nieve. Tuve por aquel entonces una oportunidad como nunca se me había presentado de trabar conocimiento con los tesoros de aquélla.

Recuerdo mi sorpresa al advertir que una mano misteriosa había despojado de su follaje a árboles y arbustos, dejando tan sólo alguna que otra hoja marchita aislada. Los pájaros habían emigrado y sus nidos, sobre la arboleda desnuda, estaban llenos de nieve. Imperaba el invierno sobre la colina y el llano. La tierra parecía entumecerse a su helado contacto, y los mismos espíritus de los árboles se habían retrotraído a sus raíces, y allí, acurrucados, dormían profundamente. Todo lo que era vida parecía haber amenguado y disminuído, y aun en las horas de sol, el día estaba

> Mortecino y frío,
> como si la savia huyera de sus viejas venas;
> y se alzaba decrépito, al confundido
> y último mirar de cielo y tierra.

El pasto mustio y los arbustos se habían convertido en un bosque de carámbanos. Un día la frialdad del aire presagió una tormenta de nieve. Salimos de inmediato para sentir el descenso de los primeros copos. Hora a hora, cayeron silenciosa y suavemente desde la altura, y la extensión campestre se fué nivelando cada vez más. Una noche de nevada se cernió sobre el mundo, y a la mañana siguiente difícilmente podía uno reconocer la fisonomía del paisaje. Todos los caminos, ocultos; no se veía ni un mojón; tan sólo la inmensidad blanca, y algunos árboles que se destacaban

sobre ella. Por la tarde, se levantó viento del noreste y los copos ascendieron volando de un lado a otro mezclándose en un furioso torbellino. Alrededor del fuego contábamos alegres cuentos, olvidándonos enteramente de que nos encontrábamos en absoluta soledad, privadas de toda comunicación con el mundo exterior. En el transcurso de la noche, la furia del viento aumentó hasta un grado tal que un vago terror nos hizo estremecer. La trabazón de las vigas crujía y sufría la fuerte tensión, mientras que las ramas de los árboles que rodeaban la casa, batían las ventanas, en tanto que los vientos barrían la campiña en todas direcciones.

Tres días después cesó la nevada, y con ella la tormenta. El sol se abrió paso entre las nubes, brillando sobre una vasta planicie blanca y ondulante. Altos montículos, pirámides de formas fantásticas, impenetrables acumulamientos de nieve había por doquier.

Se practicaban sendas estrechas, con ayuda de la pala. Me puse mi capa y mi caperuza y salí. El aire me dió en las mejillas como si fuera sido ígneo. Ya caminando por los senderos, ya abriéndonos paso por entre los montículos menores, pudimos llegar a un bosquecillo, situado junto a un vasto campo de pastoreo. Los árboles, inmóviles y blancos, parecían figuras de un friso de mármol. No había olor a agujetas de pino. Los rayos del sol caían sobre los árboles haciendo brillar las ramitas como diamantes, que cuando los tocábamos se deshacían en lloviznas.

Tan deslumbrante era la luz que penetraba hasta la obscuridad que velaba mis ojos.

Pasaron los días, y los montículos se fueron licuando poco a poco. Pero antes que desaparecieran del todo sobrevino una nueva tormenta, y fué así que apenas si pude sentir la tierra bajo mis pies, una sola vez en todo el invierno. Los árboles perdían a ratos su blanca vestimenta, y las malezas estaban desnudas; pero las aguas del lago permanecían heladas y consistentes aun bajo el sol.

Nuestro pasatiempo favorito, aquel invierno, fué el trineo. En algunos lugares, la orilla del lago se alzaba abruptamente por encima del nivel del agua. Solíamos deslizarnos por esos taludes. ¡Un chico nos empujaba el trineo y arrancamos! Abriendo montículos, saltando por encima de las depresiones, nos precipitamos al lago, cuya brillante superficie surcamos a gran velocidad, llegando hasta la orilla opuesta. ¡Qué alegría! ¡Qué dichosa locura! ¡Por un momento salvaje y desenfrenado, nos desembarazamos de la ligadura que nos unía a la tierra, dándonos las manos con los vientos, nos sentíamos divinas!

CAPITULO XIII

En la primavera de 1890 aprendí a hablar. Siempre había sido poderoso en mí el deseo de emitir sonidos audibles. Acostumbraba a producir algunos ruidos, apoyando una mano en mi garganta y sintiendo el movimiento de los labios con la otra. Me deleitaba cualquier cosa sonora, y gustaba sentir el ronroneo del gato y los ladridos del perro. También me agradaba tener mi mano sobre la garganta de una persona que cantara o sobre el piano cuando alguien tocaba. Antes de la pérdida de la vista y el oído había comenzado a hablar, con gran celeridad, pero después de mi enfermedad se pudo advertir que privada del oído, se había interrumpido el proceso del aprendizaje del habla. Solía sentarme en la falda de mi madre durante todo un día, manteniendo mis manos sobre su rostro, porque me entretenía mucho el sentir el movimiento de sus labios; yo movía también los míos, pese a haber olvidado el habla. Dicen mis amigos que lloraba y reía con naturalidad, y durante un tiempo emití muchos sonidos y elementos verbales, no porque fueran un medio de comunicación, sino por la necesidad imperiosa que tenía de ejercitar mis órganos de la dicción. Había, sin embargo, una palabra cuyo significado recordaba. Era *water,* que pronunciaba *wa-wa.* Y aun ese mismo vocablo se fué haciendo cada vez menos inteligible, hasta la época en que Miss Sullivan comenzó a enseñarme. Dejé de usarla sólo después de haber aprendido a deletrearla con mis dedos.

Entendí durante largo tiempo que las personas que me rodeaban, usaban un método de comunicación distinto al mío; y aun antes de saber que se podía enseñar a hablar a un niño sordo, no estaba conforme con los medios de comunicación que poseía. Quien depende enteramente del alfabeto manual, tiene siempre una sen-

sación de restricción, de angostura. Esta idea motivó en mí un gran descontento; la sensación de un vacío que debe llenarse. Mis pensamientos ascendían a menudo y luchaban como los pájaros contra el viento; mas yo persistía intentando hacer uso de mis labios y mi voz. Las personas de mi amistad procuraban poner trabas a esta tendencia, temiendo que me llevara al desencanto. Pero insistía, y poco después, un hecho incidental, ocasionó la caída de esta gran barrera —me enteré del caso de Ragnhild Kaata.

En 1890, la señora Lamson, que había sido una de las maestras de Laura Bridgman y que regresaba de una reciente visita a Suecia y a Noruega, vino a verme y me contó lo de Ragnhild, una niña noruega sorda y ciega, a quien se le había enseñado a hablar. No quedé satisfecha hasta que mi maestra me llevó para consejo y asistencia a Miss Sarah Fuller, encargada de la Escuela Horace Mann. Esta amabilísima y dulce dama se ofreció a enseñarme ella misma, y comenzamos el aprendizaje el 26 de marzo de 1890.

El método de Miss Fuller era el siguiente: me pasaba la mano suavemente sobre su rostro, haciéndome notar la posición de su lengua y de sus labios cuando emitía un sonido. Yo ansiaba imitar todos sus movimientos, y en una hora había aprendido ya seis elementos del habla: M, P, A, S, T, I. Me dió en total once lecciones. Nunca olvidaré la sorpresa y la dicha que experimenté al expresar mi primera oración: "Hace calor". A decir verdad, eran sílabas truncas y a medio pronunciar, pero eran habla humana. Mi alma, consciente de sus nuevas fuerzas, se liberó de sus ataduras, y a través de los rotos signos del discurso, comenzaba a alcanzar todos los conocimientos y la fe plena.

Ningún niño sordo que haya tratado ansiosamente de pronunciar las palabras que nunca oyó —para salir de su cárcel de silencio, donde ni canto de pájaro, ni acorde musical alguno, ni ninguna tonalidad amorosa, se dejan sentir jamás—, puede olvidar el estremecimiento de sorpresa, la alegría del descubrimiento que realiza cuando dice la primera palabra. Sólo uno de esos niños podría apreciar la ansiedad con que hablaba a mis juguetes, a mis piedras, a mis animales mudos, o el deleite que sentía cuando a mi llamado, Mildred acudía a mí, o cuando los perros obedecían mis órdenes. Era para mí una dádiva inefable el poder hablar con palabras aladas que no requerían interpretación. Mientras hablaba, alegres pensamientos volaban de mis palabras, los mismos pensamientos que habían luchado en vano por escaparse de mis dedos.

Pero no debe suponerse que yo, en tan poco tiempo, estuviera

capacitada para hablar correctamente. Sólo había aprendido los elementos del discurso. Miss Fuller y Miss Sullivan me entendían, pero la mayoría de las personas no captaban una palabra entre cien. Tampoco es cierto que tras de adquirir esos elementos hubiera cumplido yo sola la labor restante. A no ser por el númen de Miss Sullivan, por su perseverancia y devoción incansables, no hubiera progresado tanto como progresé. Trabajé día y noche antes de hacerme entender aún por mis amigos más íntimos, requiriendo de continuo la ayuda de Miss Sullivan en mis esfuerzos por articular los sonidos con claridad y para combinarlos entre sí. Aún hoy me llama la atención todos los días con respecto a las palabras que pronuncio mal.

Los maestros de los sordos saben lo que esto significa, y sólo ellos conocen y pueden comprender las dificultades especialísimas que hube de vencer. En cuanto a la lectura de los labios de mi maestra, debía depender exclusivamente del tacto de mis dedos; debía usar de ese sentido para recoger las vibraciones de la garganta, los movimientos de la boca y la expresión del rostro; y a menudo este sentido erraba. En tales casos me veía obligada a repetir las palabras u oraciones, a veces durante horas, hasta sentir el timbre adecuado de mi propia voz. Mi trabajo consistía en la práctica y nada más que la práctica. Me desalentaba más de una vez, pero al momento siguiente, la idea de que pronto volvería a casa y les mostraría a los míos lo que había realizado, me acicateaba, y anhelante proseguía buscando un placer en mi hazaña.

"Ahora me entenderá mi hermanita", era un pensamiento más fuerte que todos los obstáculos. Solía repetir extasiada: "Ya no soy muda". No podía dejar que me venciera el abatimiento, al anticiparme el deleite de hablar con mi madre, y de leer sus respuestas en sus labios. Me asombraba advertir cuánto más fácil era hablar que deletrear con los dedos, y descarté el alfabeto manual como medio de comunicación por mi parte; sin embargo, Miss Sullivan y varios amigos, lo utilizan todavía al hablarme, pues es más conveniente y más rápido que la lectura labial.

Tal vez es conveniente que explique a esta altura, el uso del alfabeto manual, que parece extrañar a las personas que no nos conocen. El que lee o me habla, deletrea con su mano usando el alfabeto manual de una sola mano, empleado comúnmente por los sordos. Yo poso la mía sobre la del que habla, suavemente, para no dificultar sus movimientos. La posición de la mano es tan fácil de sentir, como lo es el ver. Yo no distingo cada letra más de lo

que vosotros percibís separadamente las letras del texto leído. La práctica constante dota a los dedos de gran flexibilidad, y algunos de mis amigos deletrean con tanta rapidez como la de un dactilógrafo cuando escribe. El deletreo no es en sí un acto más consciente que el de la escritura. Cuando me hube posesionado del habla, no pude esperar más el regreso a casa. Y por fin, llegaron mis momentos felices. Había hecho el viaje de retorno hablando constantemente con Miss Sullivan, no por el mero hecho de hablar, sino porque estaba dispuesta a progresar hasta el último instante. Casi sin advertirlo yo, el tren se detuvo en la estación de Tuscumbia, y allí, en el andén, aguardaba toda mi familia. Mis ojos se llenan de lágrimas hoy día, al recordar cómo mi madre me estrechó junto a sí, muda y temblando de júbilo al oír cada una de las sílabas que yo pronunciaba, mientras que la pequeña Mildred, tomaba mi mano libre, besándola y danzando a mi alrededor, y mi padre manifestaba su orgullo y su emoción, con un silencio imponente. Era como si la profecía de Isaías se hubiera cumplido en mí: "Las montañas y las colinas se abrirán ante vosotros cantando, y todos los árboles del campo aplaudirán con sus manos".

CAPITULO XIV

El invierno de 1892 fué obscurecido por la única nube que ensombreció el cielo clarísimo de mi infancia. La alegría desertó de mi corazón y durante largo tiempo, muy largo, viví sumida en la duda, la ansiedad y el temor. Los libros perdieron para mí su encanto, y aún hoy, el recuerdo de aquellos días terribles me hiela el corazón. Un cuentecito, *The frost King,* que escribí y envié al señor Anagnos de la Perkins Institution for the Blind fué el origen del mal. Con el propósito de aclarar este asunto debo sentar los antecedentes del ingrato episodio que la justicia para con mi maestro y para conmi^ao misma, me obliga a relatar.

Escribí ese cuento mientras estaba en casa durante el otoño que siguió al aprendizaje del habla. Nos habíamos quedado en el Fern Quarry más tarde que de costumbre. Mientras estuvimos allí, Miss Sullivan me había descripto las bellezas del follaje tardío, y creo que sus palabras revivieron al recuerdo de un cuento que me había sido leído, y que tal vez retuve en forma inconsciente. Pensé entonces que estaba *inventando un cuento,* como dicen los chicos, y me senté a escribirlo con gran emoción, antes de que las ideas se me fugaran. Mis pensamientos corrían libremente; la composición despertó mi alegría. Palabras e imágenes acudían con celeridad al extremo de mis dedos y mientras pensaba oración tras oración, las iba escribiendo sobre mi tablilla de Braille. Ahora bien: si las palabras y las imágenes se me presentaban sin esfuerzo, es casi seguro que no procedían de mi mente, sino que eran concepciones sin dueño conocido, que a mi pesar, transcribía. En aquella época, he absorbido todo cuanto leía, sin considerar la paternidad literaria, y aún ahora no puedo asegurarme con precisión de la línea divisoria que separa mis ideas de las que hallé en los libros.

Supongo que eso es debido a que son tantas las impresiones que he recogido por medio de los ojos y oídos de los demás.

Cuando el cuento estuvo premiado, se lo leí a mi maestra, y recuerdo bien el júbilo que sentía al llegar a los pasajes más hermosos, y mi fastidio cuando me interrumpía para corregirme la pronunciación de una palabra. A la hora del almuerzo, el cuento fué leído a la reunión familiar, sorprendida de que yo pudiera escribir tan bien. Alguien me preguntó si lo había leído en un libro.

Esta pregunta me sorprendió mucho, pues no tenía el menor recuerdo de que me lo hubieran leído. Fué así que hablé y dije: "¡Oh, no! Es mío el cuento, y lo he escrito para el señor Anagnos".

En efecto, hice una copia, y se lo envié el día de su cumpleaños. Se sugirió que le cambiara el título de *Hojas de Otoño,* que le había puesto por el de *El Rey de la Escarcha,* y así lo hice. Llevé yo misma el cuento a la oficina de correo, sintiendo como si caminara en el aire. Muy lejos estaba de soñar siquiera, cuán caro había de pagar ese regalo de cumpleaños.

El señor Anagnos estaba encantado con *El Rey de la Escarcha,* y lo hizo publicar en uno de los informes de la Institución. Ese fué el pináculo de mi felicidad, desde el cual, a poco, iba a caer y estrellarme contra la tierra. Poco tiempo había transcurrido después de mi llegada a Boston, cuando se descubrió que un cuento semejante a *El Rey de la Escarcha,* y que se llamaba *Las Hadas de la Escarcha,* escrito por Margaret T. Canby, había sido publicado antes de nacer yo en un libro titulado *Birdie y sus amigos.* Los dos cuentos tenían tanto parecido en el fondo como en la forma, que era evidente que el de Miss Canby me había sido leído con anterioridad, y que el mío no era más que un plagio... Fué difícil hacérmelo entender. Pero cuando comprendí, la sorpresa y la aflicción hicieron presa de mi alma. Ningún niño ha bebido jamás tan hondo en el vaso de la amargura como yo; me había deshonrado; había arrojado el peso de las sospechas sobre aquellos a quienes más amaba. Y, sin embargo, ¿cómo era posible? Hurgué en mi mente hasta cansarme, para recordar todo lo que sobre la escarcha había leído antes de escribir el cuento, pero nada recordé, excepto una referencia común respecto a Jack Frost, y a un poema para niños intitulado *Los Caprichos de la Escarcha,* sabiendo que no había hecho uso de ellos en mi composición.

Al principio, el señor Anagnos, hondamente preocupado, pareció creerme. Me trató con inusitada ternura y benevolencia, y por un breve lapso de tiempo se retiraron las sombras. Para com-

placerle, traté de no mostrarme triste y de arreglarme lo mejor que pude para la celebración del natalicio de Wáshington, que tuvo lugar poco después de recibir aquellas tristes nuevas.

Yo debía hacer de Ceres, en una especie de mascarada que realizaban las niñas ciegas. Cuán bien recuerdo los graciosos ropajes que me envolvían, las brillantes hojas otoñales que ornaban mi cabeza, y las frutas y granos tendidos a mis pies, y en mis manos, y debajo de la alegría de la mascarada el pesar de mi corazón, y la sensación morbosa que me oprimía.

La noche anterior a la fiesta, una de las maestras de la Institución me hizo una pregunta respecto a *El Rey de la Escarcha,* y le conté que Miss Sullivan me había hablado acerca de Jack Frost, y de sus maravillosos trabajos.

Deslicé, seguramente, alguna palabra en la conversación que la indujo a suponer que había desentrañado de mis palabras la confesión de que recordaba yo el cuento de Miss Canby, y expuso sus conclusiones ante el señor Anagnos, no obstante asegurarle yo terminantemente que estaba equivocada.

El señor Anagnos que me quería tiernamente, al pensar que había sido engañado, hizo oídos sordos a las protestas de afecto y de inocencia que hice, y creyó o por lo menos sospechó, que Miss Sullivan y yo nos habíamos apropiado deliberadamente de los hermosos pensamientos ajenos, para mostrarlos como míos y granjearme así su admiración. Fuí llevada ante una junta de investigaciones, integrada por maestros y empleados de la Institución. Se le solicitó a Miss Sullivan que me dejara sola. Fuí objeto de interrogatorios y contrainterrogatorios, con lo que me pareció que fué un prefijado propósito de parte de mis jueces, esto es, el forzarme a admitir que recorddaba que *El Rey de la Escarcha* me había sido leído. Sentía, a cada pregunta que me hacían, que la duda y la sospecha se cernían sobre mí, y advertí también que un amigo querido me estaba mirando con aire de reproche, a pesar de que no podía expresar nada de eso con palabras. La sangre presionaba mi corazón palpitante, y a duras penas podía hablar, y ello, con monosílabos. Ni aun el convencimiento de que todo no era más que un error espantoso, no disminuyó mi aflicción, y cuando se me permitió por fin, abandonar la estancia, me sentí aturdida, y me pasaron inadvertidas las caricias de mi maestra y las tiernas palabras de mis amigos que decían que yo era una niñita valiente y se enorgullecían de mí.

Acostada en mi cama aquella noche, lloré como creo que pocos

niños han llorado. Sentía tanto frío que me imaginé que había de morir antes que llegara la mañana, y ese pensamiento me infundió ánimo. Creo que si hubiese experimentado tamaño sufrimiento años después, cuando contase mayor edad, mi espíritu se hubiera destrozado, sin remedio ya. Pero el ángel del olvido ha reunido y se ha llevado consigo gran parte de la amargura de aquellos tristes días.

Miss Sullivan no había tenido noticia ni oído jamás de *Las Hadas de la Escarcha,* ni del libro en el cual se había publicado. Con la colaboración del doctor Alexander Graham Bell, investigó cuidadosamente el asunto, descubriendo que, la señora Sophia C. Hopkins, tenía un ejemplar del libro *Birdie y sus amigos,* en 1888, año cuyo verano pasamos con ella en Brewster. La señora Hopkins no pudo encontrar el libro pero me ha contado que en esa época, durante unas vacaciones que se tomó Miss Sullivan, había procurado entretenerme leyendo varios libros, y aunque no recordaba, como tampoco yo, que me hubiera leído *Las Hadas de la Escarcha,* estaba segura de que *Birdie y sus amigos* formó parte de aquellas lecturas. Explicaba la desaparición del libro, por el hecho de que poco antes había vendido la casa, deshaciéndose de muchos libros de su juventud, tales como viejos libros de texto, y de cuentos de hadas y que *Birdie y sus amigos* estaba entre ellos.

Los cuentos poseían poco o ningún significado para mí a la sazón; pero el solo deletreo de las palabras extrañas, era suficiente para entender a una chicuela que casi nada podía hacer para distraerse. Y aunque no recuerdo ni una sola circunstancia vinculada a la lectura de los cuentos, no puedo olvidar el gran esfuerzo que hacía por recordar las palabras, con la idea de pedirle perdón a mi maestra a su regreso. Pero hay algo que puedo afirmar sin lugar a dudas; el lenguaje se estampaba en mi mente en forma imborrable, aunque durante mucho tiempo no lo supo nadie, y menos aun que los demás, yo misma. Cuando Miss Sullivan volvió, no le hablé de *Las Hadas de la Escarcha,* tal vez porque comenzó a leerme en seguida *El Pequeño Lord Fauntleroy,* que se adueñó de mi mente con absoluta exclusividad. Pero queda en pie la circunstancia de que el cuento de Miss Canby, me fué leído una vez, y que mucho tiempo después de haberlo olvidado, volvió a mí con tanta naturalidad que jamás hubiera sospechado yo que fuera producto de otra mente.

Durante taquella tribulación mía recibí muchos mensajes de amor y simpatía.

Los amigos que más amaba me fueron fieles, a excepción de

uno. La misma Miss Canby me escribió cordialmente: "Algún día escribiréis un gran cuento original, que servirá para consuelo y alivio de muchos". Pero esta sincera profecía no se cumplió jamás. Nunca volví a jugar con las palabras por el mero placer del juego. A decir verdad, fuí torturada desde entonces, casi continuamente por el temor de que lo que escribía no era mío propio. Durante un largo período, aun cuando escribía una carta para mi madre, me sobrecogía una repentina sensación de terror, y deletreaba las oraciones una y otra vez, para asegurarme de que no las había leído en un libro. Si no hubiera sido por el estímulo constante de Miss Sullivan no hubiera intentado escribir nuevamente jamás.

Leí posteriormente *Las Hadas de la Escarcha,* y también las cartas que escribí y en las que hice uso de otras ideas de Miss Canby. Hallé en una de ellas, una carta dirigida al señor Anagnos, fechada el 29 de septiembre de 1891, palabras y pensamientos exactamente iguales a los del libro. En esa época había escrito *El Rey de la Escarcha,* y esa carta, como muchas otras, contiene frases que demuestran que mi memoria estaba saturada de las expresiones conservadas desde la lectura del cuento. Me imagino a mi maestra, que me dice, refiriéndose a las doradas hojas otoñales: "Si son tan bellas que nos consuelan de la huída del verano". Es una idea procedente del cuento.

Esta costumbre de asimilar lo que me ocasionaba deleite, para emitirlo luego como si fuera originario de mi magín, se manifiesta en gran parte de mi primera correspondencia, y en mis primeras tentativas de escribir. En una composición que escribí sobre las antiguas ciudades de Grecia e Italia, extraje maravillosas descripciones, con algunas variantes, de fuentes que he olvidado. Sabía del gran amor que el señor Anagnos profesaba por la antigüedad, y su entusiasta apreciación de los bellos sentimientos vertidos con respecto a Italia y a Grecia. En consecuencia, yo reunía de todos los libros que había leído, cuanto trozo de poesía o historia pensaba que podría agradarle. Y él, hablando sobre una composición mía acerca de aquellas ciudades, ha dicho: "Estas ideas son poéticas en su esencia". Pero yo no entiendo cómo pudo haber pensado jamás que una criatura ciega y sorda, de once años. las hubiera podido crear. No creo, sin embargo, que por no haber sido yo la creadora de esas imágenes, mi pequeña composición estuviese por ello, completamente desprovista de interés. Demuestra que yo podía expresar mi apreciación de las ideas hermosas y poéticas en lenguaje claro y animado.

Estas primeras composiciones constituían una gimnasia mental. Estaba aprendiendo, como aprenden todas las personas jóvenes y faltas de experiencia, por asimilación e imitación, a traducir las ideas en palabras. Todas las cosas que encontraba en los libros y que me complacían, las retenía en la memoria, consciente o inconscientemente y las adaptaba. El escritor joven, como asegura Stevenson, trata instintivamente de copiar todo lo que le parece admirable, y su misma admiración varía con asombrosa versatilidad. Sólo después de largos años de esta especie de práctica, aun hasta los grandes hombres han aprendido a disciplinar la legión de palabras que se precipitan a través de todos los desvíos de las rutas de la mente.

Temo no haber completado todavía este proceso. Es cierto que no siempre puedo distinguir mis propios pensamientos de los que leo, porque las cosas leídas se han convertido en la sustancia misma y en la contextura de mi mente. Por lo tanto, en casi todo lo que escribo, produzco algo que se parece mucho a la labor de combinación de retacitos que solía hacer cuando aprendía costura. Este trabajo se confeccionaba con toda suerte de sobrantes y retazos, trocitos de seda y terciopelo, pero los pedazos de tela más ordinaria y burda al tacto, predominaban siempre sobre los demás. En modo parecido, mis composiciones estaban formadas de crudos conceptos propios, entremezclados con los pensamientos más brillantes y las opiniones más maduradas de los autores que he leído. Me parece que la gran dificultad de escribir, reside en la forma de poner en el lenguaje de la mente educada nuestras confusas ideas, nuestros semisentimientos y semipensamientos, cuando somos poco más que núcleos de tendencias instintivas. El propósito de escribir es similar al de resolver un jeroglífico chino. Tenemos en la mente un cañamazo que deseamos llenar con palabras; pero éstas no llenan los espacios; y si lo hacen, no concuerdan con el plan trazado. Pero seguimos intentando, alentados por los triunfos ajenos y no queremos admitir la derrota. "No hay modo de ser original, si no se nace original" —dice Stevenson. Y aun cuando yo no pueda ser original, pienso a veces que mis composiciones artificiales y empelucadas, mejorarán alguna vez, tiempo mediante. Recién entonces es probable que mis propios pensamientos y experiencias saldrán a la superficie. Mientras tanto, confío y espero y persevero, y trato de impedir que el triste recuerdo de *El Rey de la Escarcha* obstaculice mis esfuerzos.

Es así que esta triste experiencia pueda haberme beneficiado

y dádome materia para pensar en algunos de los problemas de la composición. Mi único pesar es que arrojó como resultado la pérdida de uno de mis más queridos amigos, el señor Anagnos. Después de la publicación de *La Historia de mi vida,* en el *Ladi*'s *Home Journal,* el señor Anagnos afirmó en una carta al señor Macy, que en la época en que se ventiló el asunto de *El Rey de la Escarcha,* creyó que yo era inocente. Dice que la junta de investigaciones, ante la que hube de declarar, estaba compuesta por ocho personas: cuatro ciegas y cuatro videntes. Cuatro —expresa— pensaban que yo sabía que el cuento de Miss Canby me había sido leído, y las otras no compartían esa opinión. Afirma que votó con los que me eran favorables.

Pero sea el caso como fuere, sea cual sea la parte que tuvo su voto, cuando yo entré en la estancia donde el señor Anagnos me había tenido sobre sus rodillas tan a menudo, y donde, olvidado de sus muchas preocupaciones, había participado de mis travesuras, y me encontré allí con personas que parecían dudar de mí, sentí un algo hostil y amenazador en la misma atmósfera, y los hechos posteriores confirmaron esa impresión. Durante dos años parece haber permanecido fiel a la creencia de que Miss Sullivan y yo éramos inocentes. Después se retractó de su juicio favorable; no sé por qué. Tampoco conocí los pormenores de la investigación. Nunca supe ni aún los nombres de los miembros del *tribunal* que me hablaron. Estaba demasiado emocionada para percibir particularidad alguna, y un temor excesivo me impedía hacer preguntas. A la verdad, apenas si podía pensar en lo que yo decía, ni en lo que se me preguntaba.

He dado a conocer este relato porque esos hechos tuvieron importancia para mi vida y para mi educación; y con el propósito de que no haya ningún malentendido, los he expuesto con todos sus detalles y circunstancias, como los recuerdo, sin el propósito de defenderme ni de vituperar a persona alguna.

CAPITULO XV

Pasé en Alabama, con mi familia, el verano y el invierno siguientes al incidente de *El Rey de la Escarcha.* Recuerdo con placer el regreso a mi hogar. Todo había florecido. Estaba contenta. *El Rey de la Escarcha* había sido olvidado.

Y cuando alfombraban el suelo las hojas doradas y carmesíes del otoño, y las uvas de almizclado perfume tomaban un tinte marrón áureo a la luz del sol, comencé a escribir un bosquejo de mi vida, un año después del malhadado cuento.

Era aún excesivamente escrupulosa en cuanto a escribir. La sospecha de que lo escrito podría no ser exclusivamente mío, me atormentaba. Nadie sabía de esos temores excepto mi maestra. Una sensibilidad extraña me impedía referirme a *El Rey de la Escarcha,* y a menudo, cuando una idea me asaltaba en el curso de una conversación, deletreaba suavemente: "No estoy segura de que sea mía." Otras veces, a la mitad de un párrafo, me decía interiormente: "Supongamos que algún día descubran que todo esto ha sido escrito por otro, hace largo tiempo."

Un terror demoníaco paralizaba mi mano, y no podía seguir escribiendo desde ese instante. Aún hoy día siento a veces el mismo desasosiego e intranquilidad. Miss Sullivan me consolaba en todas las formas imaginables. Pero la terrible experiencia sufrida había dejado en mi mente una impresión duradera, cuyo significado recién ahora comienzo a entender. Fué con la esperanza de devolverme la fe en mí misma, que me persuadió a escribir para el *Youth Compahion* un breve relato de mi vida. Yo contaba a la sazón doce años. Y al contemplar retrospectivamente mi lucha por escribirle, pienso que debo haber tenido una visión profética del

bien que habría de traer aparejada la iniciativa, pues en caso contrario estoy segura de que hubiese fracasado.

Escribía con timidez, con temor, pero resueltamente, urgida por mi maestra, sabedora de que si perseveraba, volvería a encontrar mi punto de apoyo mental y a adueñarme de mis facultades. Hasta el momento en que ocurrió el incidente, había vivido con la inconsciencia de una chiquilla; después mis pensamientos se tornaban hacia el interior, y vi las cosas invisibles. Gradualmente emergí de la penumbra de esa experiencia, con la mente aclarada con la prueba, y con un conocimiento más veraz de la vida.

Los acontecimientos principales del año 1893, fueron un viaje que hice a Wáshington en oportunidad de la asunción del mando por el presidente Cleveland y las visitas al Niágara y a la Exposición Mundial. Por entonces, mis estudios sufrían frecuentes interrupciones y a menudo los abandonaba durante semanas enteras, de modo que me es imposible referirlos en forma ordenada. Fuimos al Niágara en marzo de 1893. Me es difícil describir mi emoción al encontrarme en un lugar tan inmediato a las cataratas, y sentir la vibración del aire, y el temblor de la tierra.

Muchas personas juzgan cosa extraña el que me impresionaran las maravillas y bellezas del Niágara. Me han preguntado siempre: "¿Qué le significan a usted esa belleza y esa música? Si no puede ver las olas cuando vuelven sobre la playa, ni puede oír su rugido... ¿qué le dicen?"

Me significan todo, en el más evidente de los sentidos. No puedo sondear ni definir su significado más de lo que puedo definir el amor o la religión o la bondad.

En el verano de ese mismo año, Miss Sullivan y yo visitamos la Exposición Mundial en compañía del doctor Alejandro Graham Bell. Recuerdo con inmaculada dicha aquellos días en que mil fantasías infantiles se convertían en otras tantas realidades hermosas. Hacía diariamente con la imaginación un viaje alrededor del mundo, viendo innumerables maravillas de los más apartados rincones de la tierra, los maravillosos inventos, los tesoros de la industria y la pericia, y todas las actividades de la vida humana pasaban virtualmente bajo las extremidades de mis dedos.

Me gustaba visitar el Midway Plaisance, que se me antojaba las *noches árabes,* tan atestado estaba de objetos novedosos e interesantes. Allí encontré a la India de mis libros, en un curioso bazar con sus Shivas y sus dioses elefantes; allí estaba el país de las pirámides, concentrado en una Cairo en miniatura con sus

mezquitas y largas procesiones de camellos. Más allá, los canales de Venecia, donde navegábamos todas las tardes cuando la ciudad y las fuentes se iluminaban. También estuve a bordo de un barco Viking. Había subido antes, en Boston, a un buque de guerra, y me interesaba ver cómo en el antiguo velero, el marino era todo en todo a la vez, cómo navegaba sin conceder más importancia a la calma que a la tempestad, afrontando ambas con un mismo aplomo de corazón, y dando caza a quienquiera que replicase a su grito de "Somos del mar", y cómo luchaba con músculo y cerebro, confiado en sí mismo, y bastándose a sí mismo, en vez de ser relegado al olvido por una maquinaria irracional, como le acontece al marino de nuestros días. Siempre sucede así: "El hombre sólo interesa al hombre".

No muy lejos de esta nave, había una reproducción de la Santa María, que también examiné. El capitán me mostró la cabina de Colón y el escritorio, sobre el que había un reloj de arena. Este instrumento me impresionó mucho, pues imaginé la pesadumbre que debía haber experimentado el heroico navegante al ver caer la arena grano a grano, mientras que los tripulantes, desesperados, conspiraban contra su vida.

El señor Higinbotham, presidente de la Exposición, me permitió tocar los objetos expuestos, y con la ansiedad insaciable que debe haber tenido Pizarro al apoderarse de los tesoros del Perú, yo me adueñé de las glorias de la Exposición con mis dedos. Era como una especie de calidoscopio, tangible, esta blanca ciudad del Oeste. Todo en ella me fascinaba, especialmente loe bronces franceses. Con tanta naturalidad habían sido ejecutados, que pensé fueran visiones angélicas que el artista hubiera asido y aprisionado con vínculos terrenos.

En el pabellón de Cabo de Buena Esperanza, aprendí mucho sobre los procedimientos utilizados en la extracción del diamante. Cuando me lo permitían palpaba las máquinas en movimiento, para darme cuenta del corte, sección y pulimento de las piedras. Yo misma busqué un diamante en el stand, y lo encontré —el único diamante verdadero, decían, que se había hallado en los Estados Unidos.

El doctor Bell nos acompañaba a todas partes, y con agradable estilo me describió los objetos de mayor interés. En el pabellón de electricidad examinamos los teléfonos, fonógrafos y otros inventos, y me hizo creer cómo es posible enviar un mensaje por medio de los cables que se burlan del espacio y vencen al tiempo,

y como Prometeo, hacen descender el fuego del cielo. También concurrimos a la sección de antropología, y me interesaron mucho las reliquias del antiguo México, los toscos implementos de piedra que son tan a menudo el último vestigio de una era —sencillos monumentos de los hijos ignaros de la naturaleza (así pensaba al palparlos) que parecen destinados a perdurar, mientras que los anales de los reyes y los sabios se hunden y desaparecen en el polvo—, y las momias egipcias que tocaba apenas y estremecida. De estas reliquias egipcias aprendí más sobre el progreso del hombre que en todo lo que oí o leí desde entonces.

Estas experiencias añadían muchas palabras nuevas a mi vocabulario, y en las tres semanas que pasé visitando la Exposición di un gran salto, desde el interés infantil en los cuentos de hadas y en los juguetes, a la apreciación de la seria realidad del mundo laborioso.

CAPITULO XVI

Con anterioridad al mes de octubre de 1893, había estudiado varias materias, sola, pero desordenadamente. Leí las historias de Grecia, Roma y de los Estados Unidos. Tenía una gramática francesa impresa en relieve, y como poseía algunas nociones del idioma, me entretenía a menudo componiendo *in mente* algunos ejercicios cortos, usando las palabras nuevas a medida que las encontraba, e ignorando en tanto que eran posibles las reglas y otros tecnicismos. Hasta traté, sin ayuda, de dominar la pronunciación francesa, al hallar descriptos en el libro todas las letras y sonidos. Claro está que ello implicaba un enorme esfuerzo por parte de una capacidad reducida, dirigido a arduos fines, pero era un entretenimiento para una tarde lluviosa y adquirí el conocimiento suficiente del idioma para leer complacida las fábulas de La Fontaine, *Le Medecin malgré lui* y algunos pasajes de *Athalie*.

También dedicaba un tiempo considerable al mejoramiento del habla. Leía en voz alta ante Miss Sullivan y recitaba pasajes de mis poetas favoritos que había aprendido de memoria; ella corregía mi pronunciación, y me ayudaba a frasear y a acentuar. No fué, sin embargo, hasta octubre de 1893, después que me hube recobrado de la fatiga y las emociones producidas por mi visita a la Exposición, que comencé a tomar lecciones de determinadas materias, con horario establecido. Miss Sullivan y yo estábamos a la sazón en Hulton, Pennsylvania, visitando la familia del señor William Wade. El señor Irons, un vecino de ellos, era muy buen latinista, y se resolvió que yo estudiara bajo su dirección. Lo recuerdo como un hombre extraño y amable, poseedor de vasta experiencia. Me enseñó principalmente gramática latina, pero frecuentemente me ayudaba en aritmética, estudio que yo consideraba tan com-

plicado como carente de interés. El señor Irons leyó también conmigo el *In Memoriam,* de Tennyson. Yo había leído antes muchos libros, pero nunca desde el punto de vista crítico. Y aprendí entonces a conocer a un autor y a reconocer su estilo, como reconozco el apretón de manos de un amigo.

Al principio no manifesté gran interés por la gramática latina. Me parecía absurdo perder el tiempo analizando todas las palabras que encontraba, en su clasificación de nombre, genitivo, singular, femenino... siendo que su significado me era bastante claro. Creía que era algo así como describir, para conocerlo, a mi animalito privilegiado, en todas sus particularidades, con el solo propósito de conocerlo: orden, vertebrado; división, cuadrúpedo; clase, mamífero; género, felino; especie, gato; individuo, Tobby... Pero cuando profundicé en la materia, creció mi interés, y la belleza de la lengua me deleitó. A menudo me entretenía en la lectura de pasajes latinos, tomando las palabras que conocía y tratando de hilvanar el sentido. Siempre me agradó este pasatiempo. No hay nada más hermoso, creo, que las grandes imágenes y sentimientos que se disipan a medida que surgen, originadas por un idioma con el que uno recién comienza a familiarizarse —son ideas que cruzan volando el cielo mental, modeladas y coloreadas por la caprichosa fantasía. Miss Sullivan se sentaba junto a mí durante las lecciones, deletreándome en la mano todo lo que el señor Irons decía, y buscándome además nuevas palabras. Cuando volví a Alabama, comenzaba a leer la *Guerra de las Galias,* de César.

CAPITULO XVII

En el verano de 1894, asistía a la Conferencia de Chautauqua, de la Asociación Americana pro Enseñanza del Habla al Sordo. Allí se dispuso que fuera al Wright Humason School de Nueva York. Fuí en octubre de 1894, acompañada por Miss Sullivan. Se había elegido ese establecimiento con el propósito de obtener las mayores ventajas en la cultura vocal y en la lectura labial. Además de mi trabajo en estas materias, estudié durante los dos años que permanecí en la escuela, aritmética, geografía, física, francés y alemán. La señorita Reamy, mi maestra de alemán, que estaba capacitada para el uso del alfabeto manual, me enseñó un pequeño vocabulario, y tras de adquirirlo, hablábamos en alemán cada vez que se presentaba una oportunidad. En pocos meses podía entender casi todo lo que decía. Antes de finalizar el primer año, leí *Wilhelm Tell,* con gran deleite. A decir verdad, creo que hice más progresos en el alemán que en cualquier otro de mis estudios. El francés me fué mucho más difícil. Lo estudié con Madame Olivier, una profesora francesa que no conocía el alfabeto manual, y que se veía obligada a darme lecciones orales. No podía leer en sus labios con facilidad, y mi progreso fué así mucho más lento que en el alemán. Me las compuse, sin embargo, para releer *Le Medecin malgré lui.* Era muy entretenido, pero no me gustaba tanto como *Wilhelm Tell.*

Mi progreso en la lectura labial y en el habla no fué lo que mis maestros y yo hubiéramos deseado y esperado. Mi ambición no era sino hablar como los demás, y mis maestros creyeron que podría llevar a cabo el propósito; pero pese a que trabajábamos con tesón y confianza, no alcanzamos enteramente nuestro objeto. Supongo que era porque pretendíamos llegar demasiado lejos, y la desazón era, por consiguiente, inevitable. Consideraba aún a

la aritmética como un sistema de trampas. Vacilaba todavía en los límites de la adivinanza, eludiendo con graves consecuencias para mí y para los demás el anchuroso valle de la razón. Cuando no adivinaba, saltaba a conclusiones, y esta falla, añadida a la de mi embotamiento, agravaba las dificultades más de lo justo y necesario.

Pero aun cuando estos disgustos me causaban una gran depresión, proseguía los otros estudios con incansable interés, especialmente los de la geografía física. Me alegraba aprender los secretos de la naturaleza: de cómo —en el pintoresco lenguaje del Viejo Testamento— procede el soplo de los vientos desde los cuatro ángulos del cielo, de cómo los vapores ascienden de los términos de la tierra, y los ríos brotan de entre las rocas y las montañas se hienden por la base, y de cuán diversas maneras puede el hombre vencer fuerzas más poderosas que él. Los dos años pasados en Nueva York fueron felices, e inspiran a mi memoria un legítimo placer.

Recuerdo especialmente los paseos que dábamos todos juntos al Central Park, el único lugar de la ciudad que se adecuaba a mi carácter. Nunca perdí mi alegría allí. Me deleitaba que me lo describiesen cada vez que entraba en él; porque era hermoso en todos sus aspectos, y éstos eran tantos que su belleza tuvo una manifestación distinta en cada uno de los meses que pasé en Nueva York.

En la primavera hicimos excursiones a varios sitios interesantes. Navegamos en el río Hudson y anduvimos luego por sus verdes orillas, cantadas por Bryant. Me gustaba la grandeza sencilla y salvaje de los riscos. Entre otros lugares, visité West Point, Tarrytown, la casa de Wáshington Irving, donde caminé por el *Sleepy Hollow*.

Los maestros de la Wright Humason School consideraban siempre y muy atentamente los medios por los cuales se pudiera proporcionar a los alumnos todas las facultades, el modo en que pudieran sacar provecho de algunas tendencias y memorias pasivas —en el caso de los más pequeños— y sacarlos de las angustiosas condiciones en que se hallaban sus vidas aprisionadas.

Antes de dejar Nueva York, estos días radiantes fueron oscurecidos por el mayor de los pesares que yo había sufrido, excepción hecha de la muerte de mi padre. El señor John P. Spaulding, de Boston, murió en el mes de febrero de 1896. Sólo aquellos que lo conocieron y lo amaron más pueden entender lo que su amistad

significaba para mí. El, que bregaba con su modestia y su tino peculiares por dar la felicidad a quienes no la poseían, se mostraba muy gentil y muy bondadoso con Miss Sullivan y conmigo. No podíamos descorazonarnos al sentir su amada presencia, sabiendo que atendía con vigilante interés las alternativas de nuestra lucha, plagada de tantas dificultades. Su partida dejó un vacío en nuestra existencia, que no se llenará jamás.

CAPITULO XVIII

En octubre de 1896, ingresé en el Cambridge School para señoritas, con el objeto de prepararme para Radcliffe.

Cuando pequeña había visitado Wellesley una vez y sorprendí a mis amigos con este anuncio: "Algún día iré al colegio, pero a Harvard". Cuando me preguntaron por qué no había de ir a Wellesley, contesté que porque allí sólo concurrían niñas. La idea de ir a un colegio se arraigó en mi corazón, y se convirtió en un deseo formal, que me impulsaba a competir con las niñas oyentes y videntes, pese a la firme oposición de muchos amigos de verdad, muy inteligentes. Al dejar Nueva York, esa idea era ya una firme resolución; y se resolvió así que fuera a Cambridge. Era el peldaño más próximo a Harvard, y al cumplimiento de mi decisión infantil.

En la Escuela de Cambridge se convino un plan según el cual Miss Sullivan concurriría a las clases conmigo, y me interpretaría las lecciones que se dieran.

Por supuesto que mis profesores no tenían experiencia alguna en enseñar a otros que no fueran alumnos normales, y mi único medio de comunicarme con ellos era con la ayuda de la lectura labial. Durante el primer año, mis estudios fueron: Historia de Inglaterra, literatura inglesa, alemán, latín, aritmética, sintaxis latina y composiciones varias. Hasta entonces no había asistido nunca a un curso, con el propósito de prepararme para ingresar a un colegio, pero había sido tan bien aleccionada en inglés por Miss Sullivan, que mis maestros tuvieron pronto la evidencia de que no necesitaba ninguna instrucción especial en esa materia, aparte de un estudio crítico de los libros que estaban en el programa del colegio. Había tenido además una buena base de francés, recibiendo unos seis meses de enseñanza de latín, pero el alemán me era

la materia más familiar. Sin embargo, pese a estas ventajas, mi progreso tropezaba con serios inconvenientes. Miss Sullivan, no podía deletrearme todos los textos y me era muy difícil conseguir que me los repujaran con la suficiente rapidez, aunque mis amigos apresuraban los trabajos. Durante un tiempo debí copiar mis lecciones de latín en Braille, para poder recitarlas con las demás compañeras. Mis instructores no tardaron en familiarizarse pronto con mi imperfecto discurso, como para poder responder rápidamente a mis preguntas y corregir mis errores. No podía tomar apuntes en la clase, ni escribir ejercicios, sino que debía hacer mis composiciones y traducciones en casa, con mi máquina de escribir. Diariamente. Miss Sullivan concurría conmigo a las clases y me deletreaba en la mano con infinita paciencia todo lo que los maestros decían. En las horas de estudio, debía buscarme nuevas palabras, y leer y releer notas y libros que yo no tenía impresos en relieve. Es difícil imaginar el fastidio que da hacer este trabajo. Frau Gröte, mi maestra de alemán, y el señor Gilman, director de la escuela, fueron los únicos maestros del establecimiento que aprendieron el alfabeto digital para instruirme. Nadie advertía tanto como Frau Gröte cuán lento e inadecuado era su deletreo. Sin embargo, con la paciencia inspirada por su bondadoso corazón, me deletreaba laboriosamente sus lecciones en horas especiales, dos veces por semana, para darle a Miss Sullivan un pequeño descanso. Pero a pesar de que todos eran muy buenos conmigo y estaban dispuestos a ayudarnos, sólo había una mano que pudiera tornar la faena en placer.

Este año terminé la aritmética, repasé la gramática latina, y leí tres capítulos de *La Guerra de las Galias*. En alemán leí, en parte, con los dedos, y en parte con ayuda de Miss Sullivan, *Lied von der Glocke* y *Taucher,* de Schiller; *Harzreise,* de Heine; *Aus dem Staat Friedrichs des Grossen,* de Freytag; *Fluch Der Schönheit,* de Riehl; *Minna von Barnhelm,* de Lessing, y *Aus Meinem Leben,* de Goethe. Me agradaron muchísimo estos libros alemanes, especialmente la maravillosa lírica de Schiller, la historia de las proezas magníficas de Federico el Grande y el relato de la vida de Goethe. Me apenó el terminar *Die Harzreise,* tan lleno de felices ocurrencias y hermosas descripciones de las colinas vestidas de vid, de las corrientes que cantan y murmuran a la luz del sol, y de las regiones salvajes sagradas para la tradición y la leyenda, las hermanas grises de una edad imaginaria, ha mucho desaparecida, descripciones tales como sólo pueden darse a aquellos para quienes

la naturaleza es "un sentimiento, un amor y un apetito". El señor Gilman me instruyó parte del año en literatura inglesa. Leímos juntos *Como gustéis*, el *Discurso sobre la Conciliación con América*, de Burke, y la *Vida de Samuel Johnson*, de Macaulay. La amplia visión literaria e histórica del señor Gilman y sus claras explicaciones facilitaban mi trabajo y lo hacían más placentero de lo que hubiera sido si me hubiese limitado únicamente a la lectura de los apuntes y a las imprescindibles explicaciones breves, dadas durante las clases. El de Burke fué el libro más instructivo en materia política, de los que yo había leído. Mi mente sufría las conmociones experimentadas por los tiempos, y los personajes en torno a los cuales giraba la vida de las dos naciones contendientes, me parecían actuar ante mí. Me extrañaba más y más, a medida que el discurso magistral de Burke procedía por oleadas de elocuencia, de cómo el rey Jorge y sus ministros habían hecho oídos sordos a su amonestación profética de nuestra victoria, y su humillación posterior. Conocí luego las tristes circunstancias vinculadas a la relación en que estuvo el gran estadista con su partido y con los representantes del pueblo. Pensé en lo sorprendente que era, que tan preciosas simientes de verdad y de sabiduría hubiesen caído entre las cizañas de la ignorancia y la corrupción.

La *Vida de Samuel Johnson*, de Macaulay, me interesaba en modo distinto. Mi corazón huyó a hacer compañía al pobre solitario que comía su pan de aflicción en Grub Street, y que aun en medio de sus penurias y aflicciones, y de los crueles sufrimientos que experimentaba en cuerpo y alma, tenía siempre una palabra amable y tendía una mano de ayuda al pobre y al menospreciado. Me alegraban sus éxitos, no paraba mientes en sus fatigas y no me asombraba tanto el hecho de que hubiese incurrido en ellas, como el de que no habían vencido ni empequeñecido su alma. Pero a pesar de la brillantez de Macaulay y su admirable fecundidad de lograr que los lugares comunes parezcan novedosos y pintorescos, su positivismo me afligía a veces, y sus frecuentes sacrificios de la verdad al afecto me mantenían en una actitud muy distinta a la de reverencia con que había escuchado al Demóstenes de Gran Bretaña.

En la escuela de Cambridge gocé, por primera vez en mi vida, de la compañía de niñas oyentes y videntes de mi edad. Vivíamos juntas en una de las hermosas casas anexas a la escuela, aquella en que solía vivir el señor Howells, y teníamos todas las ventajas de la vida hogareña. Me unía a ellas en muchos de sus juegos, aun

en el del gallo ciego, y en sus correrías por la nieve. Las acompañaba en sus largas caminatas, discutíamos acerca de nuestros estudios, y leíamos en voz alta las cosas que nos interesaban. Algunas de las chicas aprendieron a hablarme, ahorrando a Miss Sullivan el trabajo de interpretarme su conversación.

Para Navidad, mi madre y mi hermanita pasaron algunos días conmigo, y el señor Gilman nos sugirió gentilmente que Mildred estudiara en su escuela. Y fué así cómo Mildred se quedó conmigo en Cambridge, y durante seis meses dichosos, apenas si nos separamos. Me alboroza el recuerdo de las horas que pasamos ayudándonos la una a la otra en el estudio y participando de nuestras recreaciones comunes.

Rendí mis exámenes preliminares para Radcliffe, desde el 29 de junio al 3 de julio de 1897. Las materias eran: alemán elemental y superior; francés, latín, historia griega y romana, integrando en total, nueve horas. Salí bien en todas, obteniendo "mención honorífica" en alemán y en inglés.

Tal vez una explicación del método empleado en la época en que rendí mis exámenes no estará aquí demás. Se le exigía al estudiante la aprobación de dieciséis horas de examen, doce de ellas denominadas elementales y cuatro superiores. Debía aprobar cinco horas por vez para que se le computaran. Las cuestiones de examen se daban a las nueve en Harvard, y un mensajero los traía a Radcliffe. Se identificaba a cada candidato, no por su nombre, sino por un número. Yo tenía el 233, pero como debía hacer uso de una máquina de escribir, mi identidad no podía ocultarse.

Se juzgó conveniente que yo rindiera mi examen sola en una habitación, pues el ruido de la máquina podría molestar a las otras niñas. El señor Gilman me leía todas las cuartillas por medio del alfabeto manual. En la puerta vigilaba un empleado, a fin de evitar cualquier interrupción. El primer día rendí alemán. El señor Gilman se sentó junto a mí, y me leyó el cuestionario primero, desde el principio hasta el fin, y luego, oración por oración. Mientras tanto, yo repetía las palabras en voz alta para asegurarme que le entendía perfectamente. Eran difíciles las preguntas y me sentía muy emocionada a medida que iba escribiendo mis respuestas a máquina. El señor Gilman me deletreaba lo que había escrito y yo introducía los cambios que me parecían necesarios, y él los intercalaba. Debo destacar aquí que nunca desde aquella vez he tenido esa considerable ventaja durante mis exámenes. En Radcliffe nadie me lee los escritos, y no tengo oportunidad de corregir

los errores, a menos que termine antes de expirar el plazo acordado para el examen. En esos casos sólo corrijo los errores que puedo recordar, en los pocos minutos que se acuerdan, y anoto esas correcciones al margen de la hoja. Si aprobé con un promedio mayor en las pruebas preliminares que en las finales, ello fué por dos razones. En las finales nadie me releía mi trabajo, y en las preliminares rendí materias con algunas de las cuales estaba en cierto modo familiarizada antes de mis estudios en la escuela de Cambridge, pues a principios de año había rendido examen de inglés, historia, francés y alemán, tomados por el señor Gilman con viejos cuestionarios de Harvard.

El director de la escuela envió mi trabajo escrito a la mesa examinadora con un certificado que acreditaba que yo, la aspirante número 233, había contestado los cuestionarios. Los demás exámenes preliminares se llevaron a cabo del mismo modo. Ninguno fué tan difícil como el primero. Recuerdo que el día en que nos trajeron el cuestionario de latín, el profesor Schilling vino a informarme que había aprobado satisfactoriamente el examen de alemán. Eso me animó y me apresuré a concluir la prueba, con el corazón jubiloso y mano firme.

CAPITULO XIX

Al iniciar el segundo año en la escuela del señor Gilman, estaba muy esperanzada y resuelta a triunfar. Pero en el transcurso de los primeros meses debí sobrellevar dificultades imprevistas. El señor Gilman había resuelto que yo estudiara con preferencia matemáticas. Tenía física, álgebra, geometría, astronomía, griego y latín. Por desgracia, muchos de los libros que necesitaba no habían sido repujados a tiempo, en Braille, para que pudiera comenzar las clases con ellos, y carecía así de un valioso auxiliar para algunos de mis estudios. Las clases a que asistía eran demasiado numerosas, y mis maestros estaban imposibilitados de darme instrucción especial. La señorita debía, por fuerza, leerme todos los libros e interpretarme cada una de las lecciones y, por primera vez en once años, la tarea pareció exceder la capacidad de su querida mano.

Hube de escribir en clase los signos algebraicos y resolver los teoremas geométricos y los problemas de física, lo que me fué posible hasta que compramos un dispositivo Braille de escritura, por medio del cual podía anotar los pasos y demostraciones de mis trabajos. No podía seguir con la vista el trazado de las figuras en el pizarrón, y el único medio de representármelas claramente, era mediante el uso de un almohadón y de alambres curvos y rectos, con la punta doblada. Debía conservar, *in mente,* como dice el señor Keith en su informe, las letras correspondientes a las figuras, la hipótesis y la tesis, la construcción y el desarrollo de la demostración. En una palabra, todo estudio tenía sus obstáculos. A veces perdía el coraje y traicionaba mis sentimientos de un modo que me avergüenza recordar, especialmente cuando las manifestaciones de mi enojo se tornaban contra Miss Sullivan, la única persona entre todos los buenos amigos que tenía allí, capaz de alla-

nar las tortuosidades y de alisar las asperezas. Poco a poco, sin embargo, mis dificultades desaparecieron. Llegaron los libros en relieve y otros auxiliares, y me sumergí en el trabajo con renovada confianza. El álgebra y la geometría eran los únicos estudios que mis esfuerzos seguían desafiando en su afán por comprenderles.

Como he dicho antes, no tenía yo aptitudes para las matemáticas, y los distintos teoremas no se explicaban tan minuciosamente como yo quería. Los diagramas geométricos me eran particularmente fastidiosos, pues no podía percibir la relación de las distintas partes entre sí, ni aun con el procedimiento del almohadón. Y no tuve idea clara de lo que eran las matemáticas hasta que me las enseñó el señor Keith.

Comenzaba ya a allanar estos obstáculos cuando ocurrió algo que determinó un cambio total. Poco antes de que llegaran los libros, el señor Gilman empezó a reconvenir a Miss Sullivan, sosteniendo que yo trabajaba demasiado y, a pesar de mis sinceras protestas, redujo el número de las lecciones. Habíamos convenido en principio que yo debía emplear, si fuese necesario, cinco años para prepararme para el colegio, mas al finalizar el primer año el éxito de mis exámenes demostró a Miss Sullivan, a Miss Harbaugh —la maestra principal del señor Gilman— y a otra más, que podría, sin mucho esfuerzo, completar mi preparación en dos.

El director de la escuela convino en ello al principio, pero cuando mi labor resultó un tanto dificultosa insistió en que estaba recargada de trabajo y que debía permanecer en la escuela tres años más. Me disgustaba el plan, pues deseaba entrar al colegio con las alumnas de mi división.

El 17 de noviembre, no me sentía muy bien y no concurrí a clase. Miss Sullivan sabía que mi indisposición no era grave, pero, sin embargo, el señor Gilman, al tener noticias de ella, declaró que me estaba enfermando, y ordenó algunos cambios en mis estudios, que me imposibilitaban la rendición de los exámenes finales con mis compañeras. Finalmente, las diferencias entre el señor Gilman y Miss Sullivan decidieron a mi madre a sacarnos a mi hermanita Mildred y a mí del Cambridge School.

Después de un tiempo, se dispuso que yo continuara mis estudios con un profesor particular, el señor Merton S. Keith, de Cambridge. Miss Sullivan y yo pasamos el resto del invierno en Wrentham con nuestros amigos, los Chamberlin, cerca de Boston.

Desde febrero hasta julio de 1898, el señor Keith venía a Wrentham dos veces por semana, y me enseñaba álgebra, geome-

tría, griego y latín. Miss Sullivan me interpretaba sus lecciones. En octubre de 1898 volvimos a Boston. Durante ocho meses, el señor Keith continuó dándome lecciones cinco veces por semana, con una duración de una hora por clase. Me explicaba en ellas lo que no había entendido en las lecciones anteriores, me asignaba deberes y se llevaba consigo los ejercicios de griego escritos a máquina por mí en el transcurso de la semana; los corregía y me los devolvía.

De este modo, mi preparación para el colegio prosiguió sin interrupciones. Me era mucho más fácil y agradable recibir la enseñanza individual que la asistencia a las clases. No había apuros ni confusiones. Mi profesor tenía tiempo suficiente para explicarme lo que no entendía, y yo trabajaba así con más rapidez y mejor que en la escuela. Me encontraba aún con más dificultades en mis estudios matemáticos que en los demás. Hubiera deseado que el álgebra y la geometría hubiesen sido una mitad tan fáciles como los idiomas y la literatura. Pero el señor Keith logró despertar mi interés hasta en las matemáticas. Me hizo aprender al dedillo problemitas que mi mente podía captar. Mantuvo alerta mis facultades, ejercitándolas para razonar claramente y buscar las conclusiones con sosiego y por deducción lógica, en vez de saltar locamente al espacio para no llegar a ningún lado. Era siempre amable e indulgente sin considerar mi lentitud, y creedme que mi estupidez hubiera agobiado a menudo la paciencia de un Job.

El 29 y el 30 de junio de 1899, rendí los exámenes finales para Radcliffe. El primer día di griego elemental, latín superior, y en la jornada siguiente, geometría, álgebra y griego superior.

Las autoridades del colegio no permitieron que Miss Sullivan me leyera los cuestionarios del examen, y se encomendó esa tarea al señor Eugene C. Vinning, uno de los instructores de la Perkins Institution for Blind, quien me copió los cuestionarios en Braille americano. El señor Vinning me era desconocido y no podía comunicarse conmigo excepto escribiendo en Braille. Tampoco conocía yo al censor, quien no trató de establecer ninguna comunicación conmigo. El Braille me era muy útil en cuanto a las lenguas, pero en geometría y álgebra surgieron algunas dificultades. Quedé perpleja, y me sentí descorazonada al perder un tiempo precioso, especialmente en álgebra. A decir verdad, yo estaba muy familiarizada con el Braille literario de uso común en el país, el inglés, el americano y el New York Point; pero los signos y símbolos geométricos y algebraicos difieren mucho en los tres sistemas, y para mi aprendizaje del álgebra yo sólo había utilizado el Braille inglés.

Dos días antes del examen, el señor Vinning me envió una copia de uno de los viejos cuestionarios de Harvard escritos en Braille. Noté, a mi pesar, que contenía la notación americana. Me senté inmediatamente a escribirle al señor Vinning, pidiéndole que me explicara los signos. Recibí un nuevo cuestionario y una tabla de signos, a vuelta de correo, y me puse a trabajar para aprender la notación.

Pero la noche anterior al examen de álgebra, mientras pugnaba por resolver varios problemas complicados, no podía distinguir todavía con claridad las diferentes combinaciones de los paréntesis angulares, los corchetes y el radical. Ambos, el señor Keith y yo, éramos presa de la desesperación, y teníamos negros presentimientos para el día siguiente; pero fuimos al colegio poco antes de comenzar la prueba, e hicimos que el señor Vinning nos diera una explicación más acabada de los signos americanos.

En geometría, mi principal dificultad residía en que hallándome acostumbrada a leer las proporciones en impresión lineal, no podía ver lo que escribía a máquina. Siempre había hecho los trabajos en Braille o mentalmente.

En geometría, mi dificultad principal residía en que estaba acostumbrada a leer las proposiciones en impresión lineal, o a que me las deletrearan en la mano; y en cierto modo, encontrando confusiones en el Braille, pese a tener las proposiciones ante mí, no podía fijar en mi mente con claridad lo que estaba leyendo.

Pero cuando comencé con el álgebra tuve mayores dificultades aún. Los signos que había aprendido tan tarde, y que creía conocer, me dejaban perpleja. Además, no podía ver lo que escribía a máquina. Había trabajado siempre con el Braille o mentalmente.

El señor Keith confió demasiado en mi habilidad para resolver los problemas *in mente,* no me preparó para escribir los cuestionarios de examen. En consecuencia, mi trabajo se hacía penosamente lento y debía leer los ejemplares una y otra vez antes de darme una idea de lo que debía hacer. En realidad, no puedo decir con seguridad que haya leído todos los signos correctamente. Me fué difícil conservar la serenidad. Pero a nadie culpo. Las autoridades de Radcliffe no advertían las dificultades con que abrumaban mis exámenes, ni estaban a su alcance los peculiares inconvenientes que debía vencer. Mas, si opusieron, sin quererlo, obstáculos en mi camino, tengo el consuelo de saber que triunfé por sobre todos ellos.

CAPITULO XX

Había terminado la lucha por la admisión y en el colegio, y podía entrar en Radcliffe cuando quisiera. Antes, sin embargo, juzgaron conveniente que estudiara un año más bajo la dirección del señor Keith, y no fué, por lo tanto, hasta 1900 que se materializó mi sueño.

Recuerdo el primer día en Radcliffe, lleno de atractivos para mí. Lo había aguardado durante años. Una poderosa fuerza interior, más poderosa aún que la persuasión de mis amigos, me había impulsado a medir mi capacidad con la misma vara que se usa para mensurar la de los que gozan de la vista y el oído. Sabía que el camino estaba erizado de obstáculos; pero ansiaba vencerlos. Había aprendido de memoria las palabras del que dijo: "Ser exilado de Roma no es más que vivir fuera de Roma". Apartada de los caminos reales al conocimiento, me veía obligada a viajar a campo traviesa, por rutas no frecuentadas: eso era todo, y sabía que en el Colegio existían muchos senderos en los que pudiera darme la mano con las jóvenes que pensaban, amaban y luchaban como yo.

Comencé los estudios con gran ansiedad. Vi abrirse ante mí un mundo nuevo de belleza y de luz, y sentí en mi interior la capacidad de llegar a saber todas las cosas. En el país maravilloso de la mente, debía ser tan libre como las demás. Su gente, su escenario, sus costumbres, alegrías y tragedias, debían ser intérpretes vivientes y tangibles del mundo real. Las aulas parecían plenas de espíritu de los grandes y los sabios, y yo pensé que los profesores eran la encarnación de la sabiduría. Si he visto desde entonces las cosas desde un aspecto diferente, nadie lo sabrá de mis labios.

Pero pronto descubrí que el colegio no era de ningún modo el romántico *lyceum* que yo había imaginado. Muchos de los sue-

ños que habían deleitado a mi joven inexperiencia amenguaron en belleza, y "se desvanecieron a la luz del día común". Poco a poco eché de ver que en Radcliffe se presentaban nuevos inconvenientes.

El que sentí, y siento más todavía, es el de la falta de tiempo. Solía destinar antes alguno, a reflexionar y a pensar, mi mente y yo. Nos sentábamos juntos por la tarde para escuchar las melodías interiores del espíritu, las que se oyen en los ratos de ocio, cuando las palabras de algún poeta amado pulsan una profunda y dulcísima cuerda del alma, que hasta entonces había permanecido silenciosa. Pero en el colegio no había tiempo de comunicarse con los propios pensamientos. Pareciera que se asiste a él para aprender, pero no para pensar. Cuando se franquea el pórtico del aprendizaje, uno abandona los más caros placeres, la soledad, los libros y la imaginación, afuera, en el exterior, junto con los pinos rumorosos. Supongo que debiera encontrar algún consuelo al pensar que estoy atesorando bienes para obtener las alegrías futuras, pero soy tan imprevisora que prefiero la felicidad presente al atesoramiento en previsión de un día aciago.

Mis estudios durante el primer año fueron el francés, el alemán, historia, composición y literatura inglesa. En el curso de francés leí algunos trabajos de Corneille, Molière, Racine, Alfredo de Musset y de Saint Beuve, y en alemán los de Goethe y Schiller. Repasé rápidamente el período histórico que media entre la caída del Imperio romano hasta el siglo XVIII, y en literatura inglesa estudié en la faz crítica los poemas de Milton y *Areopagítica*.

Se me pregunta frecuentemente de cómo me las compuse para sobrellevar la labor en las condiciones peculiares en que se efectúa en el colegio. En el aula estoy, por supuesto, virtualmente sola. El profesor está tan lejano a mí como si hablara por teléfono. Las clases me son deletreadas en la mano con toda la rapidez posible, y gran parte del tinte personal de la exposición del profesor se pierde en el esfuerzo de seguirle en todo. Las palabras se precipitan a través de mi mano, como galgos que persiguen una liebre que a menudo no alcanza. Pero a este respecto no creo hallarme en inferioridad de condiciones respecto a los que toman apuntes.

Si la mente se ocupa con el proceso mecánico de escuchar y escribir las palabras sobre el papel, a troche y moche, no creo que se pueda prestar mucha atención a la materia que se considera, ni al modo en que ella se expone. No puedo tomar notas durante las clases, porque mis manos están ocupadas escuchando. Por lo común, acostumbro a anotar lo que recuerdo al llegar a casa. Es-

cribo los ejercicios, los temas diarios, las críticas y las pruebas, a máquina, de modo que los profesores no tienen ninguna dificultad para enterarse de lo poco que sé. Cuando me inicié en el estudio de la prosodia latina, preparé y expliqué a mi profesor un sistema de signos de mi invención para los diferentes metros y cantidades del verso. Uso la máquina de escribir Hammond. Probé otras, pero ésa es la que mejor se adapta a mis necesidades. Con esta máquina se pueden emplear juegos movibles de caracteres diferentes. Sin ella, dudo de que hubiera podido asistir al colegio.

Pocos libros de los requeridos en los distintos cursos estaban impresos en Braille, y me veo obligada a hacérmelos deletrear en la mano. Necesito, en consecuencia, mucho más tiempo para preparar mis lecciones que las demás. La lectura manual es mucho más lenta, y caigo en incertidumbres que ellas no conocen. Hay días que en la atención constante que debo prestar a los detalles me provoca una gran irritación, y el saber que debo pasar horas leyendo unos pocos capítulos, mientras que en el mundo exterior otros jóvenes ríen, cantan y danzan, me rebela; pero pronto recobro mi alegría, y desalojo riendo el descontento de mi corazón. Porque, después de todo, aquél que desea ganar el verdadero conocimiento debe escalar el Cerro de la Dificultad a solas, y desde que hay camino real para la cumbre, es forzoso seguir el zig-zag de nuestra propia ruta. Me deslizo hacia atrás muchas veces, caigo, me detengo, y vuelvo a arrojarme contra las aristas de los obstáculos ocultos; pierdo la paciencia y la vuelvo a encontrar; y la guardo mejor; avanzo penosamente; gano un poco de terreno, me animo, ansío llegar y subo más y más alto, y comienzo a ver el horizonte que se dilata. Cada batalla es una victoria. Un esfuerzo más y alcanzo la nube luminosa, las azules profundidades del cielo, las lejanas e interiores regiones de mi deseo.

No estoy siempre sola. El señor William Wade y E. E. Allen, director de la Pennsylvania Institution for the Instruction of the Blind, me consiguen muchos de los libros que necesito, escritos en Braille. No podrán entender jamás cuánto me han animado y ayudado con su solicitud infinita.

El año pasado, el segundo en Radcliffe, estudié composición inglesa, las Sagradas Escrituras como literatura inglesa, los gobiernos de América y Europa, las odas de Horacio y la comedia latina.

La clase de composición inglesa era la más agradable, y siempre interesante. Eran horas animadas, salpicadas de ingenio, pues el instructor, señor Charles Townsend Copeland, más que ningún

otro de los que había tenido yo hasta aquel año, os ofrece la literatura con toda su frescura y potencialidad originales. Durante una hora breve, se nos permite beber la belleza eterna de los antiguos maestros, sin interpretaciones ni exposiciones innecesarias. Y os gozáis con sus hermosos pensamientos, disfrutando con toda vuestra alma del dulce trueno del Viejo Testamento, olvidando la existencia de Jahveh y de Elohim, y volvéis a vuestro hogar con la sensación de haber dirigido "una mirada fugaz a aquella perfección en la que el espíritu y la forma habitan en armonía perfecta; la verdad y la belleza reverdecidas en nuevo vástago sobre el antiguo tronco del tiempo".

Este es el año más feliz, pues estudio las materias que más me interesan: Economía, literatura isabelina y Shakespeare, con el profesor Kittredge, y la Historia de la Filosofía con el profesor Royce. Por medio de la filosofía obtenemos la comprensión de las tradiciones de las épocas más remotas, y de otras modalidades de pensamiento que hasta conocerlas me parecían extrañas e irracionales.

Pero el colegio no es la Atenas universal que yo imaginaba. No nos encontramos en él cara a cara con los grandes; ni aun sentimos su contacto vivificador. Están allí; es verdad, pero pareciera que modificados. Debo extractarlos de los agrietados muros del aprendizaje, y disecarlos, y analizarlos antes de asegurarnos que tenemos a un Milton o un Isaías, y no simplemente una inteligente imitación. Muchos estudiosos ignoran a lo que me parece que nuestra complacencia en las grandes obras de la literatura radica más en la profundidad de nuestra simpatía que en nuestro entendimiento. Lo malo es que pocas de sus laboriosas explicaciones perduran en la memoria. La mente las deja caer como la rama deja caer los frutos maduros. Se puede conocer una flor, con raíz y tallo, y todo lo demás, y todos los procesos de su crecimiento, pero sin apreciar, pese a todo, a esa misma flor, fresca, bañada en el rocío celestial. Vuelvo a preguntar con impaciencia: ¿Para qué ocuparme de esas explicaciones e hipótesis? Vuelan de aquí para allá en mi pensamiento, como pájaros cegados que baten el aire con alas ineficaces. No quiero oponerme a un conocimiento cabal de las obras famosas que leemos. Me opongo tan sólo a los interminables comentarios y a las complicadas críticas que sólo nos enseñan una cosa: que hay tantas opiniones como hombres. Pero cuando un gran erudito como el profesor Kittredge, nos interpreta las palabras de un maestro, es como si "se hubiera dotado al ciego de una nueva vida". Nos retrotrae a Shakespeare, el Poeta.

Hay momentos, no obstante, en que desearía arrasar con todo lo que debo aprender, porque la mente sobresaturada no puede disfrutar del tesoro que se ha asegurado a tan costoso precio. Creo que es imposible leer en un día cuatro o cinco libros diferentes escritos en distinto idioma y que versan sobre materias muy dispares, sin perder de vista el fin por el cual uno lee. Cuando leemos con apuro y nerviosidad, nuestro cerebro se embota con un verdadero bazar considerando *in mente,* pruebas escritas y exámenes, de conocimientos escogidos para aquellos que parecen ser, a decir verdad, muy poco útiles. Al presente, mi memoria está tan colmada de materiales heterogéneos, que casi desespero de ordenarla alguna vez. Siempre que penetro en la región que fuera el reino de mi mente, me siento como el toro del cuento en el negocio chino. Mil saldos y retazos de conocimientos caen estrepitosamente sobre mi cabeza como una granizada, y cuando trato de ponerme fuera de su alcance, los duendes de los temas y los genios escolares me persiguen hasta hacerme ansiar —¡oh, séame perdonado este maligno deseo!— estrellar los ídolos mismos que vine a venerar.

Pero los exámenes son los peores espantajos de mi vida de colegio. Aun cuando los he afrontado varias veces, haciéndoles morder el polvo, se alzan sin embargo nuevamente y me amenazan con sus pálidas miradas hasta que, como Bob Acres, siento que mi coraje fluye a las extremidades de mis dedos. Los días que preceden estas ordalias transcurren atestándome la mente con fórmulas místicas y fechas indigestas, régimen de gusto horrible, que nos impulsan al deseo de que los libros y la ciencia y uno mismo sean enterrados todos juntos en la profundidad del mar. Por fin, llega la hora temida y una es un ser privilegiado, si se siente preparada, y es capaz, en el momento preciso, de acudir a sus pensamientos, y que éstos le ayuden en ese esfuerzo supremo. Sucede muy a menudo que el llamado de nuestra trompeta es desatendido. Es cosa muy sorprendente, y exasperante a la vez, que en el mismísimo instante en que más se necesita de la memoria y de un claro discernimiento, es cuando estas facultades se hacen de alas y huyen volando. Todo lo que almacenamos con un trabajo infinito, en el aprieto, nos falla invariablemente.

"Dé una reseña de Huss y su obra". ¿Huss? ¿Quién fué y qué hizo? El nombre me resulta extrañamente familiar. Escudriñáis en vuestro morral de hechos históricos, como buscando un trozo de seda en un saco de harapos. Ocupa algún lugar en vuestra mente —estad seguros de ello— y cerca de la superficie. Lo habéis visto

hace días al repasar los principios de la Reforma. ¿Pero dónde está ahora? Pescamos toda suerte de saldos de conocimiento, revoluciones, cismas, masacres, sistemas de gobierno... ¿Pero dónde está Huss? Os sorprenden todas las cosas sabidas que no están en el cuestionario del examen. Desesperados, tomáis el morral echando todo afuera y, por fin, aparece vuestro hombre, cobijado serenamente en su propio pensamiento e inconsciente de vuestra catástrofe. En ese mismo momento el censor universitario os informa que se ha vencido el plazo. Con sensación de intensísimo disgusto dais un puntapié al montón de desperdicios y, al regresar a casa con el magín turbado con mil planes revolucionarios tendientes a abolir el derecho divino de los profesores, de hacer preguntas sin el consentimiento del preguntado.

Advierto que en las últimas páginas de este capítulo he usado figuras que os harán reír de mí. Aquí están: las metáforas combinadas que se burlan de mi imaginación, y me muestran al toro en el negocio chino, acosado por la granizada de saldos y retazos, y los espantajos de continente pálido, una especie que no ha sido analizada. ¡Pues que se burlen! Esas palabras describen el embarullado ambiente en que me agito, de modo que las toleraré por una vez, y adoptaré una pose adecuada para decir que mis ideas sobre el colegio han variado mucho.

Mientras mi permanencia en Radcliffe fué sólo cosa futura e imaginada, la rodeé de un halo romántico, que ha perdido; pero en la transición de lo romántico a lo real he aprendido muchas cosas que no hubiera sabido nunca, a no ser por ese experimento. Uno de ellos es la preciosa ciencia de la paciencia, que nos enseña que debemos encarar nuestra educación como un paseo campestre, pausadamente, ofreciendo en nuestro entendimiento abierta hospitalidad a toda suerte de impresiones. Tal conocimiento inunda al alma invisible con una marea de pensamientos que profundizan nuestros conceptos. *El conocimiento* es *poder*. Diríase más bien, que el conocimiento es la felicidad, porque la posesión del conocimiento, amplio y profundo, consiste en saber distinguir los términos ciertos de los falsos, y distinguir las cosas excelsas de las inferiores. Conocer los pensamientos y los hechos que han demarcado el progreso del hombre, es sentir las grandes palpitaciones del corazón de la humanidad a través de los siglos, y si en esas pulsaciones no se alcanza a sentir un impulso a las regiones celestes, es porque, en verdad, se es sordo a la armonía vital.

CAPITULO XXI

He descripto hasta ahora, a grandes rasgos, los principales acontecimientos de mi vida, pero no he demostrado en qué medida he dependido de los libros, no sólo por el placer y sabiduría que proporcionan a sus lectores, sino también por el conocimiento que recibí de ellos, y que otros reciben por medio de sus ojos y oídos. A decir verdad, los libros han significado tanto más en mi educación que en la de los demás, que volveré a la época en que comencé a leer. Después de la lectura del primer cuento completo, en mayo de 1887, cuando contaba siete años, he devorado hasta hoy todo lo que bajo el aspecto de hoja impresa ha llegado hasta el alcance de las hambrientas extremidades de mis dedos. Como ya he dicho, no estudié ordenadamente en los primeros años de mi educación ni leía tampoco de acuerdo a una regla prefijada.

Al principio poseía sólo unos pocos libros impresos en relieve, "libros de lectura" para principiantes, una colección de cuentos para niños, y un libro sobre la tierra, llamado *Nuestro Mundo.* Creo que eso era todo, pero los leí muchas veces, hasta que las palabras se gastaban de tanto presionarlas y difícilmente las podía descifrar. A veces me leía Miss Sullivan, deletrándome en la mano, algunos cuentitos y poemas; pero prefería leer yo misma, porque me gustaba volver sobre los trozos que eran más de mi agrado.

Fué durante mi visita a Boston, que comencé a leer formalmente. Se me permitió pasar unas cuantas horas diarias en la biblioteca de la institución, hurgando de estante en estante, y bajando cualquier libro que cayera en mis manos. Y leía, realmente, aunque sólo entendiera una palabra de cada diez. Las palabras me fascinaban; pero no atendían conscientemente a lo que leía. Mi mente debía impresionarse muy fácilmente en aquella época, por-

que retenía muchísimas palabras y oraciones enteras, de cuya interpretación yo no tenía la más mínima idea, y luego, cuando comencé a hablar y a escribir, estas palabras y oraciones fluían a mis labios y a la pluma con tal naturalidad que mis amigos se maravillaban de la riqueza de mi léxico. Debo haber leído fragmentos de muchos libros —no recuerdo haber leído por aquel entonces ningún libro íntegro—, y muchas poesías, hasta descubrir a *Little Lord Fauntleroy,* que fué el primer libro de alguna proyección que recuerdo haber leído y entendido desde el principio hasta el fin.

Un día mi maestra me encontró en un rincón de la biblioteca escudriñando las páginas de *The Scarlet Letter.* Contaba a la sazón ocho años. Me preguntó si gustaba de la pequeña Pearl, y me explicó el significado de algunas palabras que llamaban mi atención. Me dijo entonces que tenía un hermoso cuento sobre un niñito, que estaba segura que me agradaría más que *The Scarlet Letter.* El título del cuento era *El Pequeño Lord Fauntleroy,* y me prometió leerlo durante el verano siguiente. Pero no comenzamos el cuento hasta agosto. Las primeras semanas de mi estadía a orillas del mar estaban tan llenas de descubrimientos y emociones, que olvidé la existencia misma de los libros. Por entonces mi maestra fué a visitar a unos amigos que vivían en Boston, dejándome sola por unos cuantos días. Cuando volvió, una de las primeras cosas que hicimos fué comenzar aquella lectura. Recuerdo distintamente el tiempo y el lugar en que leímos los primeros capítulos de la fascinante historia del niñito. Era una tibia tarde de agosto. Estábamos sentadas juntas en una hamaca suspendida entre dos pinos solemnes, cerca de la casa. Habíamos apurado el lavado de la vajilla, después del almuerzo, con el propósito de alargar la tarde en lo posible, para dedicarla al cuento. Recuerdo que al correr entre el pasto crecido, en dirección a la hamaca, los abrojos que pululaban a nuestro alrededor se pegaban a mis vestidos, y que mi maestra insistía en que debíamos despojarnos de ellos antes de sentarnos, lo que a mí me parecía una pérdida de tiempo innecesaria. La hamaca estaba cubierta de agujetas de pino, pues no había sido usada en ausencia de mi maestra. El cálido sol resplandecía sobre los pinos y les traía toda su fragancia. El aire, cargado de perfume, tenía un saborcillo marino. Antes de comenzar el cuento, Miss Sullivan me explicó las cosas que sabía yo no podría entender, y a medida que leíamos me iba dando los significados y sentidos de las palabras desconocidas. Había muchas palabras que

yo ignoraba, y la lectura se interrumpía constantemente; pero tan pronto como capté la trama, me absorbió demasiado el cuento en sí, para fijar mi atención en palabras sueltas, y temo que escuché con impaciencia las explicaciones que Miss Sullivan me daba por creerlas necesarias.

Y cuando sus dedos estuvieron ya cansados, y no podía casi deletrear una sola palabra más, tuve por primera vez una amarga representación de lo que eran mis privaciones.

Tomé el libro con ambas manos y traté de palpar las letras con una desesperada ansiedad inolvidable.

Posteriormente, y accediendo a mis súplicas, el señor Anagnos me hizo repujar ese cuento, y lo leí sola tantas veces que casi lo aprendí de memoria, y durante toda mi infancia, *El Pequeño Lord Fauntleroy,* fué mi dulce y grato compañero.

Me he detenido en estos detalles, corriendo el albur de cansar al lector, porque son los primeros que se distinguen claramente entre mis vagos, confusos y cambiantes recuerdos acerca de mis primeras lecturas.

A partir de *El Pequeño Lord Fauntleroy* comienza mi verdadero interés por los libros. En el transcurso de los dos años siguientes leí muchos en casa y durante mis visitas a Boston. No puedo recordar los nombres de todos, ni el orden en que los leí, pero sí que entre ellos se hallaban los *Héroes griegos,* las *Fábulas,* de La Fontaine; el *Libro de las maravillas,* de Hawthorne; *Historias de la Biblia,* los *Cuentos de Shakespeare,* de Lamb; *Pequeña Historia de Inglaterra,* de Dickens; *Las noches árabes, La familia suiza Robinson, Robinson Crusoe, Mujercitas* y *Heidi,* un hermoso cuentecito que leí luego en alemán.

Leía en los intervalos que mediaban entre el estudio y el juego, con placer creciente. No los estudiaba ni los analizaba. No sabía si estaban bien o mal escritos; no reflexioné jamás, ni sobre el estilo ni respecto a la paternidad literaria. Ponían sus tesoros a mis pies y yo los aceptaba, como aceptaba la belleza solar y el amor de mis amigos. Me gustaba *Mujercitas,* porque me daba cierta sensación de afinidad con los chicos y las chicas que podían ver y oír. Circunscripta como estaba mi vida, en tantas maneras, debía buscar entre las tapas de los libros noticias de un mundo situado en mi exterior.

No me interesaba mucho el que creo no haber terminado ni las fábulas de La Fontaine. Las leí primero en una traducción inglesa y las disfruté a medida. Después leí el libro en francés

y me encontré con que, pese a las coloridas descripciones y al maravilloso dominio del idioma, no me gustaba mucho más que antes. No sé por qué será, pero los cuentos en los que hablan y actúan los animales como seres humanos, nunca me han atraído. La caricatura risible de los animales ocupa mi mente excluyendo el sentido moral.

Además, La Fontaine raras veces, si no ninguna, apela a nuestro sentido moral más elevado. Las cuerdas más altas que pulsa son las de la razón y el amor propio. A través de sus fábulas se advierte que están inspiradas en la creencia de que la moralidad del hombre procede enteramente del amor propio, y que si el amor propio es dirigido y reprimido por la razón, debe seguirle a ello la felicidad. Ahora bien; al modesto sentir de mi propio juicio, el amor propio es la raíz de todos los males; pero, claro está, puede que me equivoque, pues La Fontaine ha tenido muchas oportunidades más que yo para observar a los hombres, y muchas que yo no podré tener jamás.

No me opongo tanto a las fábulas cínicas y satíricas, sino a aquellas en que las verdades trascendentales son tratadas por los monos y los zorros.

Pero me gusta mucho *El Libro de la Jungla* y *Los animales salvajes que yo conocí*. Me despiertan un genuino interés los animales mismos, porque son animales verdaderos y no caricaturas humanas. Una simpatía por sus amores y sus odios, ríe de sus comedias y llora por sus tragedias, y si todo ello indica cierta moral, es tan sutil que no la advertimos.

Mi mente fué iluminada natural y alegremente por la concepción de la antigüedad. Grecia, la antigua Grecia, ejercía sobre mí una misteriosa fascinación. En mi fantasía, las diosas y los dioses paganos, deambulaban aún sobre la tierra y hablaban con los mortales cara a cara, y en mi corazón consagraba secretos altares a aquellos a quienes más amaba. Conocía y veneraba a toda la corte de ninfas, héroes y semidioses; es decir, no a todos, porque la gula y la crueldad de Medea eran demasiado monstruosas para echarlas al olvido. Solía cavilar inquiriendo la razón que tendrían los dioses para permitirles hacer el mal y castigarles luego. Y el misterio queda aún por resolver. Me pregunto frecuentemente cómo

Puede Dios permanecer mudo,
mientras el pecado se desliza
gesticulando en Su casa del Tiempo.

La Ilíada convirtió a Grecia en mi paraíso. Me había familiarizado con la historia de Troya antes de leerla en el original, y en consecuencia no tenía dificultad en extraer los tesoros de las palabras griegas, después de franquear los umbrales de la gramática. Los grandes poemas, ora estén escritos en griego, ora en inglés, no han menester de otro intérprete que un corazón donde encuentren su eco. ¡Si pudiesen comprender esta simple verdad los que integran la hueste que nos hizo odiar las grandes obras de los poetas, con sus análisis, imposiciones y difíciles comentarios! No es preciso definir cada palabra, y dar sus partes principales para poder entender y apreciar un poema hermoso. Yo sé que mis sabios profesores hallarán mayores riquezas en la Ilíada que las que podré encontrar yo. Pero, a pesar de todo su vasto y comprensivo conocimiento, no pueden medir su deleite en aquel maravilloso poema épico, como tampoco puedo hacerlo yo. Cuando leo los más hermosos pasajes de la Ilíada, siento el influjo de una elevación de mi alma que me eleva por encima de las apreturas y prisiones de la vida. ¡Mis limitaciones físicas se olvidan; mi mente tiende hacia lo alto y la latitud y la profundidad celestes son mías!

No es tanta mi admiración por la Eneida, pero no es por ello menos real. La leo en lo posible sin ayuda del diccionario ni de las notas marginales, y me ha agradado siempre traducir los episodios que más me gustan. La descriptiva de Virgilio es maravillosa, pero sus dioses y sus hombres se mueven en escenarios de pasión y lucha, de piedad y de amor, como las graciosas figuras de la máscara isabelina, mientras que en la Ilíada dan tres saltos y siguen cantando: Virgilio es sereno y amable como un Apolo marmóreo a la luz de la luna; Homero es un hermoso joven viviente, a plena luz solar, y su cabellera es agitada por el viento.

¡Cuán fácil es volar en alas del papel! Porque, de los *Héroes griegos* a la Ilíada, no había una sola jornada, ni el viaje era muy agradable en sí. Se hubiera podido dar varias vueltas al mundo, en el tiempo que anduve a tientas, mi arduo camino a través de los laberintos de las gramáticas y los diccionarios, cayendo en las espantosas tramperas denominadas exámenes, creados por las escuelas y colegios para confusión de aquellos que buscan el verdadero conocimiento. Supongo que esta especie de Viaje de los Peregrinos estaba justificado en su fin, pero a mí me parecía interminable, pese a las agradables sorpresas con que me topaba a ratos en los recodos del camino.

Comencé a leer las Sagradas Escrituras mucho antes de que pudiera entenderlas. Me parece extraño hoy día que haya habido una época en la que mi espíritu fué sordo a sus pasmosas armonías; pero recuerdo bien la mañana de un lluvioso domingo, en que no teniendo otra cosa que hacer, le pedí a mi prima que me leyera un relato de la Biblia. Aunque no creyó que sería capaz de entender, comenzó a deletrearme la historia de José y de sus hermanos. No sé por qué, pero no me interesó. El lenguaje desusado y las frecuentes repeticiones hacían que el relato me pareciese irreal y ajeno a mí, lejano en las tierras de Canaán. Me dormí y vagué por las regiones del ensueño, antes de que volvieran los hermanos con la túnica multicolor a la tienda de Jacob, y contaran su maligna mentira. No puedo entender cómo las historias de los griegos estaban tan llenas de encanto para mí, mientras que las de la Biblia me eran absolutamente indiferentes; tal vez porque en Boston había conocido a varios griegos, y me habían inspirado su entusiasmo por las cosas de su país, y en cambio no me habían presentado jamás a hebreo o egipcio alguno, por lo que deduje que no serían más que bárbaros y que los relatos que a ellos se referían habían sido inventados probablemente en su mayoría, hipótesis ésta que explicaba las repeticiones y nombres estrambóticos. Es curioso, en verdad, que jamás se me ocurriera llamar "estrambóticos" a los patronímicos griegos...

Pero, cómo hablar de las glorias que desde entonces he descubierto en la Escritura. Durante años la he leído con alegría e inspiración cada vez mayores y la amo como no he amado a ningún otro libro. Muchas de las cosas que cuenta, provocan una aguda rebelión de las fibras más íntimas de mi ser; tanto que lamento haber tenido que leerla íntegra por necesidad. No creo que el conocimiento adquirido sobre su historia y sus fuentes originarias compensan el de los desagradables detalles sobre los cuales ha atraído mi atención. A veces, con el señor Howells, desearía que la literatura del pasado fuera expurgada de todo lo que tiene en sí de desagradable y bárbaro, aunque me opondría con igual energía y como cualquiera de mis semejantes a que con ello estás obras fueran empequeñecidas o falsificadas con tal objeto.

Hay algo que espanta y estremece en la simplicidad y la terrible rigidez del libro de Esther. ¿Existe drama más tremendo que el que se desarrolla en el instante en que se planta ante su malvado señor? Sabe que su vida está en sus manos; nadie la protege de su cólera. Y, no obstante, vencido el temor mujeril se

acerca a él, animada por un solo pensamiento: "Si perezco, perezco; mas si subsisto, mi pueblo vivirá."

¡Cuán oriental es la historia de Ruth! Y, sin embargo, ¡cuán distinta es la vida de estos simples campesinos a la de los habitantes de la capital persa! Ruth es tan leal, y tan amable es su corazón que no podemos sino amarla viéndola entre los segadores entre ondulantes espigas. Su hermoso espíritu, pleno de lealtad, resplandece como una estrella brillante en la noche de una edad oscura y cruel. Amor como el de Ruth, que puede elevarse por sobre los credos en conflicto y los profundos prejuicios raciales, es difícil de encontrar en el mundo.

La Escritura nos da una sensación profunda y consoladora de que "las cosas visibles son temporales y las invisibles, eternas".

No recuerdo momento alguno del tiempo en que fuí capaz del amor por los libros, en que no amara a Shakespeare. No puedo decir con exactitud cuándo comencé los *Cuentos de Shakespeare,* de Lamb, pero sé que los leí por primera vez con entendimiento y asombro infantiles. *Macbeth* me ha impresionado más que ninguna de las demás obras. Una sola lectura fué suficiente para estampar cada detalle del argumento en mi memoria, para siempre. Durante mucho tiempo, los fantasmas y las brujas me persiguieron hasta en sueños. Podía ver, pero ver realmente, la daga y la manecita blanca de Lady Macbeth. La mancha temible me era tan real a mí como a la atormentada reina.

Leí *El rey Lehar* poco después de *Macbeth,* y no olvidaré nunca la sensación de horror que me sobrecogió en la escena en que le son extraídos los ojos a Gloster. Me puse colérica, mis dedos se negaban a articular, quedé sentada, rígida, por espacio de un interminable segundo, la sangre palpitándome en las sienes, con todo el odio que puede sentir un ser humano, concentrado en mi corazón.

Es probable que haya trabado relación con Shylock y con Satanás a un mismo tiempo, pues ambos personajes estuvieron durante largo tiempo asociados en mi mente. Recuerdo que les tenía lástima, y percibía confusamente el hecho de que no podían ser buenos aunque quisiesen; porque nadie quería ayudarlos ni proporcionarles una oportunidad de rehabilitarse. Aún ahora no puedo condenarlos del todo en mi corazón. Hay momentos en que siento que los Shylocks, los Judas y el diablo, no son sino reyes rotos de la gran rueda del bien, que, a su debido tiempo, será reconstruída.

Parece extraño que la primera lectura de Shakespeare me haya dejado tantos recuerdos desagradables. Las piezas brillantes, vivas, fruto de imaginación, que son las que más me agradan ahora, parecen no haberme impresionado en lo más mínimo, tal vez porque reflejan el resplandor solar y la alegría comunes en la vida de un niño. Mas "nada hay tan caprichoso como la memoria infantil; lo que guarda y lo que olvida".

He leído desde entonces las obras de Shakespeare muchas veces, y conozco fragmentos de memoria, pero no puedo decir cuáles son los que más me gustan. Mi delectación en ellas es tan variada como mis estados de ánimo. Los cánticos y los sonetos están imbuídos de tanta frescura y son tan maravillosos como los dramas. Pero a pesar del gran amor que le profeso, constituye a veces un penoso trabajo el leer todos los sentidos que críticos y comentaristas han dado a cada una de sus líneas. He tratado de recordar sus interpretaciones, pero me descorazonaban y me irritaban, de modo que convine conmigo misma en no intentarlo más. Sólo mientras duró el estudio de Shakespeare con el profesor Kittredge he quebrantado esta resolución. Sé que hay muchas cosas de Shakespeare y en el mundo, que no alcanzo a entender, y me agrada observar cómo los velos se descorren uno tras otro, descubriendo nuevos reinos del pensamiento y de la belleza.

Sigue la historia a la poesía en el orden de mis preferencias. Leí todo trabajo histórico que hubo caído en mis manos, desde un árido catálogo de efemérides y datos más áridos aún, hasta la imparcial y pintoresca *Historia del pueblo inglés*, de Green; desde *La Historia de Europa*, de Freeman, hasta *La Edad Media*, de Emerton. El primer libro que me proporcionó un concepto real sobre el valor de la historia ha sido la *Historia del Mundo*, de Swinton, que me fué obsequiada al cumplir los trece años. Pese a que no goza ahora de mucha aceptación, a lo que creo, la he conservado desde entonces como uno de mis tesoros, y en él aprendí cómo las razas humanas se dispersaron de país en país, cómo construyeron grandes ciudades, cómo unos cuantos gobernantes, los Titanes terrestres lo habían subyugado todo, y con una sola y decisiva palabra abrían las puertas de la felicidad para millones de hombres, y las cerraban con otras, para un número igual; la manera en que naciones distintas aventajaron a otras en el arte y en el conocimiento, abriendo senderos al desenvolvimiento posterior; el modo en que la civilización ofreció una especie de holocausto, al vivir una era depravada, y volvió a surgir como el Fénix,

y cómo por medio de la libertad, la tolerancia y la educación, los grandes y los sabios han despejado el camino para la salvación del mundo todo.

En mis lecturas del colegio me familiaricé algo con la literatura francesa y alemana. El alemán hace preceder la fuerza a la belleza, y la verdad a la convicción, tanto en la vida como en la literatura. Se advierte la vehemencia del vigor desplegado en cada una de las cosas que hace. Cuando habla no lo hace para impresionar a los demás, sino porque su corazón estallaría de no encontrar un conducto por el cual puedan salir al exterior los pensamientos que arden en su alma.

Hay también en la literatura alemana una delicada reserva que me agrada, pero su mayor gloria estriba en el reconocimiento que en ella se encuentra de la potencialidad del sacrificado amor de la mujer. Este pensamiento rezuma toda la literatura alemana, y está místicamente expresado en el *Fausto,* de Goethe.

De todos los escritores franceses que he leído, los que más me gustan son Racine y Molière. Hay cosas delicadas en Balzac, y pasajes de Merimée que nos azotan como una ráfaga cortante de aire marino. ¡Alfredo de Musset es imposible! Admiro a Víctor Hugo, aprecio su genialidad, su brillo, su romanticismo, pero no es una de mis pasiones literarias. El y Goethe, y Schiller, son todos grandes poetas y todos los grandes poetas de las grandes naciones son intérpretes de las cosas eternas, y mi espíritu los sigue reverentemente a las regiones donde la Belleza, la Verdad y la Bondad son una sola cosa.

Temo haberme excedido al escribir acerca de mis amigos, los libros, y, sin embargo, sólo he mencionado a los autores que más amo; partiendo de ese hecho se podría suponer fácilmente que el círculo de mis amigos era muy limitado y poco democrático, lo que sería una impresión muy errada. Me gustan muchos escritores por muchas razones: Carlyle, por su rudeza y su desprecio a los fingimientos; Wordsworth, que enseña la unidad del hombre y la naturaleza; encuentro un placer exquisito en las rarezas y sorpresas de Hood, en la originalidad y en el notable saborcillo a lirio y rosa de los versos de Herrick. Me gusta Whittier, por su entusiasmo y su rectitud moral. Lo conocí personalmente y el agradable recuerdo de nuestra amistad duplica el encanto que experimento al leer sus poemas. Adoro a Mark Twain, ¿y quién puede no quererlo? Los dioses también lo amaron, inundando su corazón de conocimientos; por temor de que se convirtiera en un pesimista, le

rodearon la mente con un arco iris de amor y de fe. Me gusta Scott por su frescura, su sabor y su gran honestidad. Amo a todos los escritores cuya mente, como la de Lowell, tiende a elevarse hacia el sol del optimismo, fuentes todos de felicidad y de buena voluntad, salpicados de un estallido de ira aquí, y allí de una saludable rociada de simpatía y piedad.

En una palabra, la literatura es mi Utopía. En ella no estoy privada de derechos. Ninguna barrera sensorial estorba el dulce y gracioso discurso de mis amigos los libros. Me hablan sin embarazos ni torpezas. Las cosas que he aprendido y las que me han sido enseñadas, parecen de ridícula pequeñez, comparadas con sus "grandes amores y sus caridades celestes".

CAPITULO XXII

Confío en que mis lectores, después de leer el capítulo anterior, no supondrán que la lectura es mi único placer; múltiples y variados son, en verdad, mis entretenimientos y distracciones.

Más de una vez en el transcurso de mi historia me he detenido a considerar mi amor al campo y los deportes al aire libre. Niña aún, aprendí a remar y a nadar, y durante el verano, cuando me encuentro en Wrentham, Massachusetts, vivo casi todo el tiempo a bordo de mi bote. Nada me complace tanto como llevar a mis amigos a dar un paseo en bote, cuando me visitan. Por supuesto, que no puedo guiar la embarcación satisfactoriamente; alguno se sienta a popa y maneja el timón, mientras yo remo. A veces, sin embargo, lo hago sin ayuda del timón. Son muy graciosas mis tentativas de orientación, contando para ello tan sólo con el perfume de los lirios y las plantas acuáticas y los arbustos que crecen a la orilla. Empleo remos sujetos a las horquillas con tiras de cuero, y reconozco, por la resistencia opuesta por el agua, el instante en que los remos están a nivel. Del mismo modo, puedo advertir también cuándo avanzo contra la corriente. Me gusta luchar contra el viento y la marea. ¿Hay cosa más regocijante que hacer que vuestro botecito, obediente a vuestra voluntad y vuestro músculo peine la rielada superficie y sus ondulaciones, sintiendo el impulso del oleaje?

También me agrada mucho navegar en canoa, y supongo que sonreiréis si os digo que me place especialmente hacerlo en noches de luna. No puedo, claro está, ver la luna montando el cielo tras los pinos y pasar a hurtadillas por las alturas describiendo un sendero luminoso para que la sigamos, pero sé que está allí y al recostarme sobre los almohadones, dejando caer mi mano en el agua,

imagino que toco su ropaje cuando un audaz pececillo se filtra por entre mis dedos, o cuando un lirio lacustre acaricia suavemente mi mano. Frecuentemente, cuando nos abandonamos a la protección de un abra o de una bahía cubierta, distingo súbitamente la amplitud del aire a mi alrededor. Una tibieza luminosa parece envolverme. Si procede de los árboles que la exhalan bajo el influjo del calor del sol, o de la misma agua, es cosa que no pude descubrir nunca. He experimentado la misma extraña sensación aun en el centro de la ciudad. La he sentido en días fríos, tormentosos y también por la noche. Es como un beso de labios cálidos sobre mi rostro.

La navegación es mi pasatiempo favorito. En el verano de 1901, visité Nova Scotia, y tuve oportunidades inmejorables para trabar conocimiento con el océano. Después de pasar unos días en la tierra de Evangelina, rodeada de un halo misterioso por el gran poema de Longfellow, Mis Sullivan y yo, fuimos a Halifax. donde pasamos gran parte del verano. El puerto era nuestra alegría, nuestro paraíso. ¡Qué gloriosos viajes hicimos a Bedford Basin, a la isla de Mac Nabb, a York Redoubt y al Northwest Arm! Y por la noche, ¡qué reconfortantes y maravillosas eran las horas que pasábamos junto a los silenciosos barcos de guerra! Esos recuerdos constituirán una felicidad perpetua.

Un día tuvimos una experiencia emocionante. Había una regata en el Northwest Arm, en la que competían botes de los distintos buques de guerra. Salimos en un barco a vela, junto con muchos otros, para asistir al espectáculo. Cientos de botecitos pasaban en todas direcciones cerca nuestro y el mar estaba en calma. Terminada la carrera, y cuando virábamos de regreso, uno de nuestros acompañantes señaló una nube oscura que venía hacia nosotros desde mar adentro. La nube creció, se extendió y se fué haciendo más espesa, hasta cubrir todo el cielo. A poco, se levantó un fuerte viento, y las olas encolerizadas comenzaron a estrellarse contra barreras invisibles.

Nuestro pequeño velero hizo frente al ventarrón sin temor, y con las velas desplegadas y su cordaje tenso, parecía estar sentado sobre las ráfagas. Ya viraba, ya saltaba sobre una ola gigantesca, para lanzarse a la profundidad con un alarido del velamen. Se vino abajo la vela mayor, y usando el tormentín, luchamos contra los vientos opuestos que nos echaban de lado a lado con impetuosa furia. Nuestros corazones palpitaban violentamente, y nuestras manos temblaban, mas no de miedo, sino de emoción,

porque teníamos corazones de Viking, y sabíamos que nuestro mareante era dueño de la situación. Se había topado con muchas tempestades, venciéndolas con mano firme y ojo marino avizor. Al pasarnos la nave grande y las cañoneras del puerto, nos saludaron y los marineros aclamaron al capitán del único barco a vela que se había aventurado a encarar la tempestad. Por fin, transidos de frío, con mucha hambre y cansancio, llegamos al muelle.

Pasé el verano anterior en uno de los lugares más lindos, una aldea de Nueva Inglaterra. Wrentham, Massachusetts, está asociado a casi todas mis alegrías y pesares. Durante muchos años, la Granja Roja (Red Form), próxima a la fuente del Rey Filipo, casa del señor J. E. Chamberlin y su familia, fué mi hogar. Recuerdo con la más honda gratitud la gentileza de estos queridos amigos, y los días felices que con ellos pasé. La encantadora compañía de sus hijos significó mucho para mí. Me uní a ellos en sus deportes y correrías por el bosque, y sus travesuras en el agua. Los balbuceos de los más pequeños y su deleite en las historias que yo les refería acerca de los elfos y los gnomos, del héroe y del oso astuto, son cosas agradables de recordar. El señor Chamberlin me inició en los misterios del árbol y de la flor silvestre, hasta que con el diminuto oído del amor, escuché el fluir de la savia en el roble, y vi al sol brillando en el follaje. Es así que

Aun como la raigambre oculta en tierra oscura,
de la gloria de la copa del árbol participa,
de luz solar y anchuroso aire y las aladas cosas,
de simpatía natural, yo también tocada
me fueron evidentes las cosas invisibles.

Me parece que hay en cada uno de nosotros cierta capacidad para entender las impresiones y emociones que ha experimentado la humanidad desde el principio. Los individuos conservan un recuerdo subconsciente de la tierra verde y de las aguas rumorosas, y ni la ceguera ni la sordera pueden privarle de este gran don recibido de las pasadas generaciones. Esta heredada potencia es una especie de sexto sentido: un sentido del alma que ve, oye y siente, todo en uno.

Tengo en Wrentham muchos árboles amigos. Uno de ellos, un espléndido roble, constituye un orgullo particular de mi corazón. Llevo a todas mis amistades a contemplar este árbol regio, que da sobre la fuente del Rey Filipo, y los peritos en materia de árboles

dicen que debe contar ochocientos o mil años. De acuerdo a una tradición, el Rey Filipo, el heroico jefe indígena, miró allí por última vez al cielo y a la tierra.

Tuve otro árbol amigo, muy agradable y más accesible que el enorme roble —un tilo que estaba en el cercado delantero de la granja. Una tarde, durante un tremendo temporal, sentí un gran golpe contra el costado de la casa, y antes que nadie me lo dijera, supe que el tilo había caído. Salimos a ver al héroe que resistiera los embates de tantos temporales, y mi corazón sufrió al ver postrado a quien tan poderosamente había ascendido y tan poderosamente se había desplomado.

Pero no debo olvidar que había resuelto escribir acerca del verano anterior, en particular. Tan pronto como terminaron mis exámenes, Miss Sullivan y yo nos dimos prisa para viajar al lugar donde teníamos un *cottage*, junto a uno de los tres lagos que dan fama a Wrentham. Allí eran míos los largos y calurosos días de verano, y todo pensamiento sobre el trabajo, el colegio y la vanidosa ciudad, eran dejados de lado. Llegaban los ecos de lo que estaba sucediendo en el mundo. La guerra, la alianza, el conflicto social. Oímos de la lucha cruel e innecesaria que se desarrollaba en el lejano Pacífico y de los del capital y el trabajo. Supimos que allende los confines de nuestro Edén los hombres estaban escribiendo la historia con el sudor de su frente, cuando mejor pudieran hacer, tomándose unas vacaciones. Pero no concedíamos mucha importancia a estas cosas. Allí había lagos y bosques y anchurosos campos alfombrados de margaritas y praderas dulcemente perfumadas; y todo ello duraría para siempre.

Los que piensan que todas las sensaciones nos llegan a través del ojo y el oído, han manifestado que se han sorprendido de que yo notara en aquellos lugares del campo alguna diferencia, excepto, posiblemente, la ausencia de pavimento, la que existe entre caminar en las calles de la ciudad y las carreteras campestres. Se olvidan de que es todo mi cuerpo el que vive sujeto a las condiciones que me rodean. El estruendo y el rugido de la ciudad, hieren mi rostro, y siento que la baraúnda incesante de la multitud invisible, y el desarmónico tumulto, irritan mi espíritu. El rodado de los camiones sobre el duro pavimento y la monotonía del ruido que acompaña al funcionamiento de las maquinarias, torturan aún más los nervios, si nuestra atención no se halla distraída por el panorama siempre presente en las calles ruidosas ante las personas que gozan de la vista.

En la campiña vemos tan sólo las inmaculadas obras de la naturaleza, y la cruel lucha por la vida que se desarrolla en la apiñada ciudad no entristece nuestra alma. He visitado varias veces las calles estrechas y sucias donde viven los pobres, y me pongo violenta y me indigno al pensar que hay gente que vive en casas hermosas, cuyos hijos crecen sanos y fuertes, sin recordar que hay otros condenados a vivir en conventillos horribles, privados del sol y cuyos hijos se afean, envejecen antes de tiempo y se hacen miserables y rastreros. Los chicos que pueblan estos senderos llenos de hollín, a medio vestir y desnutridos huyen de nuestra mano extendida como si fuera un golpe. Queridas criaturitas, que se acurrucan en mi corazón y vuelven a mi recuerdo envueltas en un sudario de tristeza. Hay también hombres y mujeres, retorcidos y deformes. He tocado sus manos duras y rugosas, imaginando la lucha inacabable que ha de ser su existencia —nada más que un sórdido y frustrado intento de hacer algo. Sus vidas constituyen una disparidad inmensa entre el esfuerzo y la oportunidad. Decimos que el sol y el aire son bienes comunes; ¿pero lo son en verdad? En las callejuelas no brilla el sol y el aire es fétido. Oh, hombre, ¿cómo olvidas y te opones al hombre, tu hermano, y dices luego, "danos hoy nuestro pan cuotidiano" no teniéndole él? ¡Oh, si los hombres abandonaran la ciudad, su esplendor y su tumulto y su oro, y volvieran al bosque y al campo, y al vivir sencillo y honesto...!, entonces sus hijos se criarían arrogantes como los nobles árboles, y sus pensamientos serían tan dulces como las flores que bordean los senderos. No puedo dejar de pensar en estas cosas cuando vuelvo al campo después de un año de trabajo en la ciudad.

¡Qué alegría experimento al sentir bajo mis pies la tierra suave y muelle y seguir los caminos cubiertos de pasto que conducen a los arroyos cubiertos y vestidos de helechos, donde puedo bañar mis dedos en una catarata de notas ondulantes o salvar gateando un muro de piedra para pasar a los campos que verdean y corretear por ellos con desenfrenado encanto!

Además del paseo en los ratos de ocio, disfruto también singularmente dando una "vuelta" en mi bicicleta tandem. Es espléndida la sensación que experimento al soplarme el viento en mi rostro, a la vez, el elástico movimiento de mi corcel mecánico. Al lanzarme a cortar el aire, siento que me invaden la fuerza y la alegría; el ejercicio acelera mi pulso, y mi corazón canta.

De ser posible, mi perro me acompaña en mis caminatas,

en mis paseos a caballo y en bote. He tenido muchos amigos caninos, grandes mastines, perros de agua de halagadora mirada, vivaces perdigueros de bosque, y honestos y domésticos bull-terriers. En la actualidad, el dueño de mi afecto es uno de los últimos. Tiene un famoso pedigrée, la cola enroscada, y la "facha" más rara del reino perruno. Mis perros amigos parecen advertir las limitaciones de que adolezco, y se quedan junto a mí cuando estoy sola. Adoro sus cariños y el elocuente movimiento de sus colas.

Cuando la lluvia me impide salir un día, me entretengo como las demás niñas. Me gusta tejer y hacer crochet. Leo a la buena ventura, en la forma que más me gusta, una línea aquí y otra allá, o sino, juego un partido o dos a las damas o al ajedrez con algún amigo. Tengo un tablero especial para estos juegos. Los cuadros están recortados de modo que las piezas quedan fijas en ellos. Las negras son lisas, y las blancas combadas en la parte superior. Cada pieza tiene en su parte media un agujero, en el que introducimos un borne de bronce para distinguir la que llega a dama, de las demás. Las piezas de ajedrez son de dos tamaños, de modo que no puedo errar al seguir las maniobras del adversario, con sólo pasar suavemente mis dedos sobre el tablero. La vibración producida al mover las piezas de un agujero a otro me indica cuándo debo jugar. Si me acontece hallarme sola y ociosa, juego al solitario, que me gusta mucho. Uso naipes marcados en el ángulo derecho superior con símbolos Braille, que me indican los distintos valores de los mismos.

Si hay chicos a mi alrededor, nada me encanta tanto como participar de sus actividades. Encuentro aún en los niños más pequeños excelente compañía y me es grato decir que los chicos, en general, gustan mucho de mí. Me llevan consigo para mostrarme las cosas que les interesan. Claro está que los más pequeños no pueden deletrearme nada con sus dedos, pero me las arreglo para leer en sus labios. Si no tengo éxito, apelan a la pantomima. A veces cometo un error, y un coro de risas infantiles saludan mi desatino. Y la pantomima comienza nuevamente.

A menudo les narro cuentos o les enseño algún juego, y vuelan las horas dejándonos buenos y contentos.

Los museos y colecciones artísticas constituyen también fuentes de placer y de inspiración. Sin lugar a dudas, muchos se han de extrañar que la mano, privada de la ayuda de la vista, pueda percibir la acción, el sentimiento y la belleza en el frío mármol; y no obstante, es absolutamente cierto que experimento un gran en-

canto al tocar las obras de arte. Mientras las extremidades de mis dedos palpan las líneas y las curvas, descubro el pensamiento y la emoción que ha retratado el artista. Puedo sentir en los rostros de los dioses y los héroes las expresiones de odio, coraje y amor, en la misma medida en que puedo hacerlo en los rostros humanos que se me permite tocar. Percibo en la posición de Diana la gracia y la libertad de la selva, y el espíritu que doma al león montañés, y subyuga las más fuertes pasiones. Mi alma se deleita en el reposo y en las graciosas curvas de la Venus; y en los bronces de Barré se me revelan los secretos de la jungla.

Cuelga sobre la pared de mi estudio un medallón de Homero, colocado a una altura accesible a mis manos, a fin de que pueda tocar el hermoso rostro triste, con amable reverencia. ¡Cuán bien conozco, una por una, las líneas de esa frente majestuosa, surcada de las huellas de la vida, y de pruebas amargas en la lucha y en el dolor; aquellos ojos ciegos que inquieren aun en el frío yeso las luces y los prodigiosos cielos de la Hélade amada, aun en vano; esa hermosa boca, firme y veraz y tierna! Es el rostro de un poeta, de un hombre familiarizado con los pesares.

¡Ah, cuán bien comprendo su privación, la noche
perpetua en que transcurrió su vida!
¡Oh sombra, sombra en pleno mediodía
Irreparablemente oscura, eclipse total sin esperanza,
y sin retorno al día!
¡Oh sombra, sombra en plenitud meridiana,
irreparablemente oscura, eclipse total
sin esperanza de retorno al día!

En mi imaginación oigo a Homero cantando, mientras busca a tientas su camino con paso inseguro y vacilante, de tienda en tienda; cantando sobre el amor, la guerra y las proezas de una raza nobilísima. Era una canción maravillosa y plena de gloria, que le valió al poeta ciego una corona inmortal, la admiración de todos los tiempos.

Me pregunto a veces si la mano no es más sensible a las bellezas de la escultura que el ojo. Diríase que la prodigiosa corriente rítmica de líneas y curvas pudiera sentirse con el tacto más sutilmente que con la vista. Sea ello como fuere, sé que puedo percibir las palpitaciones del corazón de los antiguos griegos en sus dioses y sus diosas de mármol.

Otro de mis placeres, pero del que no puedo gozar tanto como de los demás, es el teatro. Me gusta sobremanera que se me describa una pieza teatral a medida que se representa en el escenario; mucho más que su lectura, porque se me antoja que vivo yo misma los acontecimientos representados. He tenido el privilegio de conocer personalmente a grandes actores y actrices, que tienen el poder de arrobaros de tal modo que se olvidan tiempo y lugar, para volver nuevamente a vivir en el pasado romántico. Se me ha permitido tocar el rostro y los vestidos de Ellen Terry en su caracterización de nuestra reina ideal; y estaba rodeada por el halo divino que circunda el más sublime de los infortunios. Junto a ella se encontraba sir Henry Irving, llevando los atributos reales; y, en verdad, había majestad intelectual en cada uno de sus gestos y actividades, y la realidad que subyuga y sobrecoge se hallaba pintada en las líneas de su expresivo rostro. En el rostro real, que llevaba como una máscara, había un algo remoto, y cierta angustia inaccesible que no olvidaré jamás.

Conozco también al señor Jefferson. Me enorgullezco de contarlo entre mis amigos. Voy a verlo siempre que actúa en el lugar en que me encuentro. La primera vez que lo vi fué en la escuela de Nueva York, en *Rip Van Winkle*. Yo había leído varias veces el cuento, pero jamás sentí el encanto de la personalidad del protagonista en sus finos y suaves modales como en esa representación. La bella y patética caracterización del señor Jefferson me ocasionó un verdadero rato de deleite. Guardo en mis dedos una imagen del viejo Rip, que no olvidaré nunca. Después de la función, Miss Sullivan me llevó a verle en los camarines, y palpé su curiosa vestimenta, su largo cabello y ondulante barba. Me permitió que le tocara el rostro, y pude así imaginarme lo que parecía después del extraño sueño que duró veinte años, y como se incorporó vacilante.

También lo vi trabajar en *Los Rivales*. Cierta vez, en Boston, representó especialmente para mí las partes más importantes de esa pieza. La sala de recepción donde estábamos sentados sirvió de escenario. El y su hijo se sentaron junto a la mesa grande y Bob Acres escribió su desafío. Seguí todos los movimientos con mis manos, y advertí la bufonería de sus errores y sus gesticulaciones, lo que no se me había podido deletrear de ningún modo. Se levantaron entonces a batirse en duelo, y yo seguí las fintas y reveses de las espadas, y me di cuenta de las vacilaciones del pobre Bob, cuyo valor se escurría de sus dedos. El gran actor pególe un

tirón a la casaca, y torció el rostro, y un instante después me encontré en la aldea de Falling Water, sintiendo la hirsuta cabeza de Schneider junto a mi rodilla. El señor Jefferson recitó también los mejores diálogos de *Rip Van Winkle*, en cuyo transcurso las lágrimas andaban muy próximas a las sonrisas. Me pidió que le indicara en lo posible los gestos y actitudes que debían acompañar al texto. Claro está que yo no poseo sentido dramático alguno y sólo podía adivinar, librada al azar, las poses y gestos que convenían al diálogo. Pero con su arte magistral, él siguió la acción al pie de la letra. El suspiro de Rip al murmurar: "¿Tan pronto se olvida a un hombre cuando se va?"; la desesperación con que busca a su perro y su fusil, después del largo sueño, y la cómica irresolución que le invade cuando debe firmar el contrato con Derrick, todo ello parece de la misma vida, esto es, de la vida ideal, donde ocurren las cosas como creemos que debieran suceder.

Recuerdo bien la primera vez que fuí al teatro, hace doce años. La pequeña actriz Elsie Leslie estaba en Boston, y Miss Sullivan me llevó a ver *The Prince and the Pauper*. Nunca olvidaré las alternativas alegres y pesarosas de aquella pieza, ni la criatura maravillosa que en ella actuaba. Después de la función se me permitió verla con su vestimenta regia tras los bastidores. Sería difícil encontrar a una niña tan amable y amorosa como Elsie. Una nube de cabello rubio flotaba sobre sus hombros, y sonreía abiertamente, sin dar muestras de timidez ni fatiga, pese a haber actuado momentos antes, ante una enorme concurrencia. Yo, por aquel entonces, recién comenzaba el aprendizaje del habla, y repetí previamente su nombre hasta que lo pude pronunciar a entera perfección. Imaginad mi deleite cuando entendió las pocas palabras que le dije, y sin vacilación alguna me extendió las manos para saludarme.

¿No es verdad, pues, que mi vida, a pesar de sus limitaciones, tiene muchos puntos de contacto con el Mundo Maravilloso? Todas las cosas tienen su parte de maravilla, aun la oscuridad y el silencio, y yo he aprendido, sea cual fuere mi estado, a contentarme con él.

A veces, es cierto, me envuelve como un vaho helado, una sensación de aislamiento total, y espero sola ante las puertas cerradas de la vida. Allende se hallan la luz, la música y la dulce compañía; pero yo no puedo entrar. El hado, silencioso y despiadado, obstruye el camino. De buena gana apelaría yo de su imperante decreto, porque reunan aún en mi corazón la indisciplina y

la pasión; pero mi lengua no proferirá las palabras inútiles y amargas que llegan hasta mis labios, y volverán a mi corazón, como lágrimas que no han sido derramadas. Viene entonces la sonriente esperanza y murmura: "Hay felicidad en el olvido de sí mismo". Y así trato de hacer de la luz que brilla en los ojos de los demás, mi propio sol; de la música que suena en los oídos ajenos, mi propia sinfonía, y de la sonrisa que asoma en los labios de los otros, mi propia felicidad.

CAPITULO XXIII

Quisiera yo enriquecer este esbozo de lo que fué mi vida, con los nombres de todos aquellos que han cooperado en la obra de mi felicidad. Algunos de ellos se verían inscriptos en los anales de nuestra literatura, y son caros a los corazones de muchos, mientras que otros serían completamente ignorados para la mayoría de mis lectores.

Mas su influencia, aunque escapa al alcance de la fama, vivirá inmortal en las vidas que han sido mitigadas y ennoblecidas por ella. Son memorables los días de nuestra vida en que nos encontramos con personas que nos hacen estremecer como si fueran poemas maestros, gente cuyo apretón de manos desborda inefable simpatía, y cuya naturaleza, penetrada de dulzura y de riqueza de alma, comunica a nuestro espíritu anhelante e impaciente, una maravillosa sensación de reposo que es esencialmente divina. Las perplejidades, las irritaciones y los pesares en los que nos hemos absorbido pasan, como pasan las pesadillas, y despertamos para ver con ojos nuevos y oír con oídos nuevos la belleza y la armonía del divino mundo real. La solemne nada de nuestra vida cuotidiana florece repentinamente y se convierte en una brillante posibilidad. En una palabra, mientras esos amigos están a nuestro lado, sentimos que todo marcha bien. Tal vez no los habíamos visto nunca antes, y es posible que no vuelvan a cruzarse nuevamente en nuestro sendero; pero la influencia de la calma y la dulzura de su naturaleza es como una libación derramada sobre nuestro descontento, y sentimos su paliativo contacto como siente el océano que la corriente de la montaña refresca sus aguas.

Se me ha preguntado a menudo: "¿No os molesta la gente?" No entiendo lo que se me quiere decir. Claro está, que las visitas

de los imbéciles y los curiosos, especialmente de los reporteros de los diarios, son siempre inoportunas. También me enfadan las personas que quieren acomodar sus pensamientos a los míos. Se parecen a los compañeros de paseo, que quieren acortar sus pasos para no adelantarse a los de uno; la hipocresía, en ambos casos es exasperante. Las manos de las personas que me presentan, son elocuentes en su mudez. El contacto de ciertas manos es insolente. Me he encontrado con gente tan poco alegre, que al estrechar las heladas extremidades de sus dedos, me parecía estar dando un apretón de manos a un tormentoso ventarrón del Norceste. Otros hay, en cuyas palmas parece que hubiera rayos de sol, y su contacto me entibia el corazón. Puede que sea tan sólo la mano vacilante de un niñito; pero hay en ella tanta luz solar en potencia, para mí, como la existente en una mirada amorosa, para otros. Un apretón cordial o la carta de un amigo me proporcionan un verdadero placer.

Cuento con muchos amigos que viven muy alejados de mí y a quienes nunca he visto. Son tantos, que frecuentemente me ha sido imposible contestar sus cartas, pero debo decir aquí que siempre he agradecido mucho sus cordiales palabras, aun cuando las contesto tan negligentemente.

Considero como uno de los más grandes privilegios de mi vida el haber conocido y conversado con muchos hombres de genio. Sólo los que conocieron al obispo Brooks, pueden apreciar el encanto de su amistad para aquéllos que de ella disfrutaron. Cuando niña me gustaba sentarme sobre sus rodillas, estrechando su gran mano con una de las mías, mientras que Miss Sullivan me deletreaba en la otra las cosas maravillosas que decía acerca de Dios y del mundo espiritual. Lo escuchaba con asombro y deleite infantiles. Mi espíritu no podía alcanzar la altura del suyo, pero fué origen de un verdadero sentimiento de alegría en mi vida, y nunca le dejó sin llevarme de sus labios un delicado pensamiento que crecía en belleza y en profundidad de significado a medida que crecía yo. Una vez, después de expresar mi perplejidad ante la existencia de tantas religiones, me dijo: "Hay, Helena, una religión universal; es la religión del amor. Ama a tu Padre Celestial con todo tu corazón y con toda tu alma; y a todas las criaturas del Señor, en todo lo que puedas, y recuerda que las posibilidades del bien son más que las posibilidades del mal, y tendrás así la llave del Cielo." Y su vida era una feliz aplicación de esta verdad. En su alma noble,

el amor y el más profundo conocimiento se habían unido a la fe devenida con discernimiento:

> Vió a
> Dios en todo lo que libera y eleva,
> en todo lo que humilla, purifica y consuela.

El obispo Brooks grabó en mi mente dos grandes ideas: la paternidad divina y la fraternidad humana, y me hizo sentir que estas verdades se hallan latentes en todos los credos y formas de adoración. Dios es amor, Dios es nuestro Padre; nosotros somos sus hijos y, por lo tanto, han de abrirse las nubes más sombrías, y aunque la verdad sea vencida, el error no triunfará.

Recuerdo cuando pienso en el futuro, que tengo amigos queridos que esperan en la deliciosa Alguna Parte de Dios. Pese al correr de los años me parecen tan próximos que no vería con extrañeza si en cualquier momento me estrecharan la mano y me dijeran sus cariñosas palabras, como acostumbraban a hacerlo antes de partir.

Después de la muerte del obispo Brooks, he leído enteramente las Sagradas Escrituras; también algunos trabajos filosóficos sobre la religión, entre ellos el *Paraíso e Infierno,* de Swedenborg, y la *Ascensión Humana,* de Drumond, y no he encontrado credo ni sistema más satisfactorio a mi alma que el credo de amor del obispo Brooks. Conocí también al señor Henri Drumond, y el recuerdo de su cálido y enérgico apretón de manos, es como una bendición. Sabía tanto y era tan genial, que resultaba imposible sentirse triste en su presencia.

Recuerdo cuando vi por primera vez al doctor Oliver Wendell Holmes. Nos había invitado a Miss Sullivan y a mí a visitarle un domingo por la tarde. Fué a principios de la primavera, poco después de haber aprendido a hablar. Se nos condujo de inmediato a su biblioteca, donde le encontramos sentado en un gran sillón junto al fuego que chisporroteaba en el hogar.

—Pensaba —nos dijo— en otros días...

—Y escuchabais el murmullo del Río Charles... —sugerí.

—Sí —respondió—, el Charles me trae muy gratos recuerdos.

Había en la habitación un pronunciado olor a tinta de imprenta y a cuero, lo que me dió a entender que estaba llena de libros. Estiré la mano instintivamente para encontrarlos. Mis dedos

se toparon con un hermoso volumen de poemas de Tennyson, y cuando Miss Sullivan me dijo lo que era, comencé a recitar:

Rompe, rompe, rompe
sobre tus frías rocas grises, ¡oh mar!

Pero me detuve repentinamente. Sentí que me corrían lágrimas sobre la mano. Había hecho llorar a mi amado poeta, y ello me entristeció. Me hizo sentar sobre su sillón, trayéndome varias cosas muy interesantes para que las examinara. A su pedido recité *The chambered Nautilus,* que era a la sazón mi poema favorito.

Posteriormente, tuve ocasión de ver muchas veces al doctor Holmes, y amé al hombre tanto como al poeta.

Un hermoso día de verano, no mucho después de mi entrevista con el doctor Holmes, Miss Sullivan y yo visitamos a Whittier en su apacible mansión junto al Merrimac. Su cortesía y su grata conversación ganaron mi corazón. Tenía un volumen de sus poemas impreso en relieve, en el que leí "In School Days". Le encantaba observar que podía pronunciar tan bien las palabras, y me dijo que no tenía dificultad alguna en entenderme. Le hice entonces muchas preguntas respecto al poema, y leí sus respuestas posando los dedos sobre sus labios. Me dijo que el niñito del poema era él mismo, y que el nombre de la niña era Sally, y muchas otras cosas que he olvidado. También recité *Laus Deo,* y mientras pronunciaba los versos finales, puso en mis manos la estatua de un esclavo de cuyo encogido cuerpo caían los grillos, como cayeron de los miembros de San Pedro cuando el ángel lo liberó de la prisión. Después entramos a su estudio, donde escribió un autógrafo para mi maestra, y le expresó la admiración por su trabajo, al par que me decía: "Es tu libertadora espiritual". Luego me llevó hacia la puerta y me besó en la frente con gran ternura.

El doctor Edward Everett Hale es uno de mis más viejos amigos. Lo conocí cuando contaba yo ocho años, y con ellos ha aumentado mi afecto por su persona. Su sabia y tierna simpatía han sido el sostén de Miss Sullivan, y en los momentos de prueba y de pesar, su fuerte mano nos ha ayudado a vencer muchas asperezas. Lo que ha hecho por nosotras, lo ha hecho también por millares de aquellos que tienen difíciles obras que llevar a cabo. Llenó los viejos sacos del dogma con el vino nuevo del amor, demostrando a los hombres lo que significa creer, vivir y ser libre. Es su vida bella manifestación del cumplimiento de su enseñanza:

amor a la patria, gentileza para con el último de sus hermanos, y un sincero anhelo de superación. Ha sido un profeta y un inspirador de hombres y un creador poderoso, en el mundo; el amigo de toda su raza. ¡Dios lo bendiga!

He hablado ya sobre mi primera entrevista con el doctor Alexander Graham Bell. Desde aquel día he pasado con él muchos días felices en su hermosa casa de Wáshington, ubicada en el corazón de Cape Breton Island, cerca de Baddeck, aldea que hizo famosa el libro de Charles Dudley Warne. Ya en el laboratorio del doctor Bell, ya en los campos ribereños del gran Bras d'Or, he pasado muchas horas deliciosas, oyendo lo que me decía sobre sus experimentos, y ayudándole a remontar cometas, auxiliares para su tarea de investigar las leyes que regirán la futura navegación aérea. El doctor Bell descuella en muchos órdenes científicos, y posee el arte de despertar interés por cada asunto que trata, aunque sea la más embrollada de la teorías. Os hace sentir que si sólo tuviérais un poquito más de tiempo disponible, podríais vosotros también llegar a ser inventores. Es un poco humorista y un poco poeta. Su pasión dominante es el amor por los niños. Nunca se le ha visto tan contento como cuando tiene en brazos a un pequeño sordo. Sus trabajos, por los atacados de sordera, perdurarán y serán bendición de generaciones de pequeños en el futuro; y le amamos tanto por lo que ha hecho por sí mismo, como por lo que ha hecho producir a otros.

Durante los dos años que pasé en Nueva York, tuve muchas oportunidades de hablar con personas distinguidas cuyos nombres he oído a menudo, pero que no había esperado ver jamás, personalmente. Tuve ocasión de conocerlos, en su mayoría, en casa de mi buen amigo el señor Laurence Hutton. Constituyó un gran privilegio el poder visitarle a él y a la querida señora Hutton en su hogar, y ver la biblioteca y leer los bellos pensamientos que sus talentosos amigos le habían dedicado. Muy acertado estuvo el que dijo que el señor Hutton tiene la facultad de inspirar a los que lo rodean sus mejores sentimientos. No es preciso leer *A boy I knew* para entenderle, pues es el niño más generoso y de naturaleza más dulce que he conocido; un buen amigo en toda época, que deja huellas del amor tanto en la vida de los perros como en la de sus semejantes.

La señora Hutton es también una buena y probada amiga. Muchas de las cosas más preciosas que poseo, a ella se las debo. Me ha aconsejado y ayudado con frecuencia en mi vida de colegio.

Cuando en mi trabajo surgen dificultades especiales y desalentadoras, me escribe cartas que me consuelan y fortalecen, porque es una de las que enseñan que el penoso deber cumplido, allana el siguiente y lo facilita.

El señor Hutton me presentó a muchos de sus amigos intelectuales, siendo los más conocidos de ellos el señor William Dean Howells y Mark Twain. Conocí asimismo al señor Richard Watson Gilder, y a Edmund Clarence Stedman, y además, al señor Charles Dudley Warner, agradable cuentista y amable amigo, cuya simpatía era tan amplia que podría decirse de él, sin temor a errar, que amaba a todas las cosas vivientes y al prójimo como a sí mismo. Una vez, Warner me llevó a ver al querido poeta de los bosques, el señor John Burroughs. Todos eran muy gratos y gentiles, y sentí el encanto de sus modales tanto como me había impresionado el brillo de sus ensayos y poemas.

No podía seguir a todos estos literatos en su conversación, pues saltaban de tema en tema, entrando en profundas discusiones, que salpicaban con epígrafes y felices ocurrencias. Yo era algo así como el pequeño Ascanio, que seguía con vacilante paso la heroica peregrinación de Eneas en marcha hacia su grandioso destino. Pero me decían muchas cosas interesantes: el señor Gilder me contó sus viajes a la luz de la luna, en el inmenso desierto, rumbo a las pirámides, y en una carta que me escribió, hizo una marca profunda en el papel, debajo de la firma, para que pudiese tocarla. Esto me recuerda que el doctor Hale acostumbraba a poner en sus cartas un detalle personal, escribiéndome la firma en caracteres Braille.

Leí de labios de Mark Twain uno o dos de sus mejores cuentos. Tiene una modalidad propia en sus pensamientos, actos y palabras. Siento en su apretón de manos el guiño de su ojo, y aun cuando expresa su ingenio con indescriptible picardía, os hace sentir que su corazón es una tierna Ilíada de humana simpatía.

Conocí muchas otras personas interesantes en Nueva York: la señora Mary Mapes Dodge, directora del St. Nicholas, y la señora Riggs (Kate Douglas Wiggin), la dulce autora de *Patsy*. Recibí de ellas obsequios que contienen su propio corazón, libros que contienen su propio pensamiento, cartas escritas a la luz del alma, y fotografías que me encanta que se me describan una y otra vez. Pero no hay espacio suficiente aquí para mencionar a todos mis amigos, y en verdad hay cosas a su respecto que se ocultan detrás de las alas de los querubines, cosas demasiado sagradas para darlas a conocer en las frías letras de imprenta. No ha sido, después

de largas vacilaciones, que he hablado aún del señor Laurence Hutton.

Sólo recordaré a otros dos amigos. Uno es la señora Thaw, de Pittsburgh, a quien he visitado muy a menudo en su casa de Lyndhurst. Siempre se la encuentra haciendo algo para alegrar a alguien, y su generosidad y consejo no han faltado nunca a mi maestra y a mí en los muchos años que van desde que la conocimos.

A otro amigo le debo mucho también. Se le conoce por la poderosa mano con que guía las grandes empresas y su prodigiosa habilidad le ha merecido el respeto general. Gentil para con todos, pasa haciendo el bien, silencioso e invisible. Pero vuelvo otra vez al círculo de los nombres que no debo mencionar, aunque gustosa atestiguaría de su generosidad y de su afectuoso interés, que hicieron posible mi ingreso al colegio.

Es así que mis amigos han construído la historia de mi vida. De mil maneras se han esforzado por transformar mis limitaciones en hermosos privilegios, habilitándome para caminar serena y alegre entre las sombras que la privación ha arrojado sobre mí.

CARTAS DE HELLEN KELLER
(1887 - 1901)

Miss Sullivan comenzó la enseñanza de Helen Keller el 3 de marzo de 1887. Tres meses y medio después de haber sido deletreada la primera palabra en su mano, escribió a lápiz la siguiente

Carta a su prima Ann (Mrs. George T. Turner):

helen escribe anna george dará helen manzana simpson matara pájaro jack dara helen un caramelo largo doctor dará mildred medicina mama hará mildred vestido nuevo.

(Sin firma).

Veinticinco días después, hallándose de visita y lejos de su casa, escribióle a su madre. Hay varias palabras ilegibles en el texto.

A la señora Kate Adams Keller.

(Huntsville, Alabama, 12 de julio de 1887).

Helen escribirá mamá carta papa dió helen medicina mildred se sentará en hamaca mildred no besó helen maestra dió helen durazno george esta enfermo en cama el brazo de george está lastimado anna dió helen limonada perro parose en patas guarda picó boleto papa dio helen beber agua en coche... carlota dió helen flores anna comprará helen bonito sombrero nuevo helen abrazará y besará mama helen volvera a casa abuelita ama helen

(Sin firma).
adios

En setiembre, Helen adelantó mucho, extendiendo más la correlación de su pensamiento.

A las niñas ciegas de la Perkins Institution de South Boston

(Tuscumbia, setiembre de 1887).

Helen escribirá a los niñitos ciegos una carta. Helen y maestra vendrán a ver niñitas ciegas. Helen y maestra irán en tren a vapor a Boston. Helen y niñitas ciegas se divertirán niñas ciegas pueden hablar con dedos. Helen verá al señor Anagnos señor Anagnos querrá y besará Helen. Helen irá a escuela con niñas ciegas. Helen puede leer y contar y deletrear y escribir como niñas ciegas mildred no irá a Boston Mildred llora prince y jumbo irán a Boston papa mata patos con escopeta y patos caen en agua y jumbo y mammie nadan y traen patos en boca a papa Helen juega con perros Helen anda a caballo con maestra Helen da handee pasto con mano maestra azota handee para ir ligero Helen es ciega Helen pondrá carta en sobre para niñas ciegas.

adios
Helen Keller.

Unas semanas después su estilo es casi correcto. Progresa en modismos, aunque omite aún los artículos y usa el auxiliar para la construcción del pasado simple, costumbre común entre los niños.

A las niñas ciegas de la Perkins Institution.

(Tuscumbia, 24 de octubre de 1887).

queridas niñitas ciegas
Yo les escribiré una carta yo les doy gracias por bonito pupitre Yo le escribiré a mama en memphis contandole mama y mildred vinieron a casa el miércoles mama me trajo un lindo vestido y sombrero papa se fué a Huntsville me trajo manzanas y caramelos yo y maestra vendremos a Boston a ver a usted nancy es mi muñeca ella llora yo acuno nancy para dormir mildred está enferma doctor le dará remedio para hacerle bien yo y maestra fuimos a iglesia el domingo el señor larre leyó en libro y habló Señora tocó en organo yo dí plata a hombre en canasto. Yo seré buena niña y maestra me hará lindos rulos en el cabello. Yo abrazaré y besaré a niñitas ciegas señor anagnos vendrá a verme.

adios
Helen Keller.

Al señor Michael Anagnos, director de la Perkins Institution.

(Tuscumbia, noviembre de 1887).

querido señor anagnos yo le escribiré una carta. Yo y maestra sacamos fotografías. maestra la mandará a usted. fotógrafo hace retratos. carpintero construye casas nuevas. jardinero cava y carpe la tierra y planta vegetales. mi muñeca nancy duerme. ella está enferma. mildred está bien tío franck se ha ido cazar venado. tendremos presas de caza para desayuno cuando vuelva a casa. Yo me di un paseo carretilla y maestra la empujaba. Simpson me dió caramelo y nueces. prima rosa se fué a ver a su mama. gente va a la iglesia los domingos. Yo leí en mi libro acerca del zorro y la caja. El zorro puede sentarse en caja. me gusta leer en mi libro. usted me quiere yo lo quiero.

adios
Helen Keller.

(Tuscumbia, noviembre de 1887).

Querido señor Bell.

Estoy contenta de escribirle una carta. Papa le mandará fotografía. Yo y papá y tía fuímos a verlo en Wáshington. Yo jugué con su reloj. Yo lo amo. Yo vi al doctor en Washington. El miró mis ojos. Yo puedo leer cuentos en mi libro. Yo puedo escribir y deletrear y contar. buena niña. Mi hermana puede caminar y correr. Nosotros nos divertimos con Jumbo. Prince no es buen perro. No puede agarrar pájaros. Rata mató pichoncitos paloma. Yo siento. Rata no conoce mal. Yo y mamá y maestra iremos a Boston en Junio. Yo veré niñitas ciegas. Nancy irá conmigo. Ella es una buena muñeca. Papa me comprará hermoso reloj nuevo. Prima Anna me dió una linda muñeca. Se llama Allie.

Adios
Helen Keller.

A principios del año siguiente sus expresiones son ya más firmes. Aparecen más adjetivos, entre ellos, varios de colores. La carta siguiente va dirigida a una compañera de escuela en la Perkins Institution:

A la señorita Sarah Tomilinson.

Tuscumbia, Ala. 2 de enero de 1888.

Querida Sara

Me siento feliz al poderte escribir esta mañana. Espero que el señor Anagnos venga a verme pronto. Iré a Boston en Junio, y le compraré a papá guantes y a James un lindo cuello, y a Simpson, puños. He visto a la señorita Betty y a sus discípulos. Tenían un árbol de navidad muy lindo con bonitos regalos para los niñitos. A mí me tocó un cubilete y un pajarito y caramelos. Me dieron muchas cosas hermosas para Navidad. Mi tía me regaló un baúl para Nancy, y ropita. Fuí a la fiesta con maestra y mamá. Bailamos y jugamos y comimos nueces y caramelos y masitas y naranjas y me divertí con los niñitos y las niñitas. La señora Hopkins me mandó bonito anillo, yo la quiero a ella y a las niñitas ciegas.

Hombres y niños hacen alfombras en las hilanderías. La lana crece sobre las ovejas. Los hombres cortan la lana de ovejas con grandes tijeras, y la mandan a la hilandería. Hombres y mujeres hacen telas de lana en las hilanderías.

El algodón crece sobre grandes cañas en el campo. Hombres y niños y niñas recogen el algodón. Nosotros hacemos hilos de coser y vestidos de algodón, con el algodón. El género de algodón tiene lindas flores blancas y rojas. La maestra se rompió el vestido. Mildred llora. Yo cuidaré a Nancy. Mamá me comprará lindos delantales y vestidos para llevar a Boston. Fuí a Knoxville con papa y tía. Bessie está débil y pequeña. Las gallinas de la señora Thompson mataron a las gallinas de Leila. Eva duerme en mi cama. Yo quiero a las chicas buenas.

Adios
Helen Keller.

Las dos cartas siguientes mencionan una visita que hizo a sus parientes en Memphis, Tennessee. Fué llevada a la Bolsa del Algodón, durante su permanencia allí, y después de examinar al tacto los mapas y pizarrones, preguntó: "¿Van a la escuela los hombres?" Escribió sobre el pizarrón los nombres de todos los caballeros presentes. Durante su estado en Memphis, la llevaron a visitar uno de los grandes buques a vapor que hacen la travesía del Misisipí.

Al Dr. Edward Everett Hale.

Tuscumbia, Alabama, 15 de febrero de 1888.

Querido señor Hale.

Me alegra poder escribirle una carta esta mañana. Maestra me habló del amable señor, yo estaré muy contenta de leer lindo cuento. Yo leo cuentos en mi libro acerca de tigres y leones y ovejas.

Vendré a Boston en junio para ver niñitas ciegas y vendré a ver a usted. Fuí a Memphis a ver a la abuelita y a Tía Nannie. La maestra me compró hermoso vestido nuevo, y gorra y delantales. La pequeña Natalie es una beba muy débil y chiquita. Papá nos llevó a ver vapor. Estaba en el río grande. Barco es como casa. Mildred es una beba buena. Me encanta jugar con la hermanita; Nancy no se portó bien cuando fuí a Memphis. Lloró fuertemente. No escribiré más hoy. Estoy cansada.

Adiós
Helen Keller.

Al señor Michael Anagnos.

Tuscumbia, Ala. 24 de febrero de 1888.

Mi querido señor Anagnos. Me alegra escribirle una carta en Braille. Esta mañana Lucien y Thompson me mandó un hermoso ramo de violetas, azafranes y junquillos. El domingo Adeline Moses me trajo una hermosa muñeca. La trajeron de Nueva York. Su nombre es Adeline Keller. Puede cerrar los ojos y doblar los brazos, sentarse y pararse. Tiene puesto un bonito vestido rojo. Es la hermana de Nancy y yo soy la madre de ellas. Allie es su prima. Nancy se portó mal cuando fué a Memphis lloró fuerte, le pegué con un palo.

Mildred alimenta a los pollitos con miguitas. Me gusta jugar con la hermanita.

Maestra y yo fuímos a Memphis a ver a tía Nannie y abuela. Louise es hija de tía Nannie. Maestra me compró un hermoso vestido nuevo, y guantes y medias y cuellos, y abuela me hizo abrigados bombachudos, y tía Nannie me hizo delantales. Señora me hizo un bonito gorro. Fuí a ver a Robert y al señor Graves y a la señora Graves y a la pequeña Natalie, y al señor Farris y al

señor Mayo y a Mary y a todos los demás. Quiero a Roberto y a la maestra. Ella no quiere que escriba más hoy. Me siento cansada.

Encontré caja de caramelos en el bolsillo del señor Graves. Papá nos llevó a ver vapor es como casa. Barco estaba en un río muy grande. Yates aró hoy terreno para plantar pasto. Mula tiraba del arado. Mamá hará jardín de verduras. Papá plantará melones y guisantes y porotos.

El primo Bell vendrá a vernos el sábado. Mamá hará helados y torta para el almuerzo. Lucien Thompson está enfermo. Lo siento mucho.

Maestra y yo fuimos a caminar por el terreno y yo aprendí cómo crecen las flores y los árboles. El sol sale al este y se pone al oeste. Sheffield es el norte y Tuscumbia el sur. Iremos a Boston en junio. Yo me divertiré con las niñitas ciegas.

Adiós
Helen Keller.

El "Tío Morrie" de la carta siguiente, es el señor Morrison Heady, de Normandy, Kentucky, quien perdió la vista y el oído en la infancia. Ha escrito buenos versos.

Al señor Morrison Heády.

Tuscumbia, Ala. 1 de marzo de 1888.

Mi querido tío Morrie. —Yo estoy contenta al escribirle una carta, yo lo amo, y lo abrazaré y lo besaré cuando lo vea.

El señor Anagnos vendrá a verme el lunes. Me gusta mucho correr y brincar y saltar a la soga con Robert, cuando el sol calienta. Yo conozco niñita en Lexington, Ky. Su nombre es Katherine Hobson.

Iré a Boston en Junio con mamá y la maestra, me divertiré con las niñitas ciegas, y el señor Hale me mandará lindo cuento. Yo leo cuentos en mi libro acerca de los leones, los tigres y los osos.

Mildred no irá a Boston. Ella llora. A mí me encanta jugar con la pequeña hermana, ella es una beba débil y pequeña. Eva está mejor.

Yates mató hormigas, hormigas picaron a Yates. Yates está carpiendo en el jardín. El señor Anagnos vió naranjas, se parecen a manzanas doradas.

Roberto vendrá a verme el domingo, cuando brille el sol y yo me divertiré con él. Mi primo Frank vive en Louisville. Yo vendré a Memphis otra vez a ver al señor Farris y a la señora Graves y al señor Mayo y al señor Graves. Natalie es una niña buena y no llora, y ella crecerá y la señora Graves le está haciendo vestidos cortos. Natalie tiene un cochecito. El señor Mayo estuvo en Duck Hill, y trajo dulces y flores a casa.

Con mucho amor y un beso

Helen Keller.

El relato de un pic-nic nos brinda una excelente oportunidad para apreciar la habilidad de la señorita Sullivan para enseñarle a su alumna en las horas destinadas al juego.

Al señor Michael Anagnos.

Tuscumbia, Ala. mayo 3 de 1888.

Querido señor Anagnos. —Me alegra escribirle esta mañana porque lo quiero a usted mucho. Me puse contenta al recibir el lindo libro y los ricos caramelos y las dos cartas de usted. Yo iré a verle pronto y le haré muchas preguntas acerca de los países y usted querrá a la niña buena.

Mamá me está haciendo bonitos vestidos nuevos para usar en Boston, y yo estaré muy linda para ver a las niñitas, y niñitos y a usted. El viernes maestra y yo fuimos con los niñitos a un pic-nic. Jugamos y caminamos bajo los árboles, y encontramos helechos y flores salvajes. Caminé por el bosque y aprendí los nombres de muchos árboles. Hay álamos y cedros y pinos y fresnos y robles y nogales americanos y arces. Nos dan una sombra agradable y los pajaritos gustan de columpiarse de un lado a otro, cantantando dulcemente, arriba de los árboles. Los conejos brincan y las ardillas corren y las víboras se arrastran en el bosque. Los geranios y las rosas, jazmines y camelias japonesas, son flores cultivadas. Yo ayudo a mamá y maestra que les pongan agua todas las noches antes de la cena.

Primo Arturo me hizo una hamaca en el fresno. Tía Eva se fué a Memphis. Tío Frank está aquí. Está recogiendo frutillas para el almuerzo. Nancy está otra vez enferma. Los dientes nuevos la enferman. Adeline está bien y puede ir a Cincinati el lunes,

conmigo. Tía Eva me enviará un muñeco. Harry será el hermano de Nancy y de Adeline. La hermanita es una niña buena. Yo estoy cansada ahora y quiero irme abajo. Yo mando muchos besos y abrazos con la carta.

Su querida niña

Helen Keller.

A fines del mes de mayo, la señora Keller, Helen y Miss Sullivan emprendieron el viaje a Boston el 26 de mayo, y Helen conoció en la Perkins Institution a las niñas ciegas, con quienes había mantenido correspondencia el año anterior. En julio fueron a Brewster, Mass., donde pasaron el resto del verano. Data desde entonces su primer encuentro con el mar.

A la Srta. Mary C. Moore.

So. Boston, Mas. setiembre 1888.

Mi querida Srta. Moore:

¿Le agrada mucho recibir una linda carta de su querida niña? Yo la quiero muy de corazón porque usted es mi amiga. Mi preciosa hermanita está bastante bien ahora. Le gusta sentarse en mi silloncito hamaca y hacer dormir a su gatito. ¿Le gustaría ver a mi querida Mildred? Es una beba muy bonita. Sus ojos son muy grandes y azules, y sus mejillas, suaves, redondas y rosadas. y su cabellera es brillante y dorada. Es muy buena y dulce cuando no llora fuerte. El próximo verano, Mildred saldrá al jardín conmigo y juntaremos las frutillas grandes y dulces, y luego seremos muy felices. Espero que no vaya a comer demasiado de la deliciosa fruta, porque eso la enfermaría mucho.

¿Vendrá usted alguna vez a Alabama a visitarme? Mi tío James me va a comprar un petiso muy manso y un carrito y seré muy feliz si puedo llevarla a usted y a Harry a pasear. Espero que Harry no tenga miedo de mi caballito. Creo que mi papá me comprará un lindo hermanito algún día. Yo seré muy amable y paciente con mi nuevo hermanito. Cuando yo visite extraños países, mi hermano y Mildred se quedarán con abuela, porque son muv chicos para ver mucha gente, y creo que llorarían a gritos en el gran mar encrespado. Cuando el capitán Baker se mejore, me llevará a Africa en su buque grande. Entonces veré leones y tigres y monos. Me conseguiré un pichoncito de león y un mono blanco

y un oso manso para traérmelos a casa. Pasé una temporada muy agradable en Brewster. Me bañé casi todos los días y Carrie y Frank y la Helenita y yo nos divertimos mucho. Chapoteamos, y saltamos y pasamos la parte profunda del agua. Ahora no tengo miedo de flotar. ¿Harry puede nadar y flotar? Llegamos a Boston el jueves último y el señor Anagnos se encantó de verme y me abrazó y me besó. Las niñitas vuelven al colegio el miércoles que viene.

¿Le dirá por favor a Harry que me escriba pronto una larga carta? Cuando usted venga a Tuscumbia para verme espero que mi padre tendrá muchas manzanas dulces y duraznos jugosos y buenas peras, y uvas deliciosas y grandes sandías.

Espero que usted se acuerde de mí y me quiera porque soy una niñita buena.

Con mucho amor y dos besos de su amiguita

A.
Helen Keller.

En el siguiente relato de la visita de unos amigos, el pensamiento de Helen es el que puede esperarse de una niña común de ocho años, excepto el matiz especial que le imprime su ingenua satisfacción ante la presteza de los jóvenes.

A la señora Kate Adams Keller.

So. Boston, Mass. Setiembre 24 de 1888.

Mi querida madre:

Creo que a usted le gustará mucho enterarse de todo lo acontecido durante nuestra visita a West Newton. Maestra y yo lo hemos pasado con nuestros muy buenos amigos. West Newton no está lejos de Boston y en los coches a vapor llegamos enseguida.

La señora Freeman y Carrie y Ethel y Frank y Helen vinieron a la estación a recibirnos en un gran carruaje. Me encantó ver a mis queridos amiguitos y los abracé y los besé. Luego anduvimos durante largo rato, parando para ver todas las cosas hermosas que hay en West Newton. Muchas casas hermosísimas rodeadas de césped verde y parejo de árboles y flores y fuentes. El caballo se llamaba Prince y era manso y le gustaba ir muy ligero. Camino a casa, vimos ocho conejos, dos gordos cachorritos y una petisita blanca y dos gatitos chiquitísimos y un perro con rulos. El nombre de la petisa era Mollie y yo me di un lindo paseo sentada sobre

su lomo; yo no tenía miedo y deseo que mi tío me conseguirá muy pronto un petisito y un carrito.

Clifton no me besó porque a él no le gusta besar a las niñitas. Es tímido. Estoy muy contenta de que Frank y Clarence y Robbie y Eddie y Charles y George no son tímidos. Jugué con muchas niñitas y nos divertíamos. Anduve en el triciclo de Carrie, y junté flores y comí fruta y brinqué y salté a la soga, y bailé y fuí a dar un paseo. Muchas damas y caballeros vinieron a vernos. Lucy y Dora y Charles nacieron en la China. Yo nací en América y el señor Drew dice que las niñitas de la China no pueden hablar con sus dedos, pero creo que cuando yo vaya a la China, les enseñaré a hacerlo. Vino a verme una niñera china, su nombre era Azu. Me enseñó un pequeñísimo *atze* que usan las señoras muy ricas de la China para que sus pies no crezcan y se hagan grandes. Amah quiere decir niñera. Volvimos a casa con coches a caballo, porque los coches a vapor no corren con frecuencia los domingos. Los guardas e ingenieros se cansan mucho y se van a su casa a descansar. Vi al pequeño Willie Swan en el coche y me dió una pera jugosa. Tenía seis años. ¿Qué hacía yo cuando tenía seis años? Le pedirá por favor a papá que venga al tren a encontrarse con maestra y conmigo. Siento mucho que Eva y Bessie estén enfermas. Creo que voy a hacer una gran fiesta el día de mi cumpleaños, y quiero que Carrie y Ethel y Frank y Helen vengan a Alabama para visitarme. Dormirá Mildred conmigo cuando yo llegue a casa.

Con mucho amor y mil besos de tu querida hijita

Helen Keller.

Su visita a Plymouth data del mes de julio. Esta carta, escrita tres meses después, muestra cuán bien recordaba su primera lección de historia.

Al señor Morrison Heady.

South Boston, Mass. 1 de octubre de 1888.

Mi querido tío Morris. —Creo que le agradará mucho una carta de su querida amiguita Helen. Me da mucha felicidad el escribirle porque yo lo recuerdo y lo amo. Leo hermosos cuentos en el libro que usted me mandó sobre Charles y su bote, y Arthur y su sueño y Rosa y sus ovejas. Yo he estado en un buque grande. Era como un vapor. Mamá y maestra y la señora Hopkins y el

señor Anagnos y el señor Rodocanachi, y muchos otros amigos, fuimos a Plymouth para ver muchas cosas viejas. Yo le contaré un pequeño relato acerca de Plymouth.

Hace muchos años vivía en Inglaterra mucha gente buena, pero el rey y sus amigos no eran amables ni gentiles ni pacientes con la gente buena, porque el rey no quería que el pueblo lo desobedeciera. El pueblo no gustaba de ir a la iglesia con el rey, pero gustaba de construir lindas iglesitas para ellos.

El rey estaba muy enojado con la gente, y ellos lo sintieron mucho y dijeron nos vamos a ir a un país extraño a vivir allí y dejaremos los hogares muy queridos y los amados amigos y el perverso rey. Y pusieron todas sus cosas en grandes cajones y dijeron, adiós. Yo lo siento mucho porque lloraron mucho. Cuando se fueron a Holanda, no conocían a nadie, y la gente no podía entender lo que decían, porque no sabían hablar el holandés. Pero pronto aprendieron algunas palabras en holandés, pero amaban siempre su propia lengua, y no querían que los niñitos y niñitas la olvidaran para aprender en cambio a hablar el cómico holandés. Y dijeron debemos irnos a un nuevo y lejano país y construir escuelas y casas e iglesias y crear nuevas ciudades. Entonces pusieron todas sus cosas en las grandes cajas y dijeron adiós a sus nuevos amigos y emprendieron viaje en un buque grande para encontrar un nuevo país. La pobre gente no estaba contenta porque sus corazones estaban llenos de tristes pensamientos, porque no conocían mucho acerca de América. Yo creo que los niñitos debían haber tenido mucho miedo en el gran océano porque este es muy poderoso y hace que un buque grande se mueva mucho, y entonces los niñitos se caen y se lastiman en la cabeza. Después que pasaron muchas semanas en el hondo océano donde no podían ver árboles ni flores ni pasto, sino solamente agua y el hermoso cielo, porque entonces los buques no podían viajar con rapidez porque los hombres no sabían nada de las máquinas a vapor. Un día nació un nene. Su nombre era Peregrino White. Me apena mucho que el pobre Peregrino esté muerto ahora. Todos los días la gente subía a la cubierta para ver si veían la tierra. Un día hubo una gran gritería a bordo porque la gente había visto tierra, y se llenaron de júbilo porque habían llegado salvos a un nuevo país. Los niñitos y las niñitas saltaban y aplaudían. Todos estaban muy felices cuando pisaron una roca muy grande. Yo he visto la roca en Plymouth y un barquito que era como el Mayflower, y la cuna donde durmió Peregrinito y muchas cosas viejas que venían en el Mayflower. ¿Le

gustaría visitar Plymouth alguna vez y ver muchas cosas viejas? Ahora estoy cansada y voy a descansar.

Con mucho amor y muchos besos, de su amiguita

Helen A. Keller.

Las palabras en idiomas extranjeros que aparecen en estas dos cartas, la primera de las cuales fué escrita durante una visita realizada a un Jardín de Infantes para ciegos, las había aprendido meses antes, y las conservó en su memoria. Asimilaba vocablos y se ejercitaba con ellos, usándoles en algunas ocasiones en forma inteligible, y en otras repitiéndolas sin ton ni son. Aunque no entendiera enteramente las palabras o las ideas, le gustaba colocarlas en el discurso como entendidas. Fué de este modo que aprendió a usar correctamente nombres correspondientes al sonido y a la visión, que expresaban ideas ajenas a su experiencia.

La *Edith* es Edith Thomas.

Al señor Michael Anágnos.

Mon cher monsieur Anagnos:

Estoy sentada junto a la ventana y el hermoso sol brilla sobre mí. Maestra y yo vinimos ayer al jardín de infantes. Hay veintisiete niñitos aquí y todos son ciegos. Me apena mucho que no puedan ver mucho. ¿Tendrán alguna vez los ojos buenos? La pobre Edith es ciega y sorda y muda. ¿Siente usted mucho por Edith y por mí? Pronto iré a casa para ver a mi mamá y papá y mi querida y buena y dulce hermanita. Espero que usted vendrá a Alabama para visitarme y yo lo llevaré a pasear en mi cochecito, y creo que a usted le gustará verme montar en mi petisito. Si hay mucho sol, lo llevaré a ver a Leila y a Eva y a Bessie. Cuando yo tenga trece años viajaré a muchos extraños y hermosos países. Treparé montañas muy altas en Noruega y veré mucho hielo y mucha nieve. Espero que no me caeré ni me lastimaré la cabeza. Visitaré al pequeño Lord Fauntleroy en Inglaterra y a él le agradará mostrarme su gran castillo antiguo. Y correré con los conejos y les daré de comer y cazaré ardillas. No tendré miedo del gran perro de Fauntleroy que se llama Dougal. Deseo que Fauntleroy me lleve a ver una reina muy buena. Cuando vaya a Francia aprenderé francés. Un niñito francés dirá *¿Parlez-vous francais?* y yo diré *Oui, Monsieur vous avez un joli chapeau. Donnez moi un baiser.* Espero que usted vendrá conmigo a Atenas para ver a la

doncella de Atenas. Era una doncella muy hermosa y yo le hablaré en griego. Yo diré *se agapo* y *pos echete* y creo que ella dirá *kalos* y entonces yo diré *chaere*. ¿Vendrá usted, por favor, pronto a verme y a llevarme al teatro? Cuando usted venga yo diré *Kale emera*, y cuando usted vaya a casa, yo diré, *Kale nykta*. Ahora estoy muy cansada para seguir escribiendo. *Je vous aime. Au revoir.*

De su querida amiguita

Helen Keller.

A la señorita Evelina H. Keller.

(So. Boston, Mass., 29 de octubre, 1888).

Mi más querida Tía. —Iré a casa muy pronto y creo que usted y todos ustedes estarán muy contentos de ver a mi maestra y a mí. Soy muy feliz porque he aprendido mucho acerca de muchas cosas. Estoy estudiando francés y alemán y latín y griego. *Se agapo* es griego y quiere decir: yo te amo a ti. *J'ai une bonne petite soeur*, es francés y quiere decir: Yo tengo una buena hermanita. *Nous avons un bon père et une bonne mère* significa: nosotros tenemos un buen padre y una buena madre. *Puer* es niño en latín y *Mutter* es madre en Alemán. Yo le enseñaré a Mildred muchos idiomas cuando vaya a casa.

Helen Keller.

A la señora Sophia C. Hopkins.

Tuscumbia, Ala. 11 de diciembre, 1888.

Mi querida señora Hopkins:

Termino de dar de comer a mi palomita. Mi hermano Simpson me la dió el domingo pasado. La llamo Anita, por mi maestra. Mi cachorrito ha comido su cena y se ha ido a la cama. Mis conejos están durmiendo también, y muy pronto yo me iré a la cama. Maestra les está escribiendo cartas a sus amigas. Mamá y papá y sus amigos se han ido a ver un gran horno. El horno es para hacer hierro. El hierro mineral se encuentra en la tierra, pero no se lo usa hasta que se lo lleva al horno y se lo derrite, y se le saca la suciedad y se deja al hierro puro. Entonces está listo para hacer máquinas, estufas, ollas y muchas otras cosas.

El carbón se encuentra en la tierra también. Hace muchos

años, antes de que la gente viniera a vivir a la tierra, grandes árboles, y pastos altos y enormes helechos y todas las flores hermosas cubrían la tierra. Cuando las hojas y los árboles cayeron, él agua y la tierra los cubrieron. Y después que fueron prensados durante millares de años, la madera se hizo muy dura, como la roca, y todo estaba listo entonces para que la gente la quemara. ¿Ve usted hojas y helechos y cortezas sobre el carbón? Los hombres bajan a la tierra y sacan el carbón y en trenes lo llevan a las grandes ciudades para venderlo a la gente, para que la gente haga fuego y se caliente y sea feliz cuando hace frío afuera.

¿Está usted muy solo y triste ahora? Espero que venga pronto a visitarme y se quede mucho tiempo.

Con mucho amor de su amiguita

Helen Keller.

A la señorita Della Bennett.

Tuscumbia, Ala. 29 de enero de 1889.

Mi querida señorita Bennet. —Estoy encantada de poder escribirle esta mañana. Recién hemos terminado nuestro desayuno. Mildred anda corriendo por todas partes en el piso bajo. Yo estuve leyendo en mi libro sobre astrónomos. *Astrónomo* viene de la palabra latina *astra* que quiere decir estrellas; y los astrónomos son los hombres que estudian las estrellas y nos refieren todo acerca de ellas. Cuando nosotros dormimos tranquilamente en nuestras camas, ellos observan el hermoso cielo por medio de un telescopio. Un telescopio es como un ojo muy fuerte. Las estrellas están tan lejos, pero tan lejos, que la gente no puede saber nada de ellas, sin esos preciosos instrumentos. ¿Le gusta a usted mirar afuera, por la ventana y ver las estrellitas? Maestra dice que puede ver a Venus desde nuestra ventana, y que es una estrella hermosa y grande. Las estrellas son llamadas hermanos y hermanas de la tierra.

Hay muchos otros instrumentos además de los que usan los astrónomos. Un cuchillo es un instrumento que sirve para cortar. Creo que la campana es también un instrumento. Le diré lo que sé acerca de las campanas.

Algunas campanas son musicales. Algunas son muy chiquitas y otras son muy grandes. Yo he visto una campana muy grande en Wellesley. La habían traído del Japón. Las campanas se usan con muchos propósitos. Nos anuncian cuando el desayuno está

listo, cuando debemos ir a la escuela, cuando llega la hora de ir a misa, y cuando hay un incendio. Ellas les indican a la gente cuando deben volver a sus casas para descansar. Las campanas de la locomotora indican a los pasajeros que están por llegar a una estación, y advierten a la gente que salga de las vías. A veces ocurren horribles accidentes y mucha gente se quema, se ahoga y se hiere. El otro día le rompí la cabeza a mi muñeca, pero eso no es un accidente terrible, porque las muñecas no tienen vida ni sienten como las personas. Mis palomitas están bien, y mi pajarito también está bien. Me gustaría tener un poco de arcilla. Maestra dice que es hora de que me ponga a estudiar. Adiós.

Con mucho amor y muchos besos.

Helen Keller.

Al doctor Edward Everett Hale.

Tuscumbia, Alabama, 21 de febrero de 1889.

Mi querido doctor Hale:

Tengo mucho miedo de que usted piense para sí que Helenita lo ha olvidado por completo a usted y a sus queridos primos. Pero creo que le encantará recibir esta carta, porque por ella sabrá que a menudo pienso acerca de ustedes y los amo mucho porque es usted mi querido primo. Hace unas cuantas semanas que estoy en casa. Me sentí muy triste al irme de Boston y extrañé muchísimo a todos mis amigos, pero es claro que me gustó mucho volver a mi casa encantadora una vez más. Mi hermanita está creciendo muchísimo. A veces trata de deletrear palabras muy cortas con sus deditos pero es muy chiquita todavía para recordar las palabras difíciles. Cuando tenga más años yo le enseñaré muchas cosas, si tiene paciencia y me obedece. Mi maestra dice que si los niños aprendieran a ser pacientes y obedientes cuando pequeños, cuando llegasen a ser muchachas y caballeros no se olvidarían nunca de ser amables y cariñosos. Espero que yo seré siempre valiente. La niñita de un cuento no era valiente. Creyó que había visto enanos con altos sombreros puntiagudos, que se asomaban entre los arbustos y bailaban a lo largo de los senderos, y la pobrecita estaba horrorizada. ¿Ha pasado usted una linda Navidad? A mí me han hecho muchos regalos bonitos. El otro día tuve una linda fiesta. Todos mis queridos amiguitos me vinieron a ver. Jugamos y comimos helados y masitas y frutas. Después nos divertimos mucho.

El sol brilla mucho hoy y desearía que fuésemos a pasear, si los caminos están secos. Dentro de pocos días estará aquí la hermosa primavera. Yo estoy muy contenta porque quiero mucho al cálido sol y la fragancia de las flores. Pienso que las flores crecen para hacer a la gente feliz y buena. Tengo ahora cuatro muñecas. Cedrid es mi niñito y lo llamo así por Lord Fauntleroy. Tiene grandes ojos marrones y largo cabello dorado y lindas mejillas redondas. Ida es mi beba. Una señora me la trajo de París. Toma leche como una beba de verdad. Lucy es una jovencita muy fina. Tiene puesto un vestido de encaje y zapatos de satén. La pobre Nancy se está poniendo vieja y enfermiza. Es una inválida casi. Tengo dos palomas domesticadas y un canario chiquito. Jumbo es muy fuerte y fiel. No permitiría que nada nos dañara a la noche. Yo voy a la escuela todos los días. Estoy estudiando lectura, escritura, aritmética, geografía y lenguaje. Mi mamá y mi maestra le mandan a usted y a la señora Hale sus amables saludos y Mildred les manda un beso.

Helen A. Keller.

Después del trabajo realizado durante el invierno por Miss Sullivan, en la casa de Helen, en Tuscumbia, en el transcurso de cuyo período se prodigó tanto y tan bien en su enseñanza, Helen Keller escribió en inglés puro. Desde mayo de 1889 en adelante no encontré casi ninguna incorrección. Usa las palabras con precisión y construye frases fáciles y sueltas.

Al señor Michael Anagnos.

Tuscumbia, Ala. 18 de Mayo de 1889.

Mi querido señor Anagnos. —No puede usted imaginarse con cuánto placer recibí una carta suya anoche. Lamento muchísimo que deba irse tan lejos. Lo extrañaremos muy mucho. A mí me gustaría mucho acompañarle a visitar hermosas ciudades. Cuando estuve en Huntsville, vi al doctor Bryson, y me contó que había estado en Roma y en Atenas y en París y en Londres. Escaló las cumbres de Suiza y visitó las hermosas iglesias de Italia y Francia y vió muchos castillos antiguos. Desearía que me escribiera desde todas las ciudades que visite. Por favor, cuando vaya a Holanda, llévele mis cariños a la adorable princesita Guillermina. Si va a Rumania, pregúntele por favor, a la buena reina Isabel,

por su hermanito inválido, y dígale que siento mucho que su querida niñita haya muerto. Me gustaría mandarle un beso a Vittorio, el principito de Nápoles, pero dice mi maestra que teme que usted se olvide de tantos encargues. Cuando yo tenga trece años, los visitaré personalmente.

Le agradezco muchísimo por el hermoso cuento de Lord Fauntleroy, y también se lo agradece mi maestra.

Estoy tan contenta de que Eva venga a quedarse conmigo este verano... Nosotras nos divertiremos mucho juntas. Dele a Horad mis cariños y pídale que conteste mi carta. El jueves estuvimos de pic-nic. Se estaba muy bien a la sombra de los árboles, y todos nos divertimos muchísimo.

Mildred está jugando en el patio, y mamita está recogiendo las deliciosas frutillas. Papá y tío Frank se han ido al centro. Simpson vendrá pronto a casa. A Mildred y a mí nos sacaron fotografías cuando estuvimos en Huntsville. Le mandaré una.

Las rosas han sido hermosas. Mamá tieme muchísimas rosas muy finas. Las *La France* y la *Lamarque* son las más fragantes, pero la Marechal Neil, Solfaterre, Jacqueminot, Niptheots, Etoile de Lyon, Papa Gontier, Gabrielle Drevet y la Perle des Jardine son todas amorosas.

Deles por favor mis cariños a los niñitos y a las niñitas. Me acuerdo de ellos todos los días y los quiero mucho en mi corazón. Cuando usted vuelva de Europa, espero esté del todo bien y se sienta muy feliz de volver otra vez a la casa. No se olvide de darle mis cariños a la señorita Calliope Kehayia y al señor Francis Demetrios Kalopothakes.

Cariñosamente, su amiguita

Helen Adams Keller.

Como muchas otras cartas de las primeras épocas de su correspondencia, la presente dirigida a su profesora de francés, no es más que la retranscripción de un cuento.

A la señorita Fannie S. Marrett.

Tuscumbia, Ala., 17 de mayo de 1889.

Mi querida señorita Marret. —Estoy pensando en una niñita que llora muy lastimeramente. Lloraba porque su hermano la molestaba mucho con sus bromas. Yo le contaré lo que él le hizo, y sé

que usted se lamentará mucho por la niñita. Le habían regalado una muñeca preciosísima. ¡Oh, era una muñeca muy hermosa y muy delicada! Pero el hermano de la nenita, un muchacho muy alto, le sacó la muñeca, la puso sobre un árbol muy alto del jardín, y se escapó corriendo. La nenita no podía alcanzarla, y no la podía bajar, y por eso lloró. La muñeca lloraba también y estiraba los brazos desde la rama del árbol, y parecía estar desesperada. Pronto llegaría la noche sombría, y acaso la muñeca iba a tener que pasarse sentada en el árbol toda la noche, sola. La nenita no podía sufrir ese pensamiento. "Me quedaré contigo" —le dijo a la muñeca, aunque no era nada valiente. Enseguida comenzó a ver a los enanitos con sus altos sombreros puntiagudos, bailando a lo largo de los oscuros valles y asomándose por entre los arbustos, y que parecían acercarse cada vez más, y ella estiró los brazos hacia lo alto del árbol donde estaba la muñeca sentada y se rieron y la señalaron con el dedo. ¡Qué aterrorizada estaba la niñita!; pero si uno no ha hecho nada malo, los enanitos no pueden hacerle nada. "¿He hecho algún daño? ¡Ay, sí!" —dijo la nenita—. "Me reí del pobre pato que tenía la cinta roja atada a la pata. Por eso pataleaba, y me hizo reír; ¡pero es malo reírse de los pobres animales!"

¿No es ésta una triste historia? Espero que el padre habrá castigado al travieso muchachito. ¿Estará usted muy contenta de ver a mi maestra el próximo jueves? Se va a su casa para descansar y volverá el próximo otoño.

Cariñosamente, su amiguita

Helen Adams Keller.

A la señorita Mary E. Riley.

Tuscumbia, Ala. 27 de mayo de 1889.

Mi querida señorita Riley. —Desearía que estuviese usted aquí hoy, en el cálido y soleado sud. Mi hermanita y yo la llevaríamos al jardín y juntaríamos para usted deliciosas frambuesas y algunas frutillas. ¿Le gustaría? Las frutillas se han acabado casi todas... Al atardecer, cuando hace fresco, y es lindo día, caminaríamos cazando saltamontes y mariposas. Hablaríamos acerca de los pájaros y las flores y el pasto, y de Jumbo y Pearl. Si quisiera, correríamos y saltaríamos, y podríamos brincar y bailar y ser felices. Creo que a usted le gustaría mucho oír el canto de los mirlos. Uno se sentó sobre una ramita de árbol, justamente debajo de nuestra ventana

y llena el aire con sus alegres cantos. Pero tengo miedo de que usted no pueda venir a Tuscumbia; y entonces, le escribiré no más, y le mandaré un dulce beso y mi amor. ¿Cómo esta Dick? Daisy está contenta; pero más lo estaría si estuviese un amiguito. Todos mis hijos están bien, excepto Nancy, que está bastante enfermita. Mi abuela y mi tía Corinne están aquí. Abuela me va a hacer dos vestidos nuevos. Déles mis cariños a todas las niñitas y dígales que Helen las quiere mucho, mucho. Eva les manda cariños a todos.

Con mucho amor y muchos besos, de su afectuosa amiguita

Helen Adams Keller.

Durante el verano, Miss Sullivan estuvo separada de Helen tres meses y medio, siendo ésta la primera separación de alumna y maestra. Posteriormente, sólo una vez su compañía constante fué quebrada por más de unos pocos días.

A la señorita Anne Mansfield Sullivan.

Tuscumbia, Ala. 7 de agosto de 1889.

Queridísima maestra. — Estoy contentísima de escribirle esta noche, porque he pensado mucho en usted durante todo el día. Estoy sentada en la galería y mi palomita blanca está posada sobre el respaldo de mi silla, mirando cómo escribo. Su compañerito marrón se ha volado con los otros pájaros, pero Annie no está triste porque le gusta estar conmigo. Tal vez el mirlo les está cantando para que se duerman. Todas las bellas flores han florecido ahora. El aire está dulcificado con los perfumes de los jazmines, heliotropos y rosas. Está haciendo aquí mucho calor, y papá nos va a llevar a Quarry, el 20 de agosto. Creo que pasaremos unos días hermosos en el bosque agradable y fresco. Yo le escribiré para contarle todas las cosas lindas que hacemos. Estoy muy contenta de que Lester y Henry sean dos chicos tan buenos. Déles muchos besos de mi parte.

¿Cómo se llamó ese niñito que se enamoró de la hermosa estrella? Eva me ha contado un cuento acerca de una encantadora niñita llamada Heidi. ¿Me la enviará usted por favor? Me gustaría mucho tener una máquina de escribir. Arturito crece muy rápido. Todavía viste de corto. La prima Leila cree que pronto caminará. Entonces yo tomaré su mano regordeta y lo llevaré afuera a tomar el sol con él. Cortará las rosas más grandes y correrá tras las más

bonitas mariposas. Yo lo cuidaré mucho para que no se caiga y se lastime. Papá y otros señores fueron ayer a cazar. Papá mató treinta y ocho pájaros. En la cena comimos algunos, y estaban muy ricos. El lunes pasado Simpson mató una bonita grulla. La grulla es un pájaro grande y fuerte. Las alas son tan largas como mi brazo y el pico es tan largo como mi pie. Come pescaditos y otros animalitos. Papá dice que puede volar casi todo el día sin parar.

Mildred es la señorita más adorable y más encantadora del mundo. Y es muy pícara también. A veces, sin saberlo mamá, se va afuera a la viña y llena su delantal con uvas riquísimas. Pienso que le gustaría rodear su cuello con sus bracitos y abrazarla a usted.

El domingo fuí a misa. Me encanta ir a la iglesia, porque me gusta ver a mis amigos.

Un señor me regaló una hermosa tarjeta. Es un molino que está junto a un hermoso arroyo. Sobre el agua flota un bote. No muy lejos del molino hay una casa vieja con muchos árboles que crecen junto a ella. Había ocho palomas sobre el techo de la casa, y un gran perro sobre el escalón. Pearl es ahora una madre muy orgullosa. Tiene ocho cachorrillos, y cree que nunca hubo más lindos cachorrillos que los suyos. Leo mis libros todos los días. La extraño mucho, mucho. No puedo saber muchas cosas, cuando mi querida maestra no está conmigo. Le mando cinco mil besos, y más cariños de los que puedo contar. Le mando muchos cariños y un beso a la señora H.

De su afectuosa alumnita

Helen A. Keller.

En otoño, Helen y la señorita Sullivan volvieron a la Perkins Institution en South Boston.

A la señorita Mildred Keller.

South Boston, 24 de octubre de 1889.

Mi Preciosa Hermanita. — Buenos días. Con esta carta voy a mandarte un regalo de cumpleaños. Deseo que te guste muchísimo porque me hace feliz mandártelo. El vestido es azul como tus ojos, y los caramelos son dulces como tú mismita. Creo que a mamá le gustará hacerte el vestido, y que cuando lo uses parecerás

bonita como una rosa. El libro de láminas te enseñará muchas cosas acerca de muchos animales extraños y salvajes. No debes tenerles miedo, porque no pueden salir de las figuras para lastimarte.

Voy a la escuela todos los días y aprendo muchas cosas. A las ocho estudio aritmética. Me gusta. A las nueve voy al gimnasio con las niñitas y nos divertimos mucho. Me gustaría que estuvieses aquí, para jugar al juego de las ardillas y las palomitas, y para que hicieran un hermoso nido para mi querido pecho colorado. El mirlo no vive en el frío norte. A las diez estudio las cosas de la tierra que todos habitamos. A las once hablo con la maestra y a las doce estudio zoología. Todavía no sé lo que voy a hacer a la tarde.

Ahora, mi querida Mildred, adiós. Dales a papá y a mamá un montón de cariños, y por mí muchos abrazos y muchos besos.

La maestra también te manda su amor.

De tu amante hermana

Helen A. Keller.

Al señor William Wade.

South Boston, Mass. 20 de noviembre de 1889.

Mi querido señor Wade. —Recién he recibido una carta de mi mamá, en la que me dice que la hermosa cachorra de mastín que me envió, llegó a Tuscumbia en perfectas condiciones. Muchas gracias por este lindo regalo. Siento mucho no haber estado en casa para darle la bienvenida, pero mi mamá y mi hermana la beba, la tratarán muy bien hasta que llegue su mamá. Espero que no se sentirá sola ni triste. Me parece que los cachorritos, sienten nostalgia cuando están alejados de su casa, como la que sienten las niñitas. Me gustaría llamarla Lioness, por su perro. ¿Puedo? Espero que será muy fiel, y también valiente.

Estoy estudiando en Boston con mi querida maestra. Aprendo muchas hermosas cosas nuevas y maravillosas. Estudio la tierra, los animales y me gusta inmensamente la aritmética. También aprendo palabras nuevas. *Exceedingly,* es una de las que aprendí ayer. Cuando vea a Lioness le diré muchas cosas que la sorprenderán mucho. Creo que se reirá cuando le diga, que es una vertebrada, una mamífera y una cuadrúpeda; y sentiré mucho al decirle que pertenece al orden de los carnívoros. También estudio francés. Cuando le hable en francés a Lioness, la llamaré *mon beau chien.* Dígale por

favor a Lion que cuidaré mucho a Lioness. Me alegrará recibir una carta suya cuando quiera escribirme.

De su amante amiguita

Helen A. Keller.

P. S. Estoy estudiando en la Institución para los Ciegos.

H. A. K.

A John Greenleaf Whittier.

Inst. para Ciegos, So. Boston, Mass. 27 de noviembre de 1889.

Querido poeta:

Me parece que a usted le sorprenderá recibir una carta de una niñita, pero yo pensé que a usted le gustaría saber que sus hermosos poemas me hacen muy feliz. Ayer leí "En días de colegio" y "Mi compañero de juego", y los disfruté mucho. Me puse muy triste cuando la pobre nenita de los ojos castaños y de los ensortijados rulos rubios se murió. Es muy lindo vivir aquí en nuestro delicioso mundo. Yo no puedo ver las cosas con mis ojos, pero mi mente las puede ver a todas, y me deleito todo el santo día.

Cuando voy al jardín no puedo ver las hermosas flores, pero sé que ellas están todas alrededor mío; porque ¿acaso no está el aire impregnado de sus fragancias? También sé que las campanillitas susurran lindos secretos a sus compañeras, porque si no fuese así no serían tan felices. Lo quiero a usted muy mucho porque me enseñó tantas cosas lindas acerca de las flores, de los pájaros y de la gente. Ahora debo decirle adiós. Espero que pase usted muy bien el día de Acción de Gracias.

De su cariñosa amiguita

Helen A. Keller.

A la señora Kate Adams Keller.

South Boston, Mass., 3 de diciembre de 1889.

Mi querida madre:

Tu hijita es muy feliz al escribirte en esta hermosa mañana. Hoy hace frío aquí y llueve. Ayer la condesa de Meath vino otra vez a verme. Me regaló un hermoso ramo de violetas. Sus niñitas se llaman Violet y May. El conde dijo que le encantará visitar

Tuscumbia la próxima vez que venga a América. Lady Meath dijo que le gustaría ver tus flores y oír cómo cantan los mirlos. Cuando yo visite Inglaterra, quieren que los vaya a ver y que pase con ellos unas semanas. Me llevarán a ver a la Reina.

He recibido una linda carta del poeta Whittier. Me quiere. El señor Wade desea que con la maestra vayamos a verlo la próxima primavera. ¿Nos dejas ir? Dice que debes alimentar a Lioness con la mano, pues ella se hará más mansita si no come con los demás perros.

El señor Wilson nos visitó el jueves. Me alegré mucho al recibir las flores de casa. Llegaron cuando estábamos tomando el desayuno. Mis amigos se deleitaron con ellas, igual que yo. Tuvimos un gran almuerzo el día de Acción de Gracias: pavo y budín de ciruelas. La semana pasada visité una linda casa de objetos artísticos. Vi muchas estatuas, y el señor del negocio me regaló un ángel.

El domingo fuí a misa a bordo de un gran barco de guerra. Después del oficio, la marinería nos llevó a recorrer el barco. Había cuatrocientos sesenta marineros. Eran muy gentiles conmigo. Uno me llevó en brazos para que mis pies no tocaran el agua. Llevaban puestos uniformes azules y raros gorritos. El jueves estalló un terrible incendio. Se quemaron muchos negocios y murieron cuatro hombres. Lo siento mucho por ellos. Dile a papá que por favor me escriba. ¿Cómo está la querida hermanita? Dale muchos besos por mí. Ahora tengo que dejar. Con mucho amor de tu querida hija.

Helen A. Keller.

A la señora Kate Adams Keller.

So. Boston, 24 de diciembre de 1889.

Mi querida madre:

Ayer te mandé una cajita de Navidad. Siento mucho no habértela mandado antes para que la recibieras mañana. Pero ni pude terminar antes el porta-reloj. He hecho yo sola todos los obsequios, excepto el pañuelo de papá. Hubiera deseado hacer yo misma un obsequio para papá también. Pero no me alcanzó el tiempo. Espero que te guste tu porta-reloj, porque me sentí muy feliz haciéndotelo. Debes guardar en él tu hermoso *montre* nuevo. Si hace demasiado calor en Tuscumbia para que mi hermanita pueda usar los

lindos mitones, dile que los guarde porque su hermana se los ha hecho. Me imagino que se divertirá con el hombrecito de juguete. Dile que lo sacuda y así tomará la trompeta. Le agradezco a mi querido y buen papá por mandarme dinero, para comprarle regalos a mis amigos. Me encanta hacer que todos sean felices. Me gustaría estar en casa el día de Navidad. Seríamos muy felices juntos. Pienso en mi lindo hogar todos los días. Pero favor, no te olvides de mandarme algunos lindos regalos, para que los cuelgue de mi árbol. Voy a tener un árbol de Navidad en la sala, y en él mi maestra colgará todos los regalos. Será un árbol muy divertido. Todas las chicas se han ido a sus casas para pasar las fiestas de Navidad. La maestra y yo somos las únicas bebas que quedamos al cuidado de la señora Hopkins. La maestra ha estado enferma y ha tenido que guardar cama varios días. Le dolía mucho la garganta, y el médico creyó que tendría que internarse en el hospital, pero ahora ya está mejor. Yo no he estado enferma. Las niñitas también están bien. El viernes iré a pasar el día con mis amiguitos Carrie, Ethel, Frank y Helen Freeman. Estoy segura de que nos divertiremos mucho.

El señor y la señorita Endicott vinieron a verme y fuimos a pasear en su coche. Sé que me van a hacer un hermoso obsequio, pero no puedo saber lo que será. Sammy tiene un querido hermanito nuevo. Todavía es muy blando y delicado. El señor Anagnos está ahora en Atenas. Está contentísimo porque yo estoy aquí. Ahora debo decirte adiós. Espero haber escrito bien mi carta, pero es muy difícil escribir sobre este papel, y la maestra no está aquí para darme uno mejor. Dale muchos besos a la hermanita y muchos cariños a todos. Cariñosamente

Helen.

Al doctor Edward Everett Hale.

South Boston, 8 de enero, 1890.

Mi querido señor Hale:

Las hermosas conchillas llegaron anoche. Le doy muchas gracias por ellas. Las guardaré siempre y me hará muy feliz el pensar que usted las encontró en la lejana isla, de la que partió Colón para descubrir nuestro querido país. Cuando yo cumpla once años, se cumplirán cuatrocientos desde que Colón emprendió con los tres buquecitos el cruce del grande y extraño océano. Era muy valiente.

Las niñitas se deleitaron viendo las hermosas conchillas. Yo les dije todo lo que sabía acerca de ellas. ¿Está usted contento de poder hacer que tantos tengan felicidad? Yo sí. Tendré mucho gusto de poderle enseñar algún día el Braille, si es que tiene tiempo para aprenderlo, pero temo que esté demasiado atareado. Hace unos días recibí una caja con violetas inglesas, de Lady Meath. Las flores estaban agostadas, pero el bello pensamiento que con ellas venía era igual que las violetas recién cortadas.

Con un cariñoso saludo para los primitos, y para la señora Hale, y con un dulce beso para usted,

De su amiguita

Helen A. Keller.

Esta carta, la primera escrita por Helen al doctor Holmes, poco después de una visita que le hizo, fué publicada por el nombrado en "Over the teacups".

Al doctor Oliver Wendell Holmes.

South Boston, Mass., 1 de marzo, 1890.

Querido y gentil poeta:

He pensado en usted muchas veces desde el hermoso domingo en que me despedí de usted; y le voy a escribir una carta porque lo quiero. Me da penas que usted no tenga niñitas con las que pudiera a veces jugar, pero sé que es muy feliz con sus libros y sus muchísimos amigos. El día de Wáshington vino mucha gente para ver a los niñitos ciegos, y yo les leí sus bellos versos, y les mostró algunas de las preciosas conchillas que fueron traídas de una islita que está cerca de Palos.

Estoy leyendo una historia muy triste que se llama "Little Jakey". Jackey era el muchachito más dulce y bueno que se puede imaginar, pero era pobre y ciego. Cuando yo era chiquita, y antes de que pudiese leer, pensaba que todos eran felices, siempre. Al principio me entristecí al pensar que existían mucho dolor y muchas amarguras, pero ahora reconozco que no podríamos tener valor y ser pacientes si en el mundo no hubiese otra cosa más que la felicidad.

Estoy estudiando insectos en la zoología y he aprendido muchas cosas acerca de las mariposas. No nos fabrican miel como las abejas, pero muchas de ellas son tan hermosas como las mismas flores

donde se posan. Pasan una vida alegre, volando y libando de flor en flor, sin un solo pensamiento acerca del mañana. Son como los niñitos y las niñitas cuando se olvidan de los libros y los estudios y corren por los bosques y los campos, a juntar flores silvestres o vadean las charcas en busca de los lirios fragantes, alegres a la resplandeciente luz del sol.

Si mi hermanita viene a Boston el próximo junio, ¿me permitirá que se la lleve para que la vea? Es una hermosa bebita y estoy segura de que la querrá.

Ahora, mi dulce poeta, debo decirle adiós, porque todavía tengo que escribir a casa, antes de ir a acostarme.

De su cariñosa amiguita

Helen A. Keller.

A la señorita Sarah Fuller.

South Boston, Mass., 3 de abril, 1890.

Mi querida señorita Fuller:

Mi corazón está lleno de alegría, esta hermosa mañana, porque aprendí a decir muchas palabras nuevas y puedo construir algunas frases. Anoche salí al patio y le hablé a la luna. Dije: "¡Oh luna, ven a mí!" ¿Cree usted que la luna se puso contenta al ver que yo podía hablarle? Qué contenta se pondrá mamá. Se me hace muy larga la espera hasta junio, de la impaciencia que siento. ¡Tengo tantos deseos de hablar con ella y con mi preciosa hermanita! Mildred no podía entenderme cuando yo le hablaba, deletreándole en sus dedos, pero ahora yo la sentaré sobre mi falda y le contaré muchas cosas que le gustará oír, y seremos fuy felices juntas. ¿Es usted muy feliz al poder alegrar a tante gente? Yo pienso que usted es muy amable y muy paciente, yo la quiero muchísimo. Me dijo el martes mi maestra que usted quería saber cómo llegué a tener el deseo de hablar con la boca. Se lo contaré todo, porque recuerdo mis ideas perfectamente. Cuando yo era una niña muy pequeña, me sentaba sobre la falda de mi mamá siempre. No me gustaba quedarme sola, porque era muy tímida. Tenía mi manecita sobre su cara todo el tiempo, y me agradaba la sensación que me producía el movimiento de su rostro y sus labios, cuando hablaba con la gente. Entonces yo no sabía lo que ella hacía, porque ignoraba todas las cosas. Después, cuando crecí, aprendí a jugar con mis niñeras, y las niñitas negras, y noté que ellas tam-

bién movían sus labios como mi madre, y yo movía los míos también. Pero algunas veces, me enojaba y sujetaba la boca de mis compañeros de juego, apretándola con fuerza. Por aquel entonces yo no sabía que era malo hacer esas cosas. Después de un largo tiempo vino a mí mi querida maestra y me enseñó a comunicarme con mis dedos y eso me satisfizo y me hizo feliz. Y cuando vine a la escuela de Boston, conocí a algunas personas sordas que hablaban con sus bocas igual que todas. Un día vino a verme una señora que había estado en Noruega, y me contó de una niña ciega y muda que había visto en ese lejano país, y a quien le habían enseñado a hablar y a comprender a los demás cuando le hablaban. Estas buenas y felices nuevas me alegraron sobremanera, porque tuve entonces la seguridad de que yo también iba a aprender. Traté de pronunciar sonidos como mis compañeritos de juegos, pero mi maestra me advirtió que mi voz era delicada y sensitiva y que la perjudicaría haciendo ejercicios incorrectos. Prometió llevarme a ver a una señora muy buena y muy sabia que me instruiría correctamente. Esa señora era usted misma. Hoy día soy tan feliz como los pajaritos, porque sé hablar y tal vez cantaré también. Todos mis amigos tendrán una gran sorpresa y estarán contentos.

Su cariñosa alumnita

Helen A. Keller.

Cuando la Perkins Institution se clausuró, durante el verano, Helen y Miss Sullivan se ausentaron a Tuscumbia. Era la primera vez que regresaba a su casa, después de haber aprendido a "hablar con la boca".

Al Rdo. Phillips Brooks.

Tuscumbia, Alabama, 14 de julio de 1890.

Mi querido señor Brooks:

Estoy contentísima de poder escribirle en este hermoso día, porque es usted un buen amigo y yo lo quiero, y porque deseo saber muchas cosas. He estado en casa tres semanas, y ¡Oh! Qué feliz lo he pasado con mi mamá, mi papá y mi preciosa hermanita. Sentí mucha tristeza al despedirme de mis amigos de Boston, pero tenía tantas ansias de ver a mi hermanita que casi no tuve la paciencia suficiente para esperar que el tren me llevara a casa. Procuré tener paciencia por consideración a mi maestra. Mildred creció

mucho y está más fuerte que cuando me fuí a Boston, y es la criatura más linda y amable del mundo. Mis padres se deleitaron oyéndome hablar, y a mí me llenó de júbilo el darles tan grande sorpresa. ¡Pienso que es tan agradable proporcionar a todos la felicidad! ¿Por qué será que el buen Padre en el cielo cree que es mejor que tengamos a veces grandes dolores? Yo siempre soy feliz; también lo era el pequeño Lord Fauntleroy, pero la vida del "Pequeño Jakey" estaba llena de tristeza. Dios no puso luz en los ojos de Jakey, y era ciego, y su padre no era benévolo ni amable.

¿Le parece a usted que el pequeño Jakey amaba más a su Padre el del cielo, porque su otro padre era malo con él? ¿Cómo pudo Dios decirle a la gente que su casa estaba en el cielo? Cuando la gente hace mal y lastima a los animales y trata sin piedad a los niños, Dios sufre; pero, ¿pué puede hacer para enseñarles que sean buenos y que sientan lástima? Pienso que les diría para ello lo mucho que los quiere, y que los quiere ver buenos y felices. Y ellos no habrán de querer afligir a su Padre, que los quiere tanto, y tratarán de complacerlo en todo lo que hagan, de modo que se han de querer entre sí y harán bienes a todos, y serán buenos para con los animales.

Por favor, dígame algo de lo que usted sepa acerca de Dios. Me siento muy feliz al saber mucho acerca de mi amado Padre, que es bueno y sabio. Le ruego que le escriba a su amiguita, cuando tenga tiempo. Me gustaría muchísimo verlo a usted hoy ¿Calienta mucho el sol ahora en Boston? Esta tarde, si hace fresco, me gustaría llevar a Mildred a pasear en mi burrito. El señor Wade me mandó a Neddy, que es el burrito más lindo que pueda usted imaginarse. Lionnes, mi perra grande, nos acompaña cuando salimos a pasear, para protegernos. Simpson, que es mi hermano, me trajo ayer unos hermosos lirios de laguna. Es un hermano muy bueno para conmigo.

Maestra le manda sus amables saludos, y mamá y papá también.

De su querida amiguita

Helen A. Keller.

La carta siguiente fué escrita a unos señores de Gardiner, Maine, que bautizaron una embarcación destinada al transporte de madera, con el nombre de Helen Keller.

A los señores Bradstreet.

Tuscumbia, Ala., 14 de julio de 1890.

Mis queridos y amables amigos:

Les agradezco muy mucho por haber dado mi nombre a su hermoso barco nuevo. Me hace muy feliz el saber que tengo amigos amables y queridos en el estado de Maine. No me imaginaba, cuando estudiaba los bosques de Maine, que un buque fuerte y hermoso viajaría por todo el mundo llevando madera de esos ricos bosques, para construir hogares agradables y escuelas e iglesias en lejanos países. Deseo que el océano ame a la nueva Helen, y que le permita navegar apaciblemente sobre sus ondas azules. Díganles, por favor, a los bravos marineros encargados de la "Helen Keller", que la Helenita que se queda en casa los recordará con cariño. Espero que algún día podré verlos a ustedes y a mi hermosa tocaya.

Con muchos cariños de su amiguita

Helen A. Keller.

Helen y Miss Sullivan regresaron a la Institución Perkins a principios de noviembre.

A la señora Kate Adams Keller.

South Boston, 10 de noviembre de 1890.

Mi queridísima madre:

Mi corazón se ha llenado con pensamientos de ti y de mi bello hogar, del que partimos tristemente el miércoles por la noche. ¡Cómo desearía verte esta hermosa mañana y poder contarte todo lo acontecido desde que nos fuimos de casa! ¿Y mi queridísima hermanita? ¡Cómo me gustaría darle cien besos! ¿Y mi querido padre? ¡Cómo le gustaría oír de nuestro viaje! Pero no puedo veros ni hablaros, contándoles todo lo que puedo recordar.

No llegamos a Boston hasta el sábado por la mañana; lamento decir que nuestro tren se atrasó en varios lugares, por lo que llegamos tarde a Nueva York. Cuando llegamos a la ciudad de Jersey, a las seis, el viernes por la noche, debimos cruzar el río Harlem en un ferry-boat. Hemos encontrado el cruce en bote y el transbordo mucho menos dificultoso de lo que creía la maestra. Cuando llegamos a la estación nos dijeron que el tren para Boston no salía hasta las once de la noche, pero que podíamos reservar

las camas a las nueve. Y así hicimos. Luego nos fuimos a dormir y no nos despertamos hasta la mañana siguiente, y al despertar nos encontramos en Boston. Me contenté mucho al llegar, aunque sufrí la decepción de no haber alcanzado a tiempo el día del cumpleaños del señor Anagnos. Sorprendimos a nuestros queridos amigos, de todos modos, pues ellos no nos esperaban el sábado; pero cuando sonó el timbre la señorita Marrett adivinó quiénes estaban en la puerta, y la señora de Hopkins se levantó de la mesa del desayuno y corrió a la puerta a recibirnos. A decir verdad, se sorprendió al vernos. Después de desayunarnos con algo, subimos a ver al señor Anagnos. Me regocijé al ver nuevamente a mi más querido y cariñoso amigo. Me regaló un hermoso reloj. Lo llevo prendido a mi vestido. A todo el que me pregunta le digo la hora. He visto al señor Anagnos sólo dos veces. Tengo que hacerle muchas preguntas acerca de los países que visitó.

Las montañas de Virginia se han puesto bellísimas. La escarcha las ha vestido de oro y carmesí. El paisaje era de un pintoresco encanto. Pennsylvania es un estado muy hermoso. El pasto estaba tan verde como en la primavera, y las doradas espigas de trigo, reunidas en haces sobre los campos, tenían muy linda vista. En Harrisburg vimos a un burro igual que Neddy. Cómo desearía ver a mi burrito y a Lioness. ¿Extrañan mucho a su ama? Dile a Mildred que debe ser muy buena con ellos, por mí.

La máquina de escribir se perjudicó mucho con el viaje. Se ha roto el estuche y casi todas las teclas están fuera de lugar. La maestra verá si tiene arreglo.

Hay muchos libros nuevos en la biblioteca. ¡Cómo me divertiré leyéndolos! Ya leí Sara Crewe. Es una historia muy linda que alguna vez te contaré. Ahora, dulce madre, tu niña te dice adiós.

Con mucho amor para papá, para Mildred, para ti y para todos mis buenos amigos, cariñosamente, tu hijita,

Helen A. Keller.

A John Greenleaf Whittier.

South Boston, 17 de diciembre, 1890.

Querido poeta bondadoso:

Hoy es su cumpleaños. Este fué el primer pensamiento que acudió a mi mente, al despertarme esta mañana; y me alegré al pensar que podía escribirle una carta en la que le diría lo mucho

que sus amiguitas quieren a su dulce poeta y su cumpleaños. Esta noche van a entretener a sus amigos leyéndoles sus poemas y con música. Quisiera que estuviesen aquí los rápidos mensajeros alados del amor para llevarle un poco de esta dulce melodía a su pequeño estudio junto al Merrimac. Al principio me puse triste cuando vi que el sol había escondido su rostro brillante entre las nubes oscuras, pero luego, cuando creí saber por qué lo había hecho, me puse contenta. El sol sabe que a usted le gusta ver al mundo cubierto de la hermosa nieve blanca y retiró su brillo, dejando que se formaran los pequeños cristales en el cielo. Cuando estén listos, caerán suavemente, cubriendo con ternura todos los objetos. Entonces aparecerá el sol en todo su esplendor y llenará al mundo de luz. Si yo estuviera hoy con usted, le daría ochenta y tres besos, uno por cada año que ha vivido. Ochenta y tres años me parecen mucho tiempo. ¿A usted también? ¿Me pregunto cuántos años habrá en la eternidad? Temo que no pueda pensar en tan largo tiempo. Recibí la carta que usted me escribió el verano pasado y se la agradezco. Ahora vivimos en Boston, por la Institución para los ciegos, pero aún no he comenzado mis estudios, porque mi más querido amigo, el señor Anagnos, quiere que descanse y que juegue mucho.

La maestra está bien y le manda afectuosos saludos. Ya casi ha llegado el alegre tiempo de la Navidad. Ruego que su día de Navidad sea muy feliz, y que el Año Nuevo esté lleno de esplendor y de júbilo para usted y para todos.

De su amiguita

Helen A. Keller.

Tommy Stringer, que aparece en varias de las cartas siguientes, perdió la vista y el oído a los cuatro años. Su madre había muerto y su padre, sumido en la pobreza, no lo había podido cuidar. Lo tuvieron por algún tiempo en el hospital general de Allegheny. De aquí debió ser enviado a un hogar de Caridad, pues no había para él otro lugar en Pennsylvania. Helen se enteró de todo esto por el señor J. G. Brown, de Pittsburgh, quien le escribió comunicándole que no había logrado conseguir un tutor para Tommy. Ella pidió que se lo trajeran a Boston, y cuando le dijeron que se necesitaría dinero para conseguirle una maestra, contestó: "Lo obtendremos." Comenzó a solicitar contribuciones de sus amigos, y a ahorrar sus monedas.

El doctor Alexander Graham Bell aconsejó a los amigos de Tommy que lo mandaran a Boston, y las autoridades de la Institución Perkins se pusieron de acuerdo para admitirlo en el jardín de infantes para ciegos.

Mientras tanto, Helen tuvo una excelente oportunidad para reunir el dinero necesario para la educación de Stringer. El invierno anterior, Lioness había muerto, y los amigos de la niña se habían propuesto juntar dinero para comprarle otro perro. De todas partes de América y de Inglaterra llegaban contribuciones. Helen pidió que ese dinero fuera destinado a la educación de Tommy. Destinado a este nuevo uso, los fondos crecieron rápidamente y se los pudo utilizar. Tommy fué admitido en el jardín de infantes el 6 de abril.

La señorita Keller escribió más tarde: "Nunca olvidaré las monedas enviadas por muchos niñitos pobres, para quienes era todo un sacrificio desprenderse de la más mínima cantidad, "para el pequeño Tommy"; tampoco olvidaré la espontánea simpatía con que personas próximas y lejanas, a quienes jamás yo había visto, respondieron al mudo reclamo de ayuda para una almita cautiva."

Al señor George R. Krehl.
Institución para los Ciegos.

South Boston, Mass., 20 de marzo de 1891.

Mi querido amigo, señor Krehl:

Acabo de enterarme, por intermedio del señor Wade, de su amable ofrecimiento para comprarme un perro, y quiero agradecerle por la amable intención. Me hace muy feliz el saber que tengo tan buenos amigos en otros países. Ello me hace pensar que todos los hombres son buenos y aman. He leído que los ingleses y los americanos son primos, pero creo que sería más propio decir que somos hermanos y hermanas. Mis amigos me han referido la grandeza de su magnífica ciudad. Por otra parte, he leído mucho de lo que escribieron los sabios ingleses. Empecé a leer "Enoche Arden" y me conozco de memoria varios poemas de ese gran poeta. Tengo ansias de cruzar el océano. Quiero ver a mis amigos ingleses y a su reina buena y sabia. Una vez vino a verme el conde de Meath, y me contó que la reina era muy amada por su pueblo y que era de una gran gentileza y sabiduría. Algún día usted se sorprenderá al ver a una niña rara y pequeña que entre en su

oficina, pero cuando sepa que es la niñita que ama a los perros y a todos los demás animales, usted se reirá y creo que le dará un beso igual como lo hace el señor Wade. El tiene otro perro para mí y cree que será tan valiente y fiel como la muy hermosa Lioness. Y ahora quiero contarle lo que van a hacer los hombres de América, que quieren a los perros. Me van a mandar dinero para un niño ciego, sordo y mudo. Se llama Tommy, y tiene cinco años. Sus padres son demasiado pobres para mandarlo a la escuela; así que, en vez de regalarme un perro, esos caballeros me ayudarán a hacer la vida de Tommy tan brillante y alegre como la mía. ¿No es un plan hermoso? La educación traería luz y música al alma de Tommy, y no podrá sino sentirse feliz.

De su querida amiguita

Helen A. Keller.

Al doctor Oliver Wendell Holmes.

South Boston Mass, abril de 1891.

Querido doctor Holmes:

Sus preciosas palabras acerca de la primavera, han producido música en mi corazón, durante estos alegres días de abril. Amo todas las palabras de "Primavera" y de "La primavera ha llegado". Pienso que a usted le agradará saber que estos poemas me han enseñado a disfrutar y amar a la hermosa primavera, aunque me es imposible el ver la alegre y delicada floración que proclama su llegada, ni escuchar el alegre gorjeo de los pájaros que vuelven a sus nidos. Pero, cuando leo que "La primavera ha llegado", he aquí que ya no soy ciega, pues veo con sus ojos y oigo con sus oídos. La dulce Madre Naturaleza no puede tener secretos para mí cuando mi poeta está cerca. He elegido este papel porque quiero que el ramito de violetas que está sobre el borde le exprese a usted mi agradecido cariño. Quiero que lo vea al pequeño Tom, el pequeñito ciego y sordomudo que ha llegado recientemente a nuestro precioso jardín. Es ahora pobre y desvalido, pero antes de que llegue el abril próximo la educación habrá traído a su vida luz y felicidad. Si es que usted viene, le pedirá a las amables personas de Boston que ayuden a iluminar la vida de Tom. Su querida amiga.

Helen Keller.

A sir John Everett Millais.

Institución Perkins para los Ciegos.

South Boston, Mass., 30 de abril de 1891.

Mi querido señor Millais:

Su hermanita americana le va a escribir una carta, porque quiere que usted sepa cuánto le alegró saber que se interesaba en nuestro querido Tomasito y que había enviado dinero para contribuir a su educación. Es muy hermoso pensar en que la gente de la lejana Inglaterra puede sentir por un niñito desamparado en América. A veces pensaba, mientras leía cosas acerca de su gran ciudad, que cuando fuese a visitarla su gente me sería extraña, pero hoy no creo lo mismo. Creo que todos aquellos que llevan el amor y la piedad en sus corazones no son extraños entre sí. Casi me impacienta el esperar que llegue el momento en que pueda ver a mis amigos ingleses, y la hermosa isla que es su patria. Mi poeta favorito ha escrito algunas amables líneas acerca de Inglaterra. Creo que a usted también le gustarán, así que se las escribirá.

Le encantará saber que Tommy tiene una señora amable que le enseña, y que es un lindo y travieso muchachito. Le gusta más trepar que deletrear, pero eso es porque no comprende todavía lo hermoso que es el habla. No puede imaginar cuán feliz será cuando pueda comunicarnos sus pensamientos, y nosotros podamos decirle cómo y cuánto lo hemos querido.

Mañana, abril ocultará sus lágrimas y rubores tras las hermosas flores del adorable mayo. Me pregunto si los días de mayo en Inglaterra son tan bellos como aquí.

Ahora debo decirle adiós. Por favor, piense siempre en mí, como una cariñosa hermanita

Helen Keller.

Al reverendo Phillips Brooks.

So. Boston, mayo 1º, 1891.

Mi querido señor Brooks:

Helen le envía un cariñoso saludo, en este esplendoroso día de mayo. Mi maestra acaba de comunicarme que lo han hecho a usted obispo, y que sus amigos que tiene en todas partes se alegran de que uno a quien aman ha sido tan honrado. No sé muy

bien qué es y cual es el trabajo de un obispo, pero estoy segura de que debe ser muy bueno y útil, y estoy contenta de que mi querido amigo sea tan valiente y sabio y benigno para poder cumplir esta tarea. Es hermoso pensar que usted puede hablarle a tanta gente del amor celestial, y de la ternura que Nuestro Padre siente para sus hijos, aunque éstos no sean tan benévolos y nobles como desearía El que fuesen. Deseo que las noticias alegres hagan palpitar a sus corazones con alegría y amor. También deseo que toda la vida del obispo Brooks sea tan rica en felicidad como lo es el mes de mayo florido y sus pájaros cantores.

De su cariñosa amiguita

Helen Keller.

Antes de que pudiera hallarse una maestra para Tommy, y mientras permanecía aún al cuidado de Helen y la señorita Sullivan, se dió para él una recepción en el jardín de infantes. A pedido de Helen, habló el obispo Brooks. Helen escribió varias cartas a los diarios, que recibieron generosas respuestas. Todas fueron contestadas por ella misma, que hizo público su reconocimiento por medio de los órganos de la prensa. Esta va dirigida al director del "Boston Herald", y se adjunta en ella una lista completa de suscriptores. Las contribuciones llegaron a totalizar más de 1.600 dólares.

Al señor John H. Holmes.

South Boston, 13 de mayo, 1891.

Director del "Boston Herald".

Mi querido señor Holmes:

Ruego a usted quiera publicar en el "Herald" la lista adjunta. Creo que los lectores de su diario gustarán saber lo mucho que se ha hecho por el pequeño Tommy, y que todos querrán contribuir para ayudarle. Es muy feliz, por cierto, en el jardín de infantes, y aprende algo cada día. Descubrió que las puertas tienen cerraduras y que se puede introducir en los ojos de la cerradura, con toda facilidad, palitos y trocitos de papel; pero no parece que tuviera mucho interés en volverlos a sacar una vez que están adentro; le agrada trepar las cabeceras de las camas y destornillar las válvulas de los radiadores, mucho más que deletrear, pero eso

es porque no comprende todavía que las palabras le ayudarán a hacer nuevos e interesantes descubrimientos.

Espero que la gente buena siga interesándose por Tommy hasta que se reuna un fondo para su educación. Eso traerá luz y música a su pequeña vida.

De su amiguita

Helen Keller.

Al doctor Oliver Wendell Holmes.

South Boston, mayo 27, 1891.

Querido poeta bondadoso:

Temo que usted juzgue molesta a Helenita, si le escribe demasiado a menudo. Pero, ¡cómo puedo dejar de mandarle mensajes de gratitud, cuando usted hace tanto por verme contenta! No podría contarle el contento que sentí cuando el señor Anagnos me dijo que usted había enviado dinero para educar a Tommy. Comprobé entonces que no había olvidado al querido niñito, pues el obsequio trajo consigo un pensamiento de tierna simpatía. Lamento mucho tener que decirle que Tom aún no ha aprendido palabra alguna. Es siempre la misma criatura inquieta que usted conoció. Pero es lindo pensar que está muy contento y juguetón en su alegre y nuevo hogar, y que con el tiempo, esa cosa extraña y maravillosa que la maestra denomina con la palabra "mente", se extenderá y emprenderá el vuelo, buscando el mundo de los conocimientos. Las palabras son las olas de la mente. ¿No es cierto? He estado en Andover, después de verlo la última vez, y me interesó mucho todo lo que mis amigos me contaron acerca de la Academia Phillips. Supe que usted había estado allí y eso me hizo sentir que el lugar le era querido. Traté de imaginar a mi buen poeta, en sus días de escolar, y me preguntaba si era en Andover que había aprendido los cantos de los pájaros y los secretos de los tímidos hijos de los bosques. Segura estoy de que su corazón estaba siempre lleno de música y que en el bello mundo de Dios debía haber oído la dulce respuesta del amor. Cuando volvía a casa, la maestra me leyó *The School Boy,* porque no está impreso en nuestros tipos.

¿Sabe usted que los niños ciegos van a presenciar la distribución de diplomas en el Tremont Temple, el martes próximo por la tarde? Le envío una invitación y espero que usted venga. Nos pon-

dremos orgullosos y nos llenaremos de felicidad al poder recibir a nuestro querido poeta.

Yo recitaré poemas acerca de las bellas y soleadas ciudades de Italia. Deseo que nuestro buen amigo el doctor Ellis venga también y que alce a Tommy en sus brazos. Con mucho cariño y un beso, de su amiguita

Helen A. Keller.

Al Rev. Phillips Brooks.

Mi querido señor Brooks:

Le mando mi fotografía como se lo había prometido y deseo que cuando termine este verano sus pensamientos vuelen hacia el Sud a su amiguita. He deseado a veces poder ver los retratos con mis manos, como veo las estatuas, pero ahora no pienso en ello con frecuencia porque mi querido padre ha llenado mi mente con hermosísimas figuras, aun de las cosas que no puedo ver. Si usted, querido señor Brooks, no tuviese luz en sus ojos, podría comprender mejor la felicidad que sintió su Elenita cuando su maestra le explicó que las cosas mejores y más hermosas del mundo, no podían verse ni tocarse, sino que sólo las sentíamos con el corazón. Todos los días descubro algo que me hace feliz. Ayer por primera vez pensé en lo bello que era el movimiento y me pareció que toda cosa quería acercarse a Dios; ¿le parece a usted también lo mismo? Es hoy domingo y esta mañana, estoy sentada aquí en la biblioteca escribiendo esta carta. Usted, mientras tanto, estará enseñándoles a cientos de personas, algunas de las grandes y maravillosas cosas de su Padre celestial. ¿No está usted muy, pero muy alegre? Y siendo usted obispo, le predicará a mucha gente y hará felices a muchos más. La maestra le manda sus amables recuerdos, y yo le envío con mi retrato, mi profundo cariño.

De su amiguita

Helen Keller.

Cuando la Perkins Institution se clausuró durante el mes de junio, Helen y su maestra se fueron a Tuscumbia, al sud, donde permanecieron hasta diciembre. Hay una interrupción de la correspondencia, causada aquélla por la depresión de ánimo de Helen y de la señorita Sullivan, a raíz del incidente del *Rey de la Escar-*

cha. En ese período el disgusto era muy grande y les deparó muchos pesares.

Al señor Albert H. Munsell.

Brewster, marzo 10, 1892.

Mi querido señor Munsell:

Por supuesto que está demás decirle que su carta fué muy bienvenida. Me ha deleitado cada una de sus palabras, y deseé que fuese más larga. Me reí cuando usted habla de las salvajes costumbres de Neptuno. Por cierto, él se ha portado en forma muy extraña desde que llegamos a Brewster. Es evidente que algo desagradó a su majestad, pero no puedo imaginarme lo que puede ser. Sus expresiones han sido tan turbulentas que temía transmitirle su amable mensaje. ¡Quién sabe! Tal vez el Viejo Dios del Mar, mientras dormía recostado sobre la orilla, oyó la música suave de los seres que crecen, la animación vital en el seno de la tierra, y su tormentoso corazón se irritó al advertir que su reino y el del Invierno estaban próximos a su fin. Así lucharon juntos los infelices monarcas, creyendo que la primavera retrocedería y emprendería el vuelo, con la sola vista de los estragos causados por sus fuerzas. Pero he ahí que la amable doncella sonríe con más dulzura, tan sólo, y respira sobre los helados almenajes de sus enemigos, y en un instante se desvanecen, y la agradada tierra le da una regia bienvenida. Pero debo dejar a un lado ociosas fantasías, hasta que nos volvamos a ver. Por favor, transmítale a su querida madre mis cariños. La maestra desea que le comunique que le ha gustado muchísimo la fotografía, y verá de sacarnos algunas, cuando regresemos. Ahora, querido amigo, acepte estas pocas palabras por el amor que las inspira. Cariñosamente suya

Helen Keller.

Esta carta fué reproducida facsimilarmente en el *St. Nicholas* en junio de 1892. Debe haber sido escrita dos o tres meses antes de ser publicada.

Al St. Nicholas.

Querido *St. Nicholas*: —Me da mucho placer enviarle mi autógrafo para que las niñas y los niños que leen el *St. Nicholas* vean

cómo escriben los niños ciegos. Supongo que algunos de ellos se preguntarán cómo seguimos con tanta rectitud las líneas, y siendo así, trataré de explicarles cómo se consigue. Tenemos una tabla acanalada y la ponemos entre las páginas cada vez que deseamos escribir. Las ranuras paralelas corresponden a las líneas, y después de haber presionado con el canto del lápiz el papel, sobre las ranuras, resulta fácil conservar la rectitud de las líneas. Las letras minúsculas se escriben todas en las ranuras, mientras que las mayúsculas se extienden arriba y abajo. Usamos el lápiz con la mano derecha y con el índice de la mano palpamos cuidadosamente el papel para cuidar de inscribir y espaciar las letras correctamente. Al principio es muy difícil formarlas con facilidad. Pero empeñados en la labor, llegamos a hacerlo con más soltura, y después de hacer mucha práctica, podemos escribir cartas legibles para nuestros amigos. Y entonces somos muy, muy felices. Puede ser que alguna vez visiten una escuela de ciegos. Estoy segura de que entonces querrán ver cómo escriben los alumnos.

Muy sinceramente, su amiguita

Helen Keller.

En mayo de 1892, Helen dió un té a beneficio del Jardín de Infantes para Ciegos. Fué una idea muy suya, y el té se dió en la casa de la señora Mahlon D. Spaulding, hermana del señor John P. Spaulding, uno de los amigos más benévolos y liberales de Helen. El té aportó más de dos mil dólares destinados a los niños ciegos.

A la señorita Caroline Derby.

South Boston, mayo 9 de 1892.

Mi querida señorita Carrie: —Me alegró mucho recibir su amable carta. Debo decirle lo encantada que estuve al notar su interés en el té. Por supuesto, no debemos dejar la idea a un lado. Muy pronto me iré lejos, a mi propio hogar al sud bañado de sol, y me hará feliz el pensar que lo último que hicieron mis amigos de Boston, para contentarme, fué ayudarme a hacer feliz y buena la vida de muchos niños ciegos. Yo sé que la gente buena no puede menos que sentir tierna simpatía por estos pequeños que no pueden ver la bella luz ni las cosas hermosas que podrían darles placer. Y me parece que toda amorosa simpatía debe manifestarse

con actos de bondad: y cuando los amigos de los desamparados niñitos ciegos comprendan que estamos trabajando por su felicidad, vendrán a nuestro té y cooperarán en que sea un éxito, y yo seré la niña más feliz de todo el universo. Infórmele por favor al obispo Brooks de nuestros planes, para que pueda arreglar las cosas de modo que le sea posible hallarse entre nosotros para la fiesta. Me contenta que la señorita Eleanor está interesada. Por favor, transmítale mi cariño. Yo la veré a usted mañana y podremos hablar de nuestros planes. El cariño de mi maestra y mío para su querida tía, hágame el favor de comunicárselo y dígale también que hemos disfrutado muchísimo cuando le hicimos la pequeña visita.

Cariñosamente suya

Helen Keller.

Al señor John P. Spaulding.

South Boston, mayo 11 de 1892.

Mi querido señor Spaulding: —Temo que su amiguita Helen le parezca molesta. Pero estoy segura de que no tendrá reproche para mí cuando le diga que estoy ansiosa por algo. Recordará usted que la maestra y yo le dijimos el domingo que queríamos dar un té a beneficio del Jardín de Infantes. Creímos, por nuestra parte, que todo estaba arreglado, pero el lunes descubrimos que la señora de Elliot no nos permitía invitar más de cincuenta personas, porque la casa del señor Howe es muy pequeña. Estoy segura de que muchísima gente vendrá para el té, ayudándome así a hacer algo por alegrar la vida de los niñitos ciegos.

Pero algunos de mis amigos me dicen que debo abandonar la idea de dar el beneficio a no ser que encuentre una casa, y creí que sería mejor aconsejarme con usted acerca de ello. ¿Cree usted que la señora de Spaulding me ayudaría si yo le escribiese? Me decepcionaría tanto si mis planes me fallaran, pues hace ya algún tiempo que estoy deseando hacer algo por los pobrecitos que esperan ingresar al Jardín de Infantes. Dígame, por favor, lo que usted piensa del asunto de la casa y trate de perdonarme por molestarlo tanto.

Cariñosamente, su amiguita

Helen Keller.

Al señor Edward H. Clement.

Mi querido señor Clement: —Voy a escribirle ésta hermosa, porque mi corazón está rebosante de felicidad, y quiero que usted y todos mis queridos amigos de la redacción del *Transcript,* se regocijen conmigo. Los preparativos para el té están casi terminados y espero el acontecimiento con gran alegría. Sé que no me fallará. La gente bondadosa no me desilusionará, cuando sepan que pido por desamparados pequeños, que viven en la oscuridad y la ignorancia. Sé que vendrán a mi té y comprarán luz —la bella luz del conocimiento del amor para muchos niñitos que son ciegos y que no tienen amigos. Recuerdo perfectamente el día en que mi querida maestra vino a mí. Entonces yo era igual que los niñitos ciegos que esperan ahora el ingreso al jardín de infantes. No había luz en mi alma. Este maravilloso mundo con todo su esplendor de sol y de hermosura, permanecía oculto para mí, y yo jamás soñé en su encanto. Pero la maestra vino y enseñó a mis deditos a usar la hermosa llave que abrió la puerta de mi oscura prisión y dió libertad a mi espíritu.

Es mi más sincero deseo, el de compartir mi felicidad con los demás, y ruego a las personas buenas de Boston, a hacer la vida de los niños ciegos más brillante y más feliz.

Cariñosamente, su amiguita

Helen Keller.

A fines de junio, la señorita Sullivan y Helen volvieron a Tuscumbia.

A la señorita Caroline Derby.

Tuscumbia, Alabama, julio 9 de 1892.

Mi querida Carrie: —Usted no podrá menos que ver con la mejor prueba de mi cariño el hecho de que yo le escriba hoy. Toda la semana todas las cosas han estado "frías y oscuras y tristes", aquí en Tuscumbia, y debo confesar que la lluvia continua y el tiempo sombrío me llenan de funestos pensamientos. Y por supuesto eso hace que el escribir cartas y cualquier otra distracción se conviertan en cosas poco menos que imposibles. Sin embargo, debo decirle que estamos vivos, que llegamos a casa sin novedad, y que hablamos de usted diariamente, y que sus cartas nos llenan de

placer. ¡Son tan interesantes! He hecho una visita a Hulton. Todo allí era fresco y primaveral. Pasábamos afuera todo el día. Y hasta el desayuno lo tomábamos en la galería. Una que otra vez nos sentábamos en la hamaca y la maestra me leía. Anduve a caballo casi todas las tardes. Una vez anduve cinco millas al galope. ¡Oh, eso era maravilloso! ¿Le gusta a usted cabalgar? Tengo ahora un lindo cochecito, y cuando deje de llover, la maestra y yo pasearemos todas las tardes. Y tengo otro hermoso mastín, el más grande que yo he visto. Nos acompañará para protegernos. Se llama Eumer, nombre raro, ¿no es cierto? Esperamos poder ir a las montañas la semana que viene. Mi hermanito Phillips no está bien, y creemos que el aire puro de las montañas no dejará de serle beneficioso. Mildred es una dulce hermanita y estoy segura de que usted la ha de querer mucho. Le agradezco muchísimo por su fotografía. Me gusta tener fotografías de mis amigos, aunque no pueda verlos. Me hizo mucha gracia la idea de escribir su firma así. Yo no escribo en una tablilla Braille, como usted supone, sino sobre una tabla acanalada como el trozo que adjunto. Usted no puede leer el método Braille porque se escribe con puntos, y no con las letras ordinarias. Dele, por favor, mis cariños a la señorita Derby, y dígale que espero le haya transmitido mi más dulce recuerdo a la nena Ruth. ¿Qué era el libro que me envió para mi cumpleaños? Recibí varios y no sé cuál es el suyo. Uno de los obsequios que recibí me gustó especialmente. Es una capa tejida a crochet, para mí, que fué hecha por un señor anciano de setenta y cinco años. Y cada punto, me escribe, representa un bondadoso deseo de mi salud y mi felicidad. Dígales a sus primitos que creo que sería mejor que no se resolviesen por mí hasta después de la elección, porque hay tantos partidos y candidatos que dudo de que políticos tan chiquitos puedan hacer una sabia elección. Por favor, dele mi amor a Rosy cuando le escriba y créame

su cariñosa amiga

Helen Keller.

P. S. ¿Le gusta esta carta escrita a máquina?

Al señor Grover Cleveland.

Mi querido señor Cleveland:

Voy a escribirle una cartita esta hermosa mañana porque lo amo a usted y a la querida Ruth, muchísimo, y también porque

deseo agradecerle el lindo mensaje que me envió por intermedio de la señorita Derby. Estoy contenta, pero muy contenta de que una dama tan buena y hermosa me quiera. Yo lo he querido desde hace mucho, pero no pensé que usted hubiera oído de mí, hasta que me llegó su dulce mensaje. Por favor, bésela a su querida bebita por mí, y dígale que yo también tengo un hermanito de casi diecisiete meses. Se llama Phillips Brooks. Le di el nombre yo, por mi querido amigo Phillips Brooks. Le envío con esta carta un lindo libro, que mi maestra cree que le interesará y mi retrato. Por favor, acéptelo con amor y buenos deseos de su amiga

Helen Keller.

Hasta ahora las cartas han sido dadas en su integridad, pero de aquí en adelante se omitirán algunos pasajes, y las omisiones se indicarán con puntos suspensivos.

Al señor John Hitz.

Tuscumbia, Alabama, 10 de diciembre de 1892.

Mi querido señor Hitz:

Casi no sé cómo empezar a escribirle, pues hace ya tanto tiempo desde que recibí una suya tan amable, y hay tantas cosas que debería escribirle si pudiera. Debe haberle extrañado el no haber recibido contestación y tal vez pensó que mi maestra y yo éramos poco atentas, por cierto, y si es así, si así lo piensa, le he de decir algo que lo hará lamentarse de haberse formado de nosotras esa opinión. La vista de mi maestra ha estado tan enferma últimamente que le ha sido imposible escribirle a nadie. He procurado cumplir con una promesa que hice el verano pasado. Antes de ausentarme de Boston me pidieron que escribiera un esbozo de mi vida para la revista *Youth Companion*. Traté de hacerlo, durante mis vacaciones, pero no me sentí muy bien y en consecuencia no pude escribir ni a mis amigos. Pero cuando llegaron los días alegres y placenteros del otoño, al sentirme más fuerte, comencé a pensar otra vez en el bosquejo. Pasó algún tiempo antes de que pudiera darle un plan que me satisfaciera. Como usted comprenderá, es muy difícil escribir acerca de uno mismo. Por fin, no obstante comencé a describir por partes, que mi maestra creyó que servían, y comencé a unir los episodios, lo que no era una tarea

fácil, le aseguro; porque aun cuando trabajé en ello diariamente, no pude terminar hasta el sábado último.

Mandé los escritos al Companion, tan pronto como los hube terminado, pero no sé si los van a aceptar. Desde entonces no me he sentido bien y me he visto obligada a quedarme quieta y a descansar. Pero ya estoy bien hoy, y mañana estaré mejor. Así lo espero.

El informe que usted leyó en el diario acerca de mí no es verídico. Nosotros recibimos el *Silent Worker* que usted mandó y le escribí inmediatamente al director diciéndole que se trataba de una equivocación. Si bien es cierto que algunas veces no me siento bien, ello no quiere decir que no soy feliz, ni hay nada aflictivo en mi condición física.

¡Me complació tanto su querida carta! Me encanta recibir, siempre, un bello pensamiento de alguien para poderlo así atesorar en mi memoria para siempre. Porque mis libros están llenos de riquezas, de las que habla el señor Ruskin y es por ello que los quiero entrañablemente. No había advertido hasta que comencé a escribir para el Companion, cuánto me habían acompañado mis libros. Llegaron a ser hasta una bendición para mi vida. Y ahora soy más feliz que nunca porque comprendo la felicidad que me ha llegado. Espero que usted me escriba tan a menudo como pueda. La maestra y yo estamos siempre encantadas al oír de usted. Quiero escribirle al señor Bell y mandarle mi fotografía. Supongo que él ha estado siempre demasiado atareado para escribirle a su amiguita. Con frecuencia me acuerdo de los agradables momentos que pasamos todos en Boston, la primavera última.

Y ahora le voy a contar un secreto. Creo que la maestra, mi papá, mi hermanita y yo, visitaremos Wáshington el mes de marzo próximo. Entonces lo veré a usted, al querido señor Bell, y a Elsie y Daisy nuevamente.

¿No sería lindísimo que la señora Pratt pudiera encontrarse con nosotros allí? Creo que le escribiré también a ella, para comunicarle el secreto...

Cariñosamente, su amiguita

Helen Keller.

P. S. La maestra me dice que usted tiene interés en saber cuál es mi animal favorito. A mí me gustan todas las cosas vivientes. de animales. Ya tengo un petiso y un perro grande, y me gustaría

tener un perrito faldero o un gato grande —no hay gatos finos en Tuscumbia—, o un loro. Me gustaría palpar a un loro cuando habla; ¡sería muy divertido! Pero de cualquier modo, me contentaría con cualquier animalito que me envíe. H. K.

A la señorita Caroline Derby.

Tuscumbia, Alabama, febrero 18, 1893.

...A menudo ha estado usted en mi pensamiento durante estos tristes días, mientras mi corazón se angustiaba por la muerte de mi amado amigo Phillips Brooks. Deseé muchas veces estar en Boston, entre los que lo habían conocido y querido como yo... ¡Fué un amigo tan grande para mí! ¡Tan tierno y cariñoso! Trato en lo posible de no lamentarme excesivamente por su muerte. Procuro, en lo que puedo, imaginar que está cerca, muy cerca mío. Pero a veces, cuando pienso que no está aquí, que cuando iré a Boston no lo veré, que ya se ha ido, pasa sobre mi alma una nube de tristeza. Pero otras veces, cuando me siento feliz, tengo la sensación de su hermosa presencia y que su cariñosa mano me conduce en forma agradable. ¿Recuerda usted la hora feliz que pasamos con él el último junio, cuando me tenía la mano y nos hablaba acerca de su amigo Tennyson, y sobre nuestro querido poeta, el doctor Holmes, y yo trataba de enseñarle el alfabeto manual, y él se reía tan alegremente de sus equivocaciones? ¿Y después, cuando le hablé de mi té, él me prometió venir? ¿Puedo oírle ahora decir en su forma tan jubilosa y decidida, en respuesta a mi deseo de que él té sería un éxito: "Por supuesto que sí, Helen, pon todo tu corazón al servicio de esta buena causa, hija mía, y no podrá fracasar?" Me alegra saber que la gente levantará un monumento a su memoria.

En marzo, Helen y la señorita Sullivan, se fueron al Norte, y pasaron los meses siguientes viajando y visitando sus amistades.

Al leer esta carta acerca del Niágara, debe recordarse que la señorita Keller conoce la distancia y la forma, y que las dimensiones del Niágara están dentro de su experiencia, después de su exploración. Cruzó su puente y bajó en el ascensor. Tienen una importancia especial estos detalles, así como también el de que ella podía sentir la correntada poniendo su mano sobre la ventana. El doctor Bell le dió un instrumento que, sostenido contra sí, aumentaba las vibraciones.

A la señora Kate Adams Keller.

South Boston, 3 de abril de 1893.

... la maestra, la señora Pratt y yo, decidimos inesperadamente hacer un viaje con el querido doctor Bell... El señor Westervelt, un caballero que papá conoció en Wáshington, tiene una escuela para sardos en Rochester. Primero fuimos allí...

Una tarde, el señor Westervelt nos dió una recepción. Vino mucha gente. Algunas personas hicieron raras preguntas. Una señora se sorprendió de que yo amara las flores. ¿Cómo era posible si no podía verles el color? Y cuando le aseguré que así era en efecto, que las amaba, dijo: "No hay duda de que usted debe palpar los colores con los dedos." Pero, por supuesto, no es sólo por los brillantes colores que amamos a las flores... Un señor me preguntó qué era lo que la belleza significaba para mi entendimiento. Debo confesar que al principio me encontré en un dilema. Luego, después de un rato, contesté que la belleza era una forma de bondad. Y él se marchó.

Concluída la recepción nos retiramos al hotel, y la maestra durmió sin saber de la sorpresa que le esperaba al día siguiente. El señor Bell y yo lo planeamos juntos. El hizo todos los arreglos antes de decirle cosa alguna a mi maestra. Y la sorpresa fué ésta: ¡Yo iba a tener el placer de llevar a mi querida maestra a las Cataratas del Niágara!...

El hotel estaba tan cerca del río que yo podía sentir la correntada, colocando mi mano sobre la ventana. A la mañana siguiente, había mucho sol, y hacía calor. Nos levantamos con prisa porque nuestros corazones estaban llenos de agradables perspectivas. Nunca podrás imaginar lo que sentí al hallarme ante las Cataratas del Niágara, hasta que puedas sentir esa misteriosa sensación tú misma. Apenas podía creer que era agua lo que corría y se sumergía con furia impetuosa a mis pies. Parecía algo así como una cosa viviente que corría hacia un destino terrible. Desearía poder describir las cataratas tal como son, su belleza y majestuosa grandeza. El espantoso e irresistible hundimiento de las aguas sobre la cima del precipicio. Una se siente atenaceada y abrumada en presencia de una fuerza tan grande. Otra vez también tuve esa sensación. Cuando estuve ante el gran océano y sentí cómo las olas se estrellaban contra la costa. Imagino que tú sentirás así también, cuando contemplas las estrellas en el silencio de la noche, ¿no es cierto?...

Bajamos ciento veinte pies en un ascensor para ver los violentísimos vórtices del profundo abismo bajo las cascadas. A dos millas de distancia hay un maravilloso puente colgante. Está tendido a través del abismo, a una altura de doscientos cincuenta y ocho pies por sobre el barranco, y sostenido a los lados por torres de roca, que distan ochocientos pies entre sí. Cuando cruzamos a la parte canadiense, yo grité: "¡Dios salve a la Reina!" La maestra me dijo que era una pequeña traidora. Pero yo no lo creo. Lo único que estaba haciendo, es lo que hacen los canadienses, mientras me encontraba en su patria, y por otra parte, yo honro a la buena Reina de Inglaterra.

Te agradará saber, mi querida madre, que una dama muy bondadosa, que se llama Miss Hooker, se esfuerza por mejorar mi habla. ¡Espero y ruego que algún día podré hablar bien!...

El señor Monsell estuvo con nosotros el domingo por la noche. ¡Cómo te hubiera gustado oírle hablar de Venecia! Sus hermosas descripciones hacían sentir como si estuviésemos sentadas a la sombra de San Marco, soñando, o navegando por el canal, a la luz de la luna...

Espero que algún día, cuando visite Venecia, el señor Munsell irá conmigo. Es ése mi castillo en el aire. Tú comprendes, ninguno de mis amigos me describe las cosas en forma tan vívida y bella como él...

Al visitar la Exposición Mundial, el presidente de la muestra le dió esta carta:

A *los jefes de pabellones y empleados a cargo de edificios y stands*:

Señores: —La portadora, señorita Helen Keller, acompañada por la señorita Miss Sullivan, desea realizar una inspección completa de la Exposición en todos sus pabellones. Es ciega y sorda, pero puede conversar y me ha sido presentada como persona dotada de una capacidad maravillosa para entender los objetos que toca, como que es poseedora de una inteligencia y cultura que trascienden por mucho su edad. Pido se tenga la gentileza de darle amplias facilidades para examinar los stands de los varios pabellones, como así también se le haga objeto de todas las atenciones posibles.

Agradeciendo de antemano todo lo que en ese sentido se haga, me repito de ustedes

firmado: *H. N. Higinbotham.*
Presidente

A la señorita Caroline Derby.

Hulton, Pennsylvania, 17 de agosto, 1893.

Todos en la Exposición fueron muy amables conmigo. Casi todos los expositores se mostraban enteramente dispuestos a permitirme tocar las cosas más delicadas, y eran muy gentiles en sus explicaciones. Un señor francés, cuyo nombre no recuerdo, me mostró los grandes bronces franceses. Creo que eso me causó el mayor placer que experimenté en la Exposición. Tan naturales y maravillosos resultaron a mi tacto. El doctor Bell nos acompañó personalmente al pabellón de electricidad y nos mostró algunos de los teléfonos históricos. He visto aquel por cuyo intermedio el Emperador Don Pedro escuchó las palabras "Ser o no ser", en el Centenario. El doctor Gillett, de Illinois, nos llevó a ver los edificios de las Artes Liberales y el de la Mujer. En el primero visité la sección Tiffany, donde tuve en la mano el hermoso brillante Tiffany, valuado en cien mil dólares, y toqué muchas otras cosas raras y costosas. Me senté en el sillón del rey Ludwig, y me sentí como una reina, cuando el doctor Gillett me hizo notar que contaba con muchos súbditos leales. En el edificio de la Mujer, nos vimos con la Princesa María Schaovskoy, de Rusia y con una hermosa dama siria. Gusté mucho de ellas. Fuimos también a la sección japonesa con el profesor Morse, un conocido conferenciante. Nunca imaginé cuán maravilloso pueblo era el japonés, hasta que vi su interesante exposición. El Japón debe ser el paraíso de los niños, a juzgar por el gran número de juguetes que allí se fabrica. Me interesaron los instrumentos musicales de extraño aspecto y sus maravillosas obras de arte. Los libros japoneses son muy raros. Tienen en su alfabeto cuarenta y siete letras. El profesor Morse sabe mucho acerca del Japón, y es muy gentil y muy sabio. Me invitó a visitar su museo de Salem, la próxima vez que vaya yo a Boston. Pero creo que gocé más de los paseos sobre la apacible laguna, y de las descripciones de panoramas que me hacían mis amigos, que de ninguna otra cosa en la Exposición. Cierta vez, mientras estábamos en el lago, el sol se ocultó tras el horizonte, y una luz suave y rosada

brilló sobre la Ciudad Blanca, asemejándola más que nunca al País del Ensueño...

Por supuesto que visitamos el Midway Plaisance. El lugar era fascinante y nos dejó boquiabiertas. Caminé por las calles de El Cairo, y anduve en camello. Eso era divertirse en grande. También viajé en la rueda Ferris, sobre el ferrocarril del hielo y a bordo del Whaleback...

En la primavera de 1893, se fundó en Tuscumbia un club, designándose presidenta a la señora Keller, con el objeto de que procediese a la formación de una biblioteca pública. Dice Helen al respecto:

"Les escribí a mis amigos acerca de este asunto y obtuve su apoyo. Varios cientos de libros, entre ellos algunos muy costosos, me fueron enviados en muy poco tiempo, aparte del dinero y de la adhesión. Este generoso auspicio, animó a las damas que desde entonces han proseguido coleccionando y comprando libros hasta tener formada hoy día en el pueblo una biblioteca muy respetable".

A la señora C. H. Inches.

Hulton, Penn., 21 de octubre de 1893.

... Pasamos el mes de setiembre en mi casa en Tuscumbia... muy felices de encontrarnos juntos... Nuestro tranquilo hogar de la montaña contaba con atractivos especiales y era muy reposado después de las emociones y la fatiga producidas por nuestra visita a la Exposición Mundial. Más que ninguna otra vez, gozamos de la hermosura y la soledad de las montañas. Y ahora nos encontramos nuevamente en Hulton, Pennsylvania, donde voy a estudiar este invierno con un tutor, quien secundará a mi querida maestra. Estudio aritmética, latín y literatura. Me agradan las lecciones muchísimo. ¡Es tan agradable aprender cosas nuevas! Cada día descubro lo poco que sé, pero no me descorazono, pues Dios me ha dado una eternidad en la que aprenderé más. En literatura estoy estudiando la poesía de Longfellow. Conozco mucha de memoria, porque me gustaba mucho aún antes de saber distinguir una metáfora de una sinécdoque. Solía decir que no me gustaba mucho la aritmética, pero ahora he cambiado de idea. Reconozco hoy cuán bueno y útil es ese estudio, aunque debo confesar que a veces mi atención se desvía, porque por más que la aritmética sea linda

y útil nunca es tan interesante como un hermoso poema o una bella historia. Pero, bendígame Dios, ¡cómo vuela el tiempo! Tengo sólo unos minutos paar poder contestar sus preguntas acerca de la Biblioteca Pública "Helen Keller". 1 — Creo que Tuscumbia, Alabama, tiene tres mil habitantes, y probablemente, y casi en su mitad, es gente de color. 2. — En la actualidad, no hay en el pueblo biblioteca alguna, por lo que pensé en fundarla. Mi madre y varias de mis amigas dijeron que me ayudarían, y formaron un club, cuyo objeto es el de trabajar por la institución de la biblioteca pública gratuita de Tuscumbia. Tienen ya alrededor de 100 libros y unos 55 dólares. Un caballero muy generoso nos ha regalado el terreno donde construiremos el edificio. Pero, mientras tanto, el club arrendó una habitación en un lugar céntrico del pueblo, y los libros existentes ya están a disposición del público. 3. — Muy pocos amigos de Boston saben algo de la biblioteca. No quise molestarlos mientras trataba de reunir dinero para el pobre Tomasito, pues, por supuesto era más importante su educación que mis vecinos tuvieran libros para leer. No sé cuáles son los libros que tenemos, pero creo que —creo—, que es una colección de misceláneas (creo que es esa la palabra)...

P. S. Mi maestra cree que sería más comercial decir que la lista de contribuyentes para el fondo de edificación, se publicará en el diario de mi padre, el *North Alabamian.*

A la señorita Caroline Derby.

Hulton, Penn., 28 de diciembre de 1893.

Ruego le agradezca de mi parte a la señorita Derby por el lindo escudo que me envió. Es un interesante recuerdo de Colón, y de la Ciudad Blanca de la Exposición; pero me maravillo de los descubrimientos que he hecho —quiero decir, nuevos descubrimientos. En cierto modo, todos somos descubridores, ya que nacemos ignorantes de todas las cosas; pero tengo la impresión de que no es eso lo que ella quiso decir. Dígale que debe explicarme por qué soy una descubridora...

Al doctor Edward Everett.

Hulton, Pennsylvania, 14 de enero de 1894.

Mi querido primo: He pensado en escribirle mucho antes, con-

testando a su amable carta, que tanto me agradó recibir, y agradecerle por el hermoso librito que me envió. Pero he estado muy ocupada desde principios de año. La publicación de mi cuentito en el *Youths Companion* me trajo gran cantidad de cartas —la semana pasada recibí sesenta y una—, y además de tener que responder a algunas de ellas, tengo que estudiar mucho, entre otras cosas, aritmética y latín; y, como usted sabe, el César es aún el César, imperioso y tiránico, y si una niñita quiere entender a un hombre tan grande, las guerras y las conquistas de que habla en su hermoso latín, debe estudiar y pensar mucho, y estudio y pensar requieren mucho tiempo.

He de apreciar el librito siempre. No sólo por su valor en sí, sino también por lo que se relaciona con usted. Es delicioso pensar en usted como en el dador de uno de sus libros, en el que, estoy segura, ha forjado sus pensamientos y sentimientos, y la agradezco mucho, por recordarme de manera tan hermosa...

En febrero, Helen y la señorita Sullivan volvieron a Tuscumbia. Pasaron el resto de la primavera leyendo y estudiando. En el verano, asistieron a la asamblea celebrada en Chautauqua de la American Association of the Promotion of the Teaching of Speech to the Deaf, en la que Miss Sullivan disertó sobre la educación de Helen Keller.

En el otoño, Helen y la señorita Sullivan ingresaron en la Wright Humason School de Nueva York, que se dedica especialmente a la enseñanza de la lectura labial y las mejoras vocales. Las "lecciones de canto" estaban destinadas a reforzar la voz. Ya había tomado algunas lecciones de piano en la Institución Perkins. El experimento fué muy interesante pero no arrojó gran resultado.

A la señorita Caroline Derby.

The Wright Humason School. — 42 West 76th St.

Nueva York, 23 de octubre de 1894.

La escuela es muy agradable, y muy moderna... Estudio aritmética, literatura inglesa, y la Historia de los Estados Unidos, como el invierno pasado. Llevo también un diario. Me gustan indeciblemente mis lecciones de canto con el doctor Humason. Espero que tomaré lecciones de piano alguna vez... El sábado pasado, nuestras buenas maestras planearon una linda excursión a Bedloe Island.

para ver la gran estatua de la libertad de Bartholdi, que ilumina el mundo... Los antiguos cañones que miran al mar tienen una expresión amenazadora; pero dudo de que haya la menor maldad en sus viejos corazones oxidados.

La "Libertad" es una figura gigantesca ataviada en un ropaje de pliegues, a la usanza griega, y que sostiene en su mano derecha una antorcha... Una escalera de caracol conduce desde la base del pedestal hasta la antorcha. Subimos hasta la cabeza de la estatua, en la que cabían cuarenta personas y contemplamos la escena que la "Libertad" observa día y noche. ¡Y, qué maravilloso era! No nos sorprendió de que el gran artista francés pensara que el lugar era digno de ser hogar de su gran ideal. La gloriosa bahía estaba en calma, hermosa en la solana de octubre, y los barcos iban y venían como sueños ociosos; los que iban hacia el mar, desaparecían lentamente como las nubes que cambian de oro a gris; los que entraban, se apresuraban más que los pájaros que buscan el nido de la madre.

A la señorita Caroline Derby.

The Wright Humason School.

Nueva York, marzo 15 de 1895.

... Creo que he progresado bastante en la lectura labial, aunque todavía me veo en dificultades para leer el discurso rápido, pero estoy segura de que algún día tendré éxito, si es que persevero. El doctor Humason trata aún de mejorar mi habla. ¡Oh, Carri. cómo me gustaría hablar como los demás! Desearía trabajar día y noche, con tal que eso se pudiese conseguir. ¡Piensa en la alegría que le daría a todos mis amigos si pudieran oírme hablar con naturalidad! Me pregunto: ¿Por qué será dificultoso y complicado el aprendizaje del habla, cuando es tan fácil para los otros? Pero estoy segura de que algún día hablaré si es que consigo armarme de paciencia.

Aunque estuve muy ocupada, pude hallar el tiempo suficiente como para leer bastante. Ultimamente he leído *Wilhelm Tell,* de Schiller, y *La vestal perdida*... Ahora estoy leyendo *Nathan el sabio,* por Lessing, y *El Rey Arturo,* por Miss Mulock.

... Nuestras queridas maestras nos llevan a ver todo lo que creen puede interesarnos, y de ese modo aprendemos muchas cosas. El día del natalicio de George Wáshington, fuimos a la Exposición

Canina, y a pesar del gentío que había en el Madison Square Garden y pese al aturdimiento producido por la variedad sonora producida por la orquesta perruna, que molestaba mucho a los que podían oírla, pasamos la tarde muy bien. Entre los que recibían más atenciones estaban los bull-dogs. Se permitían alarmantes libertades cuando alguno los acariciaba, pues se subían a sus brazos y sin ceremonia alguna empezaban a los besuqueos, no advirtiendo aparentemente lo impropio de su conducta. ¡Válgame Dios, qué feas son estas bestezuelas! Pero son tan bonachonas que no dejan de gustarnos.

El doctor Humason, la maestra y yo dejamos a los demás en la Exposición y nos fuimos a una recepción dada en el Metropolitan Club... Se acostumbra a llamarle el "Club de los Millonarios". El edificio, construído en mármol blanco, es magnífico; las habitaciones son grandes y espléndidamente amuebladas; pero deseo confesar que tanto esplendor me resulta deprimente, y no he sentido envidia de los millonarios en lo más mínimo, de toda la felicidad que debe proporcionarles un ambiente de tanta riqueza...

A la señora Kate Adams Keller.

Nueva York, 31 de marzo de 1895.

Mi maestra y yo pasamos una linda tarde en lo del señor Hutton y... Nos encontramos allí con el señor Clemens, y con el señor Howells. Yo había oído de ellos hace mucho tiempo, pero nunca pensé que pudiera verlos y hablarlos. Y aún hoy no puedo imaginar que haya podido experimentar tan inmenso placer. Y así como me sorprende mucho, que pese a ser tan sólo una criatura de catorce años, pueda estar al lado de personas tan distinguidas, comprendo que soy muy feliz, y que estoy muy agradecida por todos los hermosos privilegios de que he gozado. Los dos distinguidos autores fueron muy amables y benévolos conmigo, y no puedo decir cuál de los dos me encantó más. El señor Clemens nos contó muchos cuentos muy entretenidos y nos hizo reír hasta las lágrimas. ¡Cómo hubiera deseado que lo pudieses haber visto y oído! Nos dijo que iría a Europa dentro de unos días para traer a su esposa y a su hija Jeanne, de regreso a América, pues ésta, Jeanne, que está estudiando en París, ha aprendido tanto en tres años y medio, que si no la traía pronto a casa, pronto sabría más que él. Mark Twain es un seudónimo apropiado para el señor Clemens, porque es un

sonido prístino y gracioso, que condice con sus entretenidos escritos, y además su significado náutico sugiere la profundidad y la belleza de las cosas que ha escrito. Me parece que es muy buen mozo... La maestra dijo que se parecía algo a Paradeuski (si es que así se escribe ese nombre). El señor Howells me habló algo de Venecia, que es una de sus ciudades favoritas. También habló muy tiernamente de su chiquita Winnifred, que está ahora con Dios. Tiene otra hija llamada Mildred. Pude haber visto también a la señora Wiggin, la encantadora autora de *Bird's Christmas Carol,* pero estaba resfriada de cuidado y no pudo venir. Me decepcionó mucho el no poder verla, y espero tener ese placer alguna otra vez. El señor Hutton me regaló un hermoso vasito que tiene la forma de un cono y que había pertenecido a su querida madre, como recuerdo de mi visita. También conocimos al señor Rogers... quien gentilmente nos ofreció su coche para que nos llevara a casa.

En el verano, Helen y Miss Sullivan vuelven al Sud, al clausurarse las clases del Wright Humason School.

A la señora Laurence Hutton.

Tuscumbia, Alabama, julio 29 de 1895.

... Estoy pasando unas vacaciones muy tranquilas y agradables en mi hermoso y soleado hogar, junto a mis queridos padres, mi querida hermanita y mi hermanito Phillips. Mi preciosa maestra también está conmigo, y por supuesto soy muy feliz. Leo un poco, camino poco, escribo un poco, y juego muchísimo con los chicos, y los días pasan dichosamente...

Mis amigos están tan encantados con las mejoras de mi habla y de la lectura labial, hechas el año pasado, que han decidido que continúe mis estudios en Nueva York, un año más. Me encanta el proyecto de pasar otro año más en esa gran ciudad. A veces pensé que nunca me sentiría a gusto en Nueva York, pero desde entonces trabé amistad con tanta gente, que no puedo recordar un invierno tan exitoso y brillante transcurrido allí, que me encuentro esperando el año venidero, y anticipándome momentos más gratos y mejores aún en la gran metrópoli.

Por favor, dele al señor Hutton y a la señora Riggs y al señor Warner también, mis más cordiales afectos, aunque no tuve el placer de conocerlo personalmente. Cuando dirijo el oído hacia Venecia, oigo la pluma del señor Hutton rasgando las páginas

de su nuevo libro. Es un sonido agradable porque está lleno de promesas. ¡Cuánto me deleitaré leyéndolo!

Perdóneme, por favor, señora Hutton, por escribirle una carta escrita a máquina a través del océano. He tratado varias veces de escribir a lápiz con mi aparato, desde que llegué a casa, pero me ha sido muy difícil ¿debido al calor? La humedad de mis manos mancha y borronea el papel de tal modo que me obliga a usar únicamente mi máquina de escribir. Y tampoco es mi *Remington,* sino una fastidiosa miniatura que no admite intento alguno de escribir a punto...

A la señora William Thaw.

Nueva York, 16 de octubre de 1895.

¡Estamos aquí nuevamente en la gran metrópoli! Dejamos Hulton la noche del viernes y llegamos aquí la mañana del sábado. Nuestro amigos se sorprendieron mucho al vernos, pues no nos esperaban hasta fin de mes. El sábado por la tarde descansé porque me sentía muy cansada, y el domingo visité a mis compañeras de escuela; y ahora que estoy bien descansada le escribiré a usted, porque sé que desea saber cómo hemos llegado a Nueva York. Tuvimos que cambiar de coche, pero eso no nos molestó mucho. Después del desayuno la maestra le preguntó a uno de los hombres de la estación si el tren para Nueva York estaba listo. Contestó que no, todavía, y que no lo estaría hasta después de quince minutos. Nos sentamos a esperar y un instante después volvió el hombre y le preguntó a mi maestra si queríamos ocupar el coche enseguida. Nos acompañó ubicándonos en nuestro compartimiento. Así evitamos los apurones y pudimos visitar los coches antes de que el tren partiera. ¿No le parece que fué ése un gesto amable? Así es. Siempre hay alguno que nos dispensa pequeños actos buenos en nuestro camino, allanándolo y haciéndolo más placentero...

Pasamos una jornada tranquila y agradable en Hulton. ¡El señor Wade es tan amable y bueno como siempre! Ultimamente hizo imprimir para mí en Inglaterra varios libros, *Old Mortality, The Castle of Otranto* y *King of Noland*...

A la señorita Caroline Derby.

Nueva York, 29 de diciembre, 1895.

Mi maestra y yo lo hemos pasado lo más divertidas, en estos

últimos tiempos. Hemos visitado a nuestros amables amigos, la señora Dodge, el señor y la señora Hutton, la señora Riggs y su esposo, y hemos conocido a muchas personas distinguidas, entre ellas la señorita Elen Terry, Sir Henry Irving y el señor Stockton. ¿No hemos sido afortunados? La señorita Terry era amorosa. La besó a la maestra y dijo: "No sé si me agrada el verla o no, porque me siento tan avergonzada de mí misma cuando pienso en lo mucho que ha hecho usted por la niñita". También conocimos al hermano de la señorita Terry y su esposa. Su belleza me pareció angélica, ¡y qué clara y hermosa era su voz! Vimos otra vez a la señorita Terry con Sir Henry en *El Rey Carlos I,* hace una semana, el viernes pasado, y después de la función tuvieron la bondad de permitirme que los tocara para así poder darme cuenta de cómo habían aparecido en el escenario. ¡Cuán noble y bondadoso era el rey, especialmente cuando estaba en desgracia! ¡Y qué bonita y fiel, la pobre reina! La obra parecía ser tan real que casi nos olvidamos del lugar en que nos encontrábamos, teniendo la sensación de que las escenas eran episodios verdaderos de los pasados tiempos. El último acto nos afectó profundamente hasta hacernos llorar, pensando en cómo tendría el verdugo corazón para arrancar al rey de los brazos de su esposa amante.

Recién termino de leer *Ivanhoe.* Muy emocionante, pero debo decir que no me ha complacido mucho. La dulce Rebeca, con su espíritu fuerte y valiente, y su puro generoso natural, fué el único personaje que ganó mi admiración: Ahora estoy leyendo *Cuentos de la Historia Escocesa,* que son muy conmovedores y absorbentes...

Las dos cartas siguientes fueron escritas poco después de la muerte del señor John P. Spaulding.

A la señora G. H. Bradfor.

Nueva York, febrero 4 de 1896.

¿Qué puedo decir para darle a entender en cuánto mi maestra y yo apreciamos sus tan bondadosos sentimientos, expresados al mandarnos pequeños recuerdos de la habitación donde vimos por primera vez a los bondadosos amigos? A la verdad, usted nunca sabrá el gran regalo que nos ha hecho con ese gesto. Tenemos el retrato querido, colocado sobre la repisa del hogar de nuestra habitación, donde podemos verle todos los días, y con frecuencia me

acerco y lo toco, y no puedo menos que sentir, en cierto modo, que nuestro amado amigo está cerca de mí... Se me hizo muy difícil empezar nuevamente la tarea estudiantil, como si nada hubiese ocurrido; pero estoy segura que es mejor que tengamos deberes que cumplir para que distraigan nuestros pensamientos de nuestro dolor, aunque más no sea que por algún tiempo...

A la señorita Caroline Derby.

Nueva York, marzo 2 de 1896.

... Extrañamos al Rey Juan, con tristeza. Fué tan horrible el perderlo, era el mejor y el más amable de los amigos y no sé lo qué haremos sin él...

Fuimos a una Exposición de aves de corral... y los hombres que allí había tuvieron la amabilidad de permitirnos tocar las aves. ¡Eran tan mansitas que se quedaban quietecitas cuando yo las tocaba! He visto pavos muy grandes, gansos, gallinas, guineas, patos y muchas otras aves.

Hace unas dos semanas le hicimos una visita al señor Hutton, y pasamos unos momentos deliciosos. ¡Siempre sucede así! Conocimos al señor Warner, el escritor, al señor Mabie, director del *Outlook* y a otras personas muy amables.

Estoy segura de que le gustaría conocer a los esposos Hutton, ¡pues son personas tan bondadosas e interesantes! Nunca podría terminar de decirle el placer que nos han ocasionado.

El señor Warner y el señor Burroughs, el gran amante de la naturaleza, vinieron a vernos unos días después y mantuvimos con ellos una charla de lo más agradable. ¡Los dos estaban amorosísimos! El señor Burroughs me contó cosas de su hogar cercano al Hudson, ¡y qué lugar feliz debe ser aquél! Deseo que pueda algún día visitarle. La maestra me había leído sus libros y cuentos relativos a su infancia, los que me gustaron muchísimo. ¿Leyó usted la hermosa poesía "*waiting*"? Yo la conozco. Me hace muy feliz recordar sus dulces pensamientos. El señor Warner tenía un alfiler de corbata con un escarabajo hecho en Egipto, mil quinientos años antes de la era cristiana, y me explicó que el escarabajo significaba la inmortalidad para los egipcios, porque se enrollaba al dormirse, y al despertarse aparecía con una forma nueva, renovándose de este modo.

A la señorita Caroline Derby.

Nueva York, abril 25 de 1896.

... Mis estudios van igual que cuando la vi a usted, con la excepción de que estoy estudiando francés con una maestra francesa, que viene a verme tres veces por semana. Leo casi exclusivamente sus labios. No conoce el alfabeto manual, y vamos lo más bien. He leído con placer *Le Medecin malgré lui,* una comedia francesa, de Molière; y se dice que ahora hablo francés bastante bien, lo mismo que el alemán. De todos modos, los franceses y alemanes comprenden lo que trato de decir y ello me anima muchísimo. En la instrucción de la voz, tengo que vérmelas con las mismas dificultades, y el cumplimiento de mi deseo de hablar correctamente, ¡oh, parece estar tan lejos! A veces estoy segura de ver un leve reflejo de la meta que persigo, pero un momento después me topo con un recodo y el camino se me oculta, y quedo nuevamente vagando en la oscuridad. Pero me empeño mucho en no descorazonarme. Seguramente todos encontraremos al fin los ideales que estamos buscando...

Al señor John Hitz.

Brewster, Mass., 15 de julio de 1896.

...Con respecto al libro, estoy segura de que me gustará mucho cuando se me admita al conjunto de los mágicos dedos de la maestra, en la compañía de las dos hermanas que habían ido a la Fuente de la Inmortalidad.

Mientras le escribo junto a la ventana, me es tan lindo sentir las frescas ráfagas acariciando mis mejillas, y es lindo también pensar que la tarea del año anterior ha terminado. Mi maestra también parece sentirse beneficiada con el cambio, porque ha vuelto nuevamente a ser la misma y querida de antes. Sólo lo necesitamos a usted, señor Hitz, para completar nuestra felicidad. La maestra y la señora Hopkins, dicen que *debe venir* tan pronto como le sea posible. Nosotros trataremos de hacerlo sentir a pleno gusto.

La maestra y yo pasamos nueve días en Filadelfia. ¿Ha estado usted alguna vez en la institución del doctor Crouter? El señor Howes probablemente le habrá dado ya un informe completo acerca de todo lo que hicimos. Estuvimos ocupadas todo el tiempo. Concurrimos a las reuniones y conversamos con cientos de personas,

entre las que se hallaban el querido doctor Bell, el señor Banerji, de Calcuta, monsieur Magnat, de París, con quien conversé en francés, y muchas otras personas distinguidas. Esperábamos verlo allí y quedamos por ello decepcionadas al no venir usted. ¡Pensamos en usted tan a menudo, y nuestros corazones vuelan hacia usted en alas de una simpatía tan tierna! Usted sabe más de lo que esta pobre carta pueda decirle, cuán feliz nos hace el tenerle entre nosotros siempre. Pronuncié un "*discurso*" el 8 de julio, en el que les dije a los miembros de la Asociación que el habla había sido para mí una indecible bendición, tanto que no podría ser expresada en palabras. Les urgí, en consecuencia, que dieran a todo niño sordo la oportunidad de aprender a hablar. Todos dijeron que hablé bien y en forma inteligible. Después del "*discursito*", asistimos a una recepción, a la que asistieron más de 600 personas. Tengo que confesar que no me agradan las grandes recepciones. La gente se aglomera y tenemos que hablar tanto; y sin embargo, es en recepciones, como la llevada a cabo en Filadelfia, donde encontramos a menudo amigos a quienes llegamos a querer más tarde. Dejamos la ciudad, el jueves pasado por la tarde, y llegamos a Brewster el viernes por la tarde. Perdimos el tren de Cape Cod el viernes por la mañana y nos fuimos a Princetown en el barco *Longfellow*. Estoy contenta de que lo hayamos hecho, porque uno se sentía muy bien e hizo mucho fresco, y el puerto de Boston es siempre interesante.

Nos quedamos en Boston tres semanas después de dejar Nueva York, y no es preciso que le diga que hemos pasado una temporada agradabilísima. Visitamos a nuestros buenos amigos, los esposos Chamberlin, en Wrentham, en el campo. Tienen allí una casa lindísima. Está ubicada junto a un lago encantador, por el que anduvimos en bote y en canoa, divirtiéndonos mucho. También nos bañamos varias veces. Los esposos Chamberlin celebraron el 17 de junio, ofreciendo un pic-nic a sus amigos intelectuales. Vinieron unas cuarenta personas todas ellas escritores o periodistas. Nuestro amigo, el señor Alden, director de *Harper*, también estaba allí y, por supuesto, que nos deleitó con su compañía...

Al señor Charles Dudley Warner.

Brewster, Mass., setiembre 3 de 1896.

... He querido escribirle durante todo el verano. Tenía muchas cosas que decirle, y sabía que le interesaría saber de nuestras vaca-

ciones a las orillas del mar, y de nuestros planes para el año próximo. Pero los días felices de ocio pasaban tan de prisa y había tantas cosas agradables que hacer a cada momento que no hallaba tiempo para vestir mis pensamientos con palabras y mandárselos.

Me pregunto; ¿Qué se hará de las oportunidades perdidas? Tal vez nuestro ángel guardián las recoja al mismo tiempo que se nos pierden, y nos las devolverá cuando lleguemos a ser más sabios y aprendamos a emplearlas mejor. Pero, de cualquier modo, ahora me es imposible escribirle la carta que tenía planeada en mi pensamiento durante tan largo tiempo. Mi corazón está demasiado lleno de tristeza, para poder hablar de la felicidad que experimenté durante el verano. Mi padre ha muerto el sábado pasado en mi casa de Tuscumbia, y yo no estaba allí. ¡Mi amado y querido padre! ¡Oh, querido amigo, cómo podré sobrellevar esta pena!

El primero de octubre la señorita Keller ingresó a la escuela de Cambridge para señoritas, cuyo director es el señor Arthur Gilman. Los exámenes que se mencionan en esta carta fueron meramente pruebas dadas en el mismo colegio, pero como se trataba de viejos cuestionarios de Harvard, evidentemente que en algunas materias la señorita Keller ya estaba bien preparada para Radcliffe.

A la señora Laurence Hutton.

Cambridge, Mass., octubre 8 de 1896.

... Me levanté temprano esta mañana para poder escribirle unas líneas. Sé que le interesa saber si me gusta mi escuela. Mi deseo sería que viniera y pudiese ver usted misma lo hermosa que es. Hay cerca de cien chicas. Son todas tan inteligentes y felices que es una verdadera felicidad estar con ellas.

Le agradará saber que he pasado bien los exámenes. Me tomaron inglés, alemán, francés e historia griega y romana. Estos exámenes habían sido los de ingreso a la Harvard, de modo que estoy contenta de haber salido bien en ellos. Este año será de mucho trabajo para mi maestra y para mí. Estoy estudiando aritmética, literatura e historia inglesa, alemán, latín y geografía superior; se requieren muchas lecturas preparatorias, y como hay muy pocos libros con impresión en relieve, mi pobre maestra tiene mucho que deletrearme, lo que representa un penoso trabajo. Usted debe comunicarle al señor Howells, cuando lo vea, que nosotros estamos viviendo en su casa...

A la señora William Thaw.

Cambridge, Mass., 2 de diciembre de 1896.

... Me lleva tiempo la preparación de mis lecciones, pues hay que deletrearme cada una de las palabras en las manos. Ni uno solo de los textos que estoy obligada a consultar está impreso en relieve, y, por supuesto, el trabajo se hace mucho más difícil de lo que hubiera sido si pudiera leer las lecciones yo sola. Y, es más difícil aún para la maestra que para mí, porque tiene que forzar mucho su pobre vista y no puedo evitarme una gran preocupación al respecto. La tarea que nos proponemos, parece a veces superior a nuestras fuerzas, pero, en otros momentos, mi trabajo me deleita de tal modo, que me sería imposible describirlo con palabras.

Es un encanto tan grande el de poder estar con las demás chicas, y poder hacer todo lo que ellas hacen. Estudio latín, alemán, aritmética e historia inglesa. Todas las materias me agradan muchísimo, excepto la aritmética, pues mis números se van siempre a los lugares donde no deben ir...

A la señora Laurence Hutton.

Cambridge, Mass., mayo 3 de 1897.

... Estoy procurando, con mucho empeño, terminar la lectura para los exámenes de junio, y esto, unido a mi diaria rutina escolar, me tiene completamente ocupada. Pero Johnson y *The Plague* y todas las demás cosas, deben esperar unos minutos esta tarde, mientras yo le agradezco, mi querida señora Hutton... ¡Qué rato espléndido pasamos en el *Players Club!* Pensé siempre que los clubes eran lugares comunes, con mucho humo, donde los hombres hablaban nada más que de política, se contaban historias interminables, y se contaban sus extraordinarias aventuras; pero veo ahora que me he equivocado mucho...

Al señor John Hitz.

Wrentham, Mass., julio 9 de 1897.

...La maestra y yo vamos a pasar el verano en Wrentham con nuestros amigos los Chamberlin. Creo recuerda al señor Chamberlin, el "Listener", del *Boston Transcript.* Son gente muy buena y muy querida...

Sé que le interesa saber acerca de mis exámenes y sé que le agradará enterarse de que los he rendido todos exitosamente. Los temas eran elementales y avanzados; alemán, francés, latín e inglés, griego e historia romana. Parece demasiado bueno para ser cierto, ¿no es así?

Mientras me preparaba para el gran juicio, no pude sofocar en mi fuero interno un temor que me hacía temblar: ¡Oh, si yo llegase a fracasar! Y ahora el consuelo es muy grande. Es imposible describirlo en palabras.

Sé que he pasado las pruebas con felicitaciones. Pero lo que considero realmente una corona triunfal, es la gran felicidad y victoriosa satisfacción que ello le ha traído a mi maestra. Verdaderamente, este triunfo es más suyo que mío, porque ella es mi inspiración constante...

A fines de setiembre, la señorita Sullivan y la señorita Keller regresaron a la escuela de Cambridge donde se quedaron hasta los primeros días de diciembre. Luego la intervención del señor Hilman, determinó que la madre de Helen la retirara del colegio juntamente con su hermana Mildred. La señorita Sullivan y su alumna se fueron a Wrentham, donde trabajaban bajo la dirección del señor Merton S. Keith, un maestro hábil y entusiasta.

A la señora Laurence Hutton.

Wrentham, febrero 20 de 1898.

... Reanudé mis estudios poco después de ausentarse usted, y en muy poco tiempo nos encontrábamos trabajando fuerte y con alegría, como si la terrible experiencia de hace un mes no hubiera sido un sueño. No puedo decirle cuánto me deleita. ¡Es tan fresco, y pacífico y libre! Creo que podría trabajar todo el santo día, sin sentirme cansada si me lo permitieran. Hay tantas cosas lindas para hacer —y no siempre fáciles— muchos de mis estudios de álgebra y geometría son muy difíciles, pero me gusta todo, especialmente el griego. Imagínese: ¡pronto he de terminar con mi gramática! Después, viene la Ilíada, ¡cuán inexpresable placer será leer las cosas de Aquiles y de Ulises y de Andrómaca y de Atenea, y de todos mis viejos amigos, en su propia y gloriosa lengua! Creo que el griego es el idioma más atrayente que conozco. Porque si es cierto que el violín es el más perfecto de los instrumentos, el griego es el violín del pensamiento humano.

Nos hemos divertido mucho este mes con el trineo. Todas las mañanas antes de la lección, salimos a la empinada sierra, que se halla hacia el norte del lago, cerca de la casa. Alguno sostiene mientras que nosotras nos ubicamos y una vez listas nos arrojamos hacia el pie de la colina en un veloz lanzamiento y en un salto proyectado nos sumergimos en un monte de nieve, y cruzamos a toda carrera el lago, a una velocidad tremenda...

A la señora Laurence Hutton.

Wrentham, 12 de abril de 1898.

...Me alegra saber que el señor Keith se complace tanto con mi progreso. Es cierto que el álgebra y la geometría se están haciendo más fáciles cada vez, especialmente el álgebra y, hace poco, he recibido libros con escritura en relieve lo que me facilitará mucho el trabajo...

Veo que trabajo mucho mejor y más rápido con el señor Keith que en las clases de la escuela de Cambridge y creo que es mucho mejor que haya abandonado aquella especie de labor. De cualquier modo, no he permanecido ociosa desde que abandoné la escuela. He conseguido mucho más y me he sentido más feliz, que allí.

A la señora Laurence Hutton.

Wrentham, mayo 29 de 1898.

... Mi trabajo sigue perfectamente. Cada día se llena hasta el borde con arduas tareas; porque ansío atesorar todo lo que sea posible, antes de dejar los libros de lado, por el período de las vacaciones de verano. Sé que le agradará saber que he resuelto tres problemas de geometría, ayer, sin ayuda alguna. El señor Keith y la maestra mostraron mucho entusiasmo por lo que había hecho, y, debo confesar que, yo misma sentí una sensación triunfal. Ahora, me parece que podría triunfar si hiciera algo en matemáticas, aunque no veo la importancia que puede tener el saber que las líneas trazadas de las extremidades de la base de un triángulo isósceles, hasta los puntos medios de los lados opuestos, son iguales. En cambio, cuando aprendemos una palabra nueva, ella es llave de tesoros inefables...

A Charles Dudley Warner.

Wrentham, Mass., 7 de junio de 1898.

Temo que llegue usted a la conclusión de que después de todo no deseo tener una tandem. He dejado pasar casi una semana, sin contestar su carta, respuesta en la que debía hablarle del tipo de bicicleta que me gustaría tener. Pero, verdaderamente, he estado tan ocupada con mis estudios, desde que regresamos de Nueva York, que ni he tenido tiempo de pensar en la diversión que representaría para mí la posesión de una bicicleta. Como usted comprenderá, ansío hacer lo que más pueda, antes de que empiecen las largas vacaciones de verano. Sin embargo, estoy contenta de haber llegado ya casi, el momento de poner a un lado los libros, pues los rayos del sol y las flores, y el hermoso lago que se encuentra ante nuestra casa, me están tentando a abandonar mi griego y las matemáticas, especialmente estas últimas. Estoy segura de que para las margaritas y ranúnculos, la geometría es tan útil como lo es para mí, pese a que ilustran maravillosamente sus principios.

Pero no debo olvidarme del tandem. La verdad es que sé muy poco acerca de las bicicletas. He andado tan sólo en una de las llamadas "sociable", que es muy diferente del tandem común. La de tres ruedas, es tal vez mucho más segura, siendo en cambio mucho más pesada y torpe y abarca mucho más espacio en los caminos. Por otra parte, me han dicho que las de tres ruedas son más costosas que las otras. Mi maestra y mis otros amigos creen que podría andar en un tandem Columbia, por el campo, con mucha seguridad. Han considerado también que es buena su sugestión con respecto al manubrio. Mi maestra y yo andamos con una pollera pantalón; pero a ella le sería más fácil utilizar una bicicleta de varón, que para mí; de modo que si se pudiera colocar detrás de ella el asiento para damas, creo que sería mejor...

A la señorita Caroline Derby.

Wrentham, septiembre 11 de 1898.

... Ando siempre fuera de casa; remo, nado y paseo, y hago muchas otras cosas agradables. Esta mañana anduve más de doce millas en mi tandem. El camino estaba pesado y me caí tres o cuatro veces. Tengo mi pierna muy resentida. Pero eran tan hermosos el

tiempo y los paisajes y me divertía tanto en correr sobre la parte más lisa del camino que le restaba importancia a los contratiempos.

Aprendí a nadar y a zambullirme más o menos. Sé nadar un poco debajo del agua y hago casi todo lo que se me antoja sin temor a ahogarme. ¿No le parece maravilloso? Casi no me causa el menor esfuerzo, el remar por el lago, sea cual fuere el peso de la carga que llevo en el bote. Así que imagínese cuán fuerte y bronceada estoy...

A la señora Laurence Hutton.

Boston, 23 de octubre de 1898.

Esta es la primera oportunidad que se me presenta desde que llegamos a ésta el lunes pasado. Hemos estado tan atareadas desde que decidimos venir a Boston, que parecía no acabar nunca. La pobre maestra tenía las manos llenas atendiendo a los mudadores y changadores y mucha otra gente. ¡Cómo desearía que las mudanzas no fuesen tan molestas! Así como lo son para nosotras, especialmente, que debemos hacerlas con tanta frecuencia...

El señor Keith viene aquí todos los días a las tres y media, excepto los sábados. Dice que por ahora prefiere venir aquí. Estoy leyendo la Ilíada, la Eneida y Cicerón, además de trabajar mucho en geometría y en álgebra. La Ilíada es hermosa, con toda la veracidad, la gracia y la simplicidad de un pueblo maravillosamente infantil, mientras que la Eneida es más imponente y reservada. Es como una hermosa doncella que haya vivido siempre en un palacio, rodeada por una corte magnífica. La Ilíada es como un esplendor que tuvo a la tierra por patio de juego.

El tiempo ha estado muy triste durante toda esta semana. Pero el de hoy es un día hermoso, y el suelo de nuestra habitación está bañado de luz solar. Luego, más tarde, iremos a dar un paseíto a los jardines públicos. ¡Cómo desearía que los bosques de Wrentham, estuviesen aquí a vuelta de esquina! Ah, pero no están aquí, a la vuelta, y tendré que conformarme con un paseo por los jardines. En cierto modo, después de ver los grandes campos y pastizales, y las largas hileras de pinos, de la campaña, paracen convencionales y cerrados. Hasta sus árboles dan la impresión de ser urbanos, y conscientes de su condición. Dudo por cierto, que están en buenos términos con sus primos del campo. Sabe que no puedo menos que sentir lástima por ellos con sus aires de elegancia. Son como la

gente que ven diariamente, y que prefiere la aglomerada y bulliciosa ciudad a la tranquilidad y las libertades del campo. Ni por un momento se imaginan que su vida consta de un tiempo limitado. Miran con lástima a los árboles del campo que no han tenido nunca oportunidad "de ver el gran mundo". ¡Oh, Dios! si pudieran advertir cuán limitadas son sus existencias, volarían a defender sus vidas en los bosques y los campos. Pero, ¡qué tontería digo! Usted todavía va a creer que estoy languideciendo por mi adorado Wrentham. Es cierto, si se quiere, en algún modo, pero no del todo. Tengo nostalgias de la "Granja Roja" y de todos los seres queridos que hay allí. Pero no me siento infeliz. Tengo a la maestra y a mis libros, y la seguridad de que algún acontecimiento dulce y bueno, me sucederá en esta gran ciudad, donde los seres humanos luchan durante toda su vida para extraer la felicidad de las crueles circunstancias. De todos modos, estoy contenta de poder tener mi participación en la vida, sea ésta brillante o triste...

A la señora William Thaw.

Boston, 6 de diciembre de 1898.

Mi maestra y yo nos reímos muchísimo de las travesuras de las chicas. Qué divertido hubiera sido verlas con esos trajes, montadas sobre sus fogosos corceles... No puedo menos que desear a veces las diversiones que las otras niñas tienen. ¡Cuán pronto encarcelaría yo a estos fuertes guerreros, a estos sabios de blancas cabezas, a estos héroes imposibles que son ahora casi mis únicos compañeros; y me dedicaría al baile, al canto y a las travesuras como las demás chicas! Pero no debo perder tiempo deseando cosas imposibles, y por otra parte mis amigos mayores que yo son muy sabios e interesantes, y por cierto que su compañía me deleita. Sólo, de vez en cuando, me descorazono y me permito desear las cosas que no puedo desear en esta vida. Pero usted sabe muy bien que mi corazón está colmado de felicidad. El solo pensamiento de que mi Adorado Padre Celestial está siempre junto a mí, dándome cosas en abundancia para enriquecer mi vida verdaderamente, y hacerla dulce y hermosa, hace que todas mis privaciones parezcan diminutas, comparadas con las innumerables bendiciones de que gozo.

A la señora William Thaw.

Boston, 9 de diciembre de 1898.

Me doy cuenta de lo egoísta y codiciosa que he sido al desear que mi copa de felicidad se llenase hasta rebalsar. No me he detenido a pensar que otros tendrían sus vasos vacíos. Estoy realmente avergonzada, de todo corazón por lo desconsiderada que me he mostrado. Una de las ilusiones de mi niñez, y de las que más me cuesta desprenderme, es la de que debemos hacer conocer nuestros deseos, para que ellos puedan realizarse. Pero, voy aprendiendo poco a poco que no existe tanta felicidad en el mundo para satisfacer todos los anhelos de los hombres; y me duele pensar en que haya olvidado aunque más no sea por un momento, que me he excedido en mi participación, y que a igual que el pobrecito de Oliverio Twist, habría pedido aún "más"...

A la señora Laurence Hutton.

Boston, diciembre de 1898.

... Supongo que el señor Keith la informa diariamente sobre nuestro trabajo, y que sabrá que ya he terminado todo lo que de geometría y de álgebra se requiere para los exámenes de Harvard. Después de Navidad, iniciaré un cuidadoso repaso de ambas materias. Sé que le interesará saber que hoy día me gustan ya las matemáticas y que estoy capacitada para desarrollar largas ecuaciones mentalmente, con toda facilidad, lo que me divierte mucho. Creo que el señor Keith es un gran maestro, y le estoy muy reconocida por haberme hecho ver la belleza de las matemáticas. Después de mi querida maestra, él ha hecho más que ningún otro para enriquecer y ampliar mis conocimientos...

A la señora Laurence Hutton.

Boston, 17 de enero de 1899.

...¿Ha visto usted el "Dreaming True" o el "Kitchener's Shool" de Kipling? Es un poema impresionante que me ha hecho soñar. Me imagino que usted habrá leído acerca del "Gordon Memorial College", colegio que los ingleses tienen pensado erigir en Karthoum. Mientras pensaba en los beneficios que reportaría este estableci-

miento a los egipcios, y eventualmente, a la misma Inglaterra, asaltó a mi corazón un fuerte deseo de que mi propio y querido país convierta en forma similar la terrible pérdida de sus bravos del "Maine", en un beneficio similar destinado al pueblo cubano. ¿No sería un colegio en la Habana, el más noble y duradero de los monumentos que podrían erigirse a los bravos del "Maine", como asimismo una fuente de infinito bien común? Imaginad la entrada al puerto de la Habana, cuando se os muestre el muelle junto al cual fué anclado el "Maine" aquella noche terrible en que se operó tan misteriosamente su destrucción, y que se os diga que el hermoso edificio que domina el lugar es el "Maine Memorial College", para educación de cubanos y españoles. ¡Qué glorioso triunfo sería un tal monumento para los mejores y más altos sentimientos de una nación cristiana! No habría allí sugestión alguna de odio ni de venganza, ni huella alguna de la vieja creencia del derecho de la fuerza. Por otra parte, sería para el mundo un símbolo de que cumplimos con nuestra declaración de guerra: Cuba para los cubanos, tan pronto como los hayamos capacitado para asumir los deberes y las responsabilidades de un pueblo que se gobierna a sí mismo...

Al señor John Hitz.

Boston, 3 de febrero de 1899.

... Tuve una experiencia muy interesante el lunes pasado. Una buena amiga me llevó por la mañana al Museo de Artes de Boston. Obtuvo por anticipado un permiso del General Loring, superintendente del museo, para que se me dejara tocar las estatuas, especialmente aquellas que representan a mis antiguos amigos de la Ilíada y la Eneida. ¿No fué un gesto amable el suyo? Mientras estuve allí, entró el mismo general Loring, y me mostró algunas de las estautas más hermosas, entre las cuales se hallaban la Venus de Médici, la Minerva del Parthenon, Diana Cazadora, con su mano sobre la aljaba y un gamo a su lado, y el infortunado Lacoonte y sus dos hijitos, luchando en el pavoroso abrazo de las dos serpientes enormes, alzando sus manos hacia el cielo y con gritos que laceraban el corazón. También vi al Apolo Belvidere. Acababa de matar a Pitón, y se hallaba parado junto a un gran pilar, extendiendo su elegante mano en señal de triunfo, sobre el temible ofidio. ¡Oh! Era sencillamente hermoso. Venus me ha fascinado. Parecía como si recién se hubiera alzado de entre la espuma del

mar, y que su hermosura era un acorde de música celestial. También ví a la pobre Niobe, con su hijo menor pegado a ella, mientras imploraba a la cruel diosa que no le matara al último de sus queridos hijos. Casi lloré. ¡Todo parecía tan real y tan trágico! El general Loring tuvo la amabilidad de mostrarme la copia de una de las maravillosas puertas de bronce del Baptisterio de Florencia, y yo toqué los graciosos pilares que descansaban sobre los lomos de leones feroces. Como usted ve, he tenido el placer de conocer de antemano, lo que algún día deseo poder visitar, Florencia. Me dijo mi amiga que algún día me mostrará la copia de los mármoles traídos por Lord Elgin, del Partenón, pero yo preferiría ver los originales en el mismo lugar en el que el Genius quiso que quedaran, no sólo como un himno de alabanza a los dioses, sino también como un monumento a la gloria de Grecia. A la verdad, me parece que es un error el de sacar cosas tan sagradas del santuario del pasado al que pertenecen...

Al señor William Wade.

Boston, 19 de febrero de 1899.

Pero, ¡bendito sea Dios!, creí haberle escrito al día siguiente de recibir las "Eglogas", diciéndole lo mucho que me alegraba el tenerlas conmigo. Tal vez usted no recibió esa carta. De todos modos, querido amigo, le agradezco por tomarse un mundo de molestias por mí. Le alegrará saber que están por llegar los libros de Inglaterra. Tengo los libros siete y ocho de la Eneida, y uno de la Ilíada, afortunadamente, ya que casi he completado la lista de mis libros de textos impresos en relieve.

Me ha dado una gran alegría el saber de todo lo que se está haciendo por los ciegos-sordos. Cuántos más hechos conozco, más bondades. Hasta hace muy poco tiempo se creía imposible su enseñanza, pero apenas se pudo comprobar que su aprendizaje es un hecho, cientos de bondadosos corazones se inflamaron del deseo de ayudar a cooperar. Podemos contemplar hoy a cuántas de esas pobres y desgraciadas personas, se les enseña a leer la belleza y la realidad de la vida. ¡Siempre encuentra el amor el camino para conducir al mundo de la libertad y la inteligencia, al alma aprisionada!

Con respecto al alfabeto bi-manual, creo que es mucho más fácil para los que están dotados de vista, que el alfabeto manual; por que la mayoría de las letras se parecen a las mayúsculas de

los libros; pero yo creo que cuando se trata de enseñar a un sordo-ciego, a deletrear, el alfabeto manual es mucho más conveniente, y menos notorio...

A la señora Laurence Hutton.

Boston, 5 de marzo de 1899.

... Estoy segura ya de que estaré lista para mis exámenes de junio. En la actualidad el cielo contiene para mí una sola nube, y ella arroja una oscura sombra sobre mi vida; llevándome a veces hasta la ansiedad. La vista de mi maestra no ha mejorado. La verdad es que, se está empeorando aunque ella no lo quiere decir, pues es muy paciente y valiente. Pero para mí es muy penoso sentir que está sacrificando su vista por mí. Siento como si debiera abandonar por completo la idea de ir al Colegio.

Ningún conocimiento del mundo puede hacerme feliz, de conseguirlo a este precio... Deseo, señora Hutton, que persuada usted a mi maestra a que se tome algún descanso y se haga tratar de la vista. A mí no me quiere escuchar.

Me ha hecho fotografiar, y si salieron bien, le enviaré una al señor Rogers, si usted cree que le agradará. Yo, a decir la verdad, no sé de qué modo demostrarle mi profundo agradecimiento por todo lo que hace por mí. Pensé mandarle una foto porque no se me ocurre nada mejor.

Aquí habla todo el mundo acerca de los cuadros de Sargent. ¡Cuánto desearía tener mis ojos para verlos! ¡Cómo me deleitaría su belleza y su color! De cualquier modo, me alegra no estar excluída enteramente del placer de ver los cuadros. Por lo menos tengo la satisfacción de verlos con los ojos de mis amigos, lo que usted comprenderá que no deja de ser un verdadero placer.

Estoy tan profundamente agradecida, que puedo deleitarme en las impresiones de mis amigos.

¡Estoy tan agradecida de poderme recrear en las bellezas que mis amigos reunen y ponen en mis manos!

Estamos todos muy contentos y agradecidos porque el señor Kipling no ha muerto. Poseo su *Libro de la Jungla,* impreso en relieve, ¡qué libro espléndido y apacible es éste! No puedo menos que tener la sensación de que conozco personalmente a su autor. ¡De qué hermosa y adorable naturaleza debe estar dotado este hombre!...

Al Dr. David H. Greer.

Boston, 8 de mayo de 1899.

...Cada día me trae consigo todo lo que puedo lograr y cada noche me trae el descanso y el dulce pensamiento de que estoy un poquito más cerca de la meta. Mi estudio del griego progresa bastante. Ya terminé el noveno libro de la Ilíada, y empiezo ahora la Odisea. También estoy leyendo la Eneida y las Eglogas. Algunos de mis amigos dicen que soy tonta porque concedo tanto tiempo al griego y al latín, pero estoy segura de que cambiarían de opinión si pudieran comprender el mundo maravilloso de experiencia y de pensamiento, que me han abierto Homero y Virgilio.

Creo que la Odisea me gustará aún más. La Ilíada nos habla exclusivamente de la guerra, y a veces una se cansa de tanto entrechocar lanzas, y del estrépito de las batallas. Pero la Odisea versa sobre una valentía más noble. De la valentía de un alma sometida a tántas y tamañas pruebas y que se mantiene firme hasta el fin. En ocasiones me pregunto, a medida que voy leyendo estos espléndidos poemas, por qué al mismo tiempo que los cantos homéricos guerreros encendían a los griegos con valor, aquéllos en que se exaltan las virtudes humanas, no tuvieron una influencia espiritual superior en la vida espiritual del pueblo. Tal vez la razón sea porque los pensamientos verdaderamente magnos son como semillas echadas en la mente humana, que no pasan desapercibidas hasta que después de mucho ajetreo y de pasar como juguetes durante mucho tiempo, hasta que un día, crecidas y fecundadas ya por el sufrimiento y la experiencia, una raza las descubre y las cultiva. Es entonces cuando el mundo avanza un poco en su camino hacia el paraíso.

Estoy trabajando mucho ahora. Espero que rendiré exámenes en junio, pero tengo mucho que hacer antes de sentirme dispuesta a enfrentarme al juicio...

Le agradará saber que mi madre, mi hermanita y mi hermano, vendrán al Norte a pasar conmigo el verano. Viviremos juntos en un pequeño *cotagge* ubicado junto a uno de los lagos de Wrentham, mientras mi querida maestra se toma un merecido descanso. No ha disfrutado de vacaciones durante casi doce años; piense usted en eso, y durante todo ese tiempo, ha sido la luz del sol de mi vida. Ahora, sus ojos le ocasionan algunos trastornos, y creemos necesario que se la releve por un tiempo de todo cuidado y responsabilidad.

Pero no estaremos enteramente separadas; nos veremos, según lo espero, todos los días. Y cuando venga July, imagíneme remando en el bote en el que conduzco a los que quiero por el lago; en ese mismo botecito que usted me regaló, a mí, la chica más feliz del mundo...

A la señora Laurence Hutton.

Boston, 28 de mayo de 1899.

...Hemos estado con mucha tarea hoy. El señor Keith estuvo esta tarde tres horas en casa, echando un torrente de latín y de griego en mi pobre y aturdida cabeza. ¡Creo sinceramente que conoce más gramática latina y griego que lo que hubieran podido soñar los mismísimos Cicerón u Homero! Cicerón es espléndido, pero sus oraciones son muy difíciles de traducir. A veces me da vergüenza cuando hago decir a un hombre tan elocuente, cosas que parecen absurdas o insípidas; pero, ¿cómo podría interpretar a un genio tal, una escolar? Pues debiera yo ser un Cicerón para hablar como un Cicerón...

Linnie Haguewood es una niña sorda y ciega, una de las tantas a quienes ayudó el señor William Wade. En su educación desempeñaron un rol fundamental los informes que sobre todos los trabajos realizados por la señorita Sullivan con Helen, le fueron entregados a su maestra, Miss Dora Donald, por el señor Hitz, superintendente del Volta Bureau.

Al señor William Wade.

Wrentham, Mass., 5 de junio de 1899.

...La carta de Linnie Haguewood que me envió Ud. hace unas semanas me ha interesado mucho. Me ha dado la impresión de que es espontánea, y de que posee una gran dulzura de carácter. Me divirtió mucho lo que dice acerca de la historia. Siento mucho que no le interese; pero, sin embargo, yo también advierto cuán oscura, misteriosa y a veces temible resulta la historia de los viejos pueblos, de las antiguas religiones y de las viejas formas de gobierno.

Bueno, debo confesar que no apruebo el lenguaje por medio de señales, y no creo que sirva de mucho al ciego-sordo. Me es muy difícil seguir los rápidos movimientos que ejecutan los sordo-

mudos, y además parece que los signos constituyen un gran impedimento para el aprendizaje del uso del lenguaje libre y fácilmente. A veces me es muy difícil entenderlos hasta cuando deletrean con los dedos. En resumen, si no se les puede enseñar a articular el alfabeto manual parece ser el mejor y más conveniente de los medios de comunicación. De cualquier modo, estoy segura de que los sordo-ciegos no pueden aprender a usar los signos con facilidad alguna.

El otro día conocí a un señor noruego, sordo, que conoce mucho a Ragnhild Kaata y a su maestra, y mantuvimos acerca de aquélla una conversación muy interesante. Dijo que era muy habilidosa y que era muy feliz. Cuenta que hila, hace muchas labores, lee y lleva una vida útil y regalada. ¡Imagínese que no conoce el alfabeto manual! Lee muy bien los labios, y si no puede entender alguna frase, sus amigos se la escriben en la mano, y conversa así con los extraños. Yo no puedo descifrar nada de lo que se me escribe en la mano, así que ya ve, Ragnhild ha progresado más que yo en algunas cosas. Espero verla alguna vez...

A la señora Laurence Hutton.

Wrentham, julio 29 de 1899.

...Salí bien en todas las materias que rendí, y con felicitaciones en latín superior... Pero debo confesar que tropecé con grandes dificultades el segundo día de examen. No le permitían a mi maestra que me leyera los cuestionarios, y hubo que copiármelos en Braille. Este procedimiento resultó muy eficaz en cuanto a los idiomas, pero no así en lo referente a las matemáticas. En consecuencia, no pude hacer todas las cosas como hubiera sido capaz de hacerlas si le hubieran permitido a la maestra leerme el cuestionario de álgebra y el de geometría. Pero no vaya usted a creer que quiero culpar a alguien. Por supuesto, no advertían las dificultades y problemas que me creaban en los exámenes. ¿Cómo se lo iban a imaginar? Ellos pueden ver y oír, y, claro está, supongo que no podrían entender las cosas desde *mi punto de vista.*

Hasta ahora este verano me ha sido muy placentero. Mi madre, mi hermana y mi hermanito se encuentran aquí desde hace cinco semanas y nuestra felicidad no tiene límites. Nuestro placer no estriba tan sólo en el hecho de estar juntos, sino que encontramos nuestro hogar de lo más delicioso. ¡Cómo desearía que pu-

diese usted contemplar la hermosa vista del lago, desde nuestra galería! Las islas parecen piquitos de esmeralda, a la dorada luz del sol, y las canoas que flotan aquí y allá, como hojas de otoño llevadas por la suave brisa, aspirando una la deliciosa fragancia tan peculiar de los bosques. Todo eso nos viene como un murmullo de alguna región desconocida. No puedo menos que preguntarme si será la misma fragancia que hace mucho tiempo saludó a los Noruegos cuando de acuerdo a las tradiciones visitaron nuestras cosas, un eco oloroso de muchos siglos de silencioso ascenso y descenso de flor y árbol...

A la señora Samuel Richard Fuller.

Wrentham, 20 de octubre de 1899.

...Creo que ya es tiempo de que le cuente algo acerca de nuestros planes para el invierno. Usted sabe que hace mucho que ambiciono ir a Radcliffe y recibir allí un título como lo han hecho muchas chicas, pero el decano Irwin, de Radcliffe, me ha convencido de conformarme por el momento a tomar un curso especial. Me dijo que ya había yo demostrado al mundo que podía llevar a cabo el trabajo del colegio, pues había aprobado todos mis exámenes, a pesar de los muchos obstáculos que se me oponían. Me demostró que cometería una tontería al tomar un curso de cuatro años de estudio en Radcliffe, nada más que para asemejarme a las otras chicas, cuando podía invertir mejor ese tiempo cultivando mi capacidad para escribir. Decía que no consideraba el título como cosa de valor alguno, y que creía mucho mejor que me dedicara a algún trabajo original, en vez de perder todas las energías por alcanzar aquél. Los argumentos que me presentó eran tan prácticos y tan en razón que no pude menos de ceder. Se me hizo muy, pero muy difícil abandonar la idea de ir al colegio; la había llevado *in mente* desde pequeñita, ¿pero hay necesidad de hacer una cosa tonta por el sólo hecho de haberla deseado durante mucho tiempo, no es cierto?

Pero mientras discutíamos los planes para el invierno, una sugestión formulada tiempo atrás por el Dr. Hale, asaltó la mente de mi maestra: que yo siguiera cursos similares a los que se enseñaban en Radcliffe, con la instrucción de los profesores de esos mismos cursos. Miss Irwin no pareció oponerse a esta proposición y se ofreció amablemente para ver a los profesores y preguntarles

si me enseñarían. Si tienen la bondad de enseñarme y si tenemos el dinero suficiente, mis estudios serán este año inglés, literatura inglesa del período isabelino, latín y alemán...

Al señor John Hitz.

Cambridge, 11 de noviembre, 1899.

...Con referencia a la cuestión del Braille, no alcanzo a expresar la profunda angustia que sentí al saber que mi declaración relativa a los exámenes había sido puesta en tela de juicio. La ignorancia parece ser raíz de estas contradicciones. Pero si usted mismo parece creer que yo le enseñé el Braille americano, siendo que no conoce ni una sola letra de nuestro sistema. ¡Tuve que reírme al llegar a la parte en que usted decía que se estaba comunicando conmigo en Braille americano, y me escribía precisamente en Braille inglés.

La verdad acerca de mis exámenes en Braille es la siguiente:

De cómo aprobé mis exámenes de Ingreso para el Radcliffe College.

El 29 y 30 de junio de 1899, rendí mis exámenes para el Radcliffe College. El primer día tuve griego elemental y latín superior, y el segundo día, geometría, álgebra y griego superior.

Las autoridades del establecimiento no permitieron que Miss Sullivan me leyera los cuestionarios. Y entonces, se le encargó al señor Eugene C. Vining, uno de los instructores de la Institución Perkins para ciegos, que me copiara los cuestionarios en Braille. El señor Vining me era desconocido, y no se podía comunicar conmigo excepto escribiendo en Braille. El Censor Universitario me era también desconocido, y no intentó comunicarse conmigo de ningún modo; como ni uno ni otro estaban familiarizados con mi habla, no podían entender de inmediato lo que les decía.

De cualquier manera, mi Braille me sirvió bastante para los exámenes de idiomas, pero en geometría y en álgebra, las cosas fueron distintas. Estaba confundida y me sentí descorazonar, y perdí un tiempo precioso, especialmente en álgebra. Por supuesto que estoy muy familiarizada con todos los Brailles literarios —el inglés, el americano, y el New York Point—, pero el sistema de escritura de los signos empleados en la geometría y en el álgebra, de los tres sistemas, es muy distinto, y dos días antes de los exámenes, sólo conocía el método inglés. Usé este sistema para el

estudio, y nunca, otro método. En geometría, mi dificultad residía en que me hallaba acostumbrada a leer las proposiciones en Impresión Lineal, o a que me las deletrearan en la mano, y en cierto modo, aunque las proposiciones estuvieran ante mí, el Braille me desconcertaba y no podía fijar en mi mente lo que estaba leyendo. Cuando llegué al ágebra, tropecé aun con más escollos; estaba en una gran desventaja por mi desconocimiento de la notación. Confundí los signos que había aprendido el día anterior y que creía conocer perfectamente. Mi trabajo, en consecuencia, se desarrollaba con lastimosa lentitud, y me vi obligada a leer los ejemplos una y otra vez, antes de darme clara cuenta de lo que debía hacer. A decir verdad, no podría asegurar ahora si leí todos los signos correctamente.

Además hay otra cosa, que deseo esclarecer totalmente, con respecto a lo que el señor Gilman le escribió a usted. Nunca recibí enseñanza directa en la Escuela Gilman. La señorita Sullivan se hallaba siempre sentada a mi lado, y me refería lo que decían los maestros. Le enseñé a Miss Hall mi maestra de Física, a escribir en Braille americano, pero nunca me dió clases por medio de ese sistema, salvo que unos cuantos problemas que escribí para hacer práctica —y que me hicieron perder mucho tiempo en mis intentos por descifrarlos—, puedan llamarse *enseñanzas*. La querida Frau Grote aprendió el alfabeto manual y lo utilizaba para darme sus lecciones, pero esto era en privado, y las pagaban mis amigos. En la clase de alemán, Miss Sullivan me interpretaba en lo que podía, lo que el maestro iba diciendo.

Tal vez si manda usted una copia de esta carta a las autoridades del Colegio de Cambridge ella iluminará algunos asuntos, que parecen por ahora hallarse sumidos en la más profunda oscuridad.

A la señorita Mildred Keller.

Cambridge, noviembre 26, 1899.

...Por fin hemos podido arreglar el plan de invierno y nuestro trabajo marcha bien. El señor Keith viene todas las tardes a las cuatro y me extiende su mano de amigo para sacarme de los atolladeros que se presentan en el dificultoso camino que todo alumno debe andar. Estoy estudiando historia y literatura inglesa, francés y latín, y muy pronto empezaré el estudio de la composición alemana e inglesa: ¡gimamos! Sabes que yo detesto la gramática tanto como tú; pero supongo que he de sufrirla si es que quiero

llegar a escribir, así como debimos chapucear cientos de veces en el lago, antes de que aprendiésemos a nadar. En francés, mi maestra me está leyendo "Columba". Es una novela deliciosa, llena de expresiones picantes y aventuras espeluznantes —no te atrevas a censurarme porque use palabrotas que tú también usas— y si llegaras alguna vez a leerla, estoy segura de que te gustará muchísimo. Tú estás estudiando historia inglesa, ¿no es cierto? ¡Oh!, es extremadamente interesante. Yo estoy haciendo un estudio profundizado sobre el período isabelino de la reforma, de las leyes de Supremacía y de Conformidad, de los descubrimientos marítimos, y de las cosas que parece haber inventado el diablo para plagar la existencia de las jovencitas como tú.

Tenemos ahora un espléndido ajuar de invierno —casacas, sombreros, vestidos y todo. Acabamos de hacernos hacer cuatro vestidos por una modista francesa. Yo tengo dos. Uno de ellos tiene pollera negra de seda, adornada con una puntilla que hace juego con una blusa de popelina blanca adornada con terciopelo de chifón color turquesa, y puntillas color crema sobre una religiosa de satén. El otro es de lana, de precioso color verde. La parte de la blusa está adornada con terciopelo brocado de color rosa y verde, y con puntillas blancas. Creo que tiene una doble hilera de voladitos, sobre la parte delantera y lleva al costado adornos de terciopelo verde brocado. También una hilera de botoncitos blancos. La maestra tiene un vestido de seda. La pollera es negra y la parte de la blusa, es amarilla, adornada con chifón de delicado color púrpura. Lleva también lazos de terciopelo negro y puntillas. Su otro vestido es de color morado y está adornado con terciopelo del mismo color y lleva un cuello de encaje color crema. Así que, te imaginarás que parecemos pavos reales; lo único que nos falta son las colas...

Hace una semana, se jugó un gran partido de fútbol entre Harvard y Yale, y estuvo de lo más emocionante. Oíamos los gritos de los muchachos y los vítores de los espectadores, y cuando salimos, el ruido era tan espantoso que nos aterrorizamos pensando que fuera más bien el estruendo de una batalla que los ruidos de un match de fútbol. Pero a pesar de los esfuerzos realizados por ambas partes, no se abrió el puntaje, y riéndonos, comentamos: "Bueno, la olla ya no llama negra a la pava"...

A la señora Laurence Hutton.

Nueva York, enero 2 de 1900.

...Hace una semana que estamos aquí, y nos quedaremos con la señorita Rhoades hasta el sábado. Gozamos de cada uno de los minutos de nuestra permanencia aquí. Vimos muchos de nuestros viejos amigos y nos hicimos de algunos nuevos. Almorzamos con los Rogers, el viernes último y se mostraron muy atentos con nosotras... Fuimos a la iglesia de San Bartolomé el domingo y nunca me sentí tan a gusto en una iglesia, desde la muerte del querido obispo Brooks.

El doctor Greer leía tan atentamente, que mi maestra me deletreaba palabra por palabra... Después de la misa, le pidió al señor Warren, el organista, que tocara para mí. Me quedé en el centro de la iglesia, donde las vibraciones de las notas se perciben con más fuerza, sintiendo cómo las poderosas ondas sonoras se estrellaban contra mí, como las grandes olas se estrellan en el mar contra una navecilla.

Al señor John Hitz.

Cambridge, 3 de febrero, 1900.

...Mis estudios se están haciendo más interesantes que nunca. Estoy leyendo en latín las "Odas" de Horacio. Aunque me resultan difíciles de traducir, me resultan sin embargo los más amables trozos de la poesía latina que he leído o que leeré jamás. En francés hemos terminado "Columba" y estoy leyendo "Horace", de Corneille, y las fábulas de La Fontaine, que tengo en edición Braille. Aún no he profundizado mucho con ninguno de los dos, pero sé que me deleitaré con las fábulas, pues han sido escritas en forma deliciosa, y nos ofrecen muy buenas lecciones en forma simple y no exenta de atractivos. Creo que no le he dicho que mi querida maestra me está leyendo "La Reina de las Hadas". Temo que le encuentre tantas faltas al poema como causas para disfrutarle. No me atraen mucho las alegorías, a decir verdad, sino que más bien me cansan. Y no puedo menos que pensar que el mundo spenceriano de caballeros, paganos, hadas, dragones y toda clase de criaturas extrañas, es en cierto modo, un mundo grotesco y entretenido; pero el poema en sí es muy lindo y musical como un arroyuelo.

Soy la orgullosa dueña de cincuenta libros nuevos que ordenamos en Louisville. Entre ellos se encuentran "Henry Esmond", los "Ensayos" de Bacon, y extractos de "Literatura Inglesa". Tal vez la semana entrante tendré unos cuantos libros más: "La Tempestad", "El Sueño de una Noche de Verano" y, posiblemente, algunas selecciones de la historia de Inglaterra, de Green. ¿No soy afortunada?

Temo que esta carta esté saturada de libros, pero en realidad, son los que constituyen toda mi vida estos días, y apenas veo u oigo alguna otra cosa. Me parece que duermo sobre los libros toda la noche. Usted bien sabe que la vida de un estudiante está necesariamente circunscripta y reservada casi exclusivamente a las cosas que sólo están en los libros...

Al Presidente del Consejo Académico del Radcliffe College.

Cambridge, mayo 5, 1900.

Estimado señor:

Acudo a usted con el objeto de solicitar su consejo en cuanto a mi plan de estudios para este año, en lo que se refiere a mis posibilidades de ingreso a los cursos regulares del Radcliffe College. Desde que recibí en julio próximo pasado mi certificado de admisión en esa institución, he estudiado con un profesor particular Horacio, Esquilo, Francés, Alemán, Retórica, Historia Inglesa, Literatura Inglesa, y crítica, y composición.

Desearía proseguir la mayoría, sino todos, de estos estudios en el Colegio. Las condiciones en que se lleva a cabo mi trabajo, requieren la presencia de la señorita Sullivan, que ha sido mi maestra y compañera durante trece años, para servirme de intérprete del discurso oral y como lectora de los cuestionarios del examen. Durante mi estada en el Colegio, ella, o probablemente cuando se trate de otras materias, otra persona, deberán necesariamente acompañarme en las aulas durante las clases. Debo realizar todo mi trabajo escrito a máquina, y si algún profesor no llegara a entender mi habla, podría escribirle las respuestas a sus preguntas para entregarlas al finalizar la clase.

¿Puede el Colegio acomodarse a estas inauditas condiciones, facilitándome la prosecución de mis estudios en Radcliffe? Entiendo que los obstáculos que se me presentan para recibir la enseñanza que se imparte en el colegio son muchos —a otros les pare-

cen invencibles—, pero no obstante, mi estimado señor, un verdadero soldado no admite derrotas antes de dar las batallas.

A la señora Laurence Hutton.

Cambridge, 9 de junio de 1900.

...Aun no tengo noticias de la Junta Académica, en cuanto a mi carta. Espero sinceramente que la contestación sea favorable. Mis amistades se extrañan de tan larga vacilación, sobre todo teniendo en cuenta que yo no les he pedido que simplifiquen mi trabajo en lo más mínimo, sino que he pedido tan sólo que lo modificaran de acuerdo a las circunstancias especiales que me afectan. El Colegio de Cornell me ofreció disponer los arreglos que a mí me convengan, si es que decido asistir a sus clases. Y la Universidad de Chicago me ha hecho un ofrecimiento similar; pero temo que yendo a algún otro Colegio se crea que no he rendido satisfactoriamente los exámenes de Radcliffe...

En el otoño, la señorita Keller ingresó al Colegio de Radcliffe.

Al señor John Hitz.

Cambridge, noviembre 26 de 1900.

...se ha comunicado ya con usted respecto a su plan y al mío de fundar una institución destinada a los niños sordos y ciegos. Al principio me entusiasmé muchísimo, y quería mucho colaborar, y no había soñado en la gran oposición que se suscitaría, salvo por cierto, de parte de aquéllos que son hostiles a la maestra. Pero ahora después de pensar seriamente el plan ya realizado en beneficio de los niñitos, para que tuviesen las mismas facilidades que tuve yo, había olvidado los probables obstáculos que podían surgir al intentar yo algo similar a lo que propuso.

Mis amigos creyeron que podríamos tener uno o dos alumnos en nuestra casa, y de este modo, nos aseguramos el beneficio de reportar alguna utilidad a los demás, sin los inconvenientes que representa una escuela grande. Son muy buenos todos, pero por lo que decían no pude menos que pensar que hablaban contemplando las cosas, más desde un punto de vista comercial que humanitario. Estoy segura que no entienden cuán apasionadamente deseo que todos los afectados por los mismos males míos, puedan re-

cibir sin tropiezos la herencia que les corresponde, de un pensamiento, conocimiento y amor. Y sin embargo, no podía cerrar mis ojos ante la fuerza de sus argumentos, y comprendí que debía abandonar el plan, por irrealizable.

También se creyó necesario que yo designara una junta de consejeros para que controlara mis asuntos mientras me encuentro en Radcliffe. Consideré cuidadosamente esta sugestión, y le dije al señor Rhoades que me sentiría muy orgullosa y contenta de tener sabios amigos a quienes podía acudir en demanda de consejo para resolver cualquier asunto de importancia. Para integrarla elijo a mi madre, a mi maestra, que es como una madre para mí, a la señora Hutton, al señor Rhoades, al doctor Greer y al señor Rogers.

Conversamos largo rato con el doctor Bell. Finalmente nos propuso un plan que nos alegró sobremanera. Nos dijo que la fundación de una escuela para niños sordos y ciegos sería un grave error, pues de ese modo, los niñitos perderían las oportunidades más preciosas para entrar de lleno en la vida más rica y libre de los niños que oyen. Por supuesto que yo había tenido muchos temores a este respecto, pero no sabía cómo resolver la cuestión.

De cualquier modo, el doctor Bell sugirió que... y todos los amigos interesados en el plan, organizar una asociación para la promoción de la educación del sordo y ciego. Mi maestra y yo, claro está, estábamos incluídas. De acuerdo a los proyectos, mi maestra enseñaría a varias personas a instruir a los pequeños ciegos y sordos a domicilio, como lo había hecho conmigo. Al mismo tiempo, añadió el doctor Bell, yo podría emprender tranquila la batalla para pasar el Radcliffe, compitiendo con las chicas videntes y oyentes, ya que el gran anhelo de mi corazón se iba cumpliendo. Palmeamos y gritamos de júbilo, ...se fué radiante de placer, y la maestra y yo sentimos nuestros corazones más aliviados...

Al señor John D. Whight.

Cambridge, 9 de diciembre de 1900.

Usted me cree una villana, y no puedo pensar en una palabra lo suficientemente mala para expresar su opinión acerca, a no ser que "cuatrera" convenga a ese propósito. Dígame la verdad, ¿me cree tan mala? Espero que no sea así, porque he pensado muchas

cartas dirigidas a usted que nunca fueron transcriptas al papel, y me encantó recibir su buena carta; sí, he estado realmente encantada y traté de contestarla en seguida. Pero los días pasan inadvertidamente cuando una está ocupada, y he estado *muy* ocupada este otoño. Créamelo; las chicas en Radcliffe están siempre hasta las orejas de trabajo. Si lo duda, venga y entérese usted mismo.

Sí, estoy estudiando un curso regular del colegio para optar al título de Bachiller de Artes. Cuando lo sea, supongo que no se atreverá usted a llamarme villana. Estoy estudiando inglés, el inglés de los cursos secundarios —que no sé en qué se diferencia del inglés sencillo—, alemán, francés e Historia. Disfruto más de mi trabajo que lo que esperaba, que es otra forma de decir que me alegra haber venido. A veces es difícil, muy difícil; pero aún no me han echado a pique. No, no estudiando matemáticas, ni griego, ni latín. Los cursos en Radcliffe son electivos, únicamente algunos cursos de inglés son prescriptivos. Yo aprobé mi inglés y el francés superior antes de entrar al Colegio, y elegí allí los cursos que más me gustaron. No pienso abandonar del todo el latín y el griego. Puede ser que me dedique a estos estudios más adelante, pero a las matemáticas les he dicho ¡adiós para siempre! Y le aseguro que me alegró los últimos tragos horribles. Espero que me recibiré en cuatro años. Pero pese a todo, no me preocupo. No tengo ningún apuro, y quiero sacar todo el fruto posible de mis estudios. A muchos de mis amigos les gustaría que tomase dos y hasta un solo curso por año, pero yo me opongo a pasar el resto de mi vida en el colegio...

Al señor William Wade.

Cambridge, diciembre 9 de 1900.

...Ya que se muestra usted tan interesado en los sordo-ciegos, le relataré algunos casos con los que me he topado últimamente. El mes de octubre ppdo. supe de una niñita muy despierta, de Texas. Su nombre es Ruby Rice, y cuenta trece años, a lo que creo. No se le ha enseñado nunca; pero dicen que sabe coser y que ayuda a los demás en esta clase de trabajo. Su sentido del olfato es maravilloso. Entra a un negocio y se dirige a los estantes de mercaderías, y puede distinguir también sus propias cosas. Sus padres estaban muy ansiosos por conseguirle una maestra. .

Conozco también una niñita de la Institución para Sordos de Misisipí. Su nombre es Maud Scott, y tiene seis años. La señorita Watkins, la dama que se halla a su cargo, me escribió una carta muy interesante. Dice que Maud nació sorda y que perdió su vista a los tres meses, y que hace tres meses, cuando ingresó al Instituto, era casi una inválida. No podía caminar y hacía muy poco uso de sus manos. Cuando procuraban enseñarle a enhebrar cuentas de color, sus manitas caían hacia los lados. Evidentemente, su sentido del tacto no se había desarrollado, y aún hoy no puede caminar sin que alguien la sostenga de la mano. No obstante, parece ser extremadamente inteligente. Agrega la señorita Watkins que su alumna es muy bonita. Le escribí diciéndole que cuando Maud aprenda a leer, tendrá muchos libros de cuentos para mandarle. ¡La pobre y dulce niñita!, me sangra el corazón al pensar que está apartada de todo lo que es bueno y apetecible en la vida. Parece que la señorita Watkins es justamente el tipo de maestra que ella necesita.

No hace mucho que estuve en Nueva York, donde vi a la señorita Rhoades, quien me contó el caso de Katie McGirr. Dijo que la pobre jovencita hablaba y actuaba como una pequeña. Katie jugaba con los anillos de la señorita Rhoades, y se los llevó exclamando en una risotada: "No los volverás a tener". Sólo la entendía cuando le hablaba acerca de las cosas más sencillas. Ha querido mandarle algunos libros, pero sin hallar nada que fuese suficientemente simple para ella... Me sorprendió mucho saber todo esto, porque por vuestras cartas juzgué que Katie era una chica muy precoz...

Hace unos días me encontré con Tommy Stringer en la estación ferroviaria de Wrentham. Es un muchachón grande y fuerte, y creo que pronto habrá menester de un hombre que lo cuide; es demasiado para una dama. Va a la escuela del Estado, me han dicho, y progresa mucho, aunque sin dar pruebas de ello en su conversación, que se limita a un "sí" y a un "no"...

Al señor Charles T. Copeland.

20 de diciembre de 1900.

Mi querido señor Copeland:

Me aventuro a escribirle porque temo que si no le doy una explicación acerca de por qué dejé de escribir los temas, usted

pensará que es porque me he desalentado. O que, tal vez, me he escapado cobardemente de su clase. Le ruego que no vaya a pensar ninguna de estas cosas, tan desagradables. No me he desalentado ni tengo miedo. Siento la confianza de poder seguir escribiendo los temas que hasta ahora he escrito y espero pasar el curso con clasificaciones bastante buenas; pero este trabajo literario de retacitos ha perdido todo interés para mí. Nunca estuve satisfecha con mi trabajo, pero no supe jamás cuál fué mi dificultad hasta que usted me la señaló. En octubre último, cuando llegué a mi clase, procuré con todas mis fuerzas igualarme a las demás. Y traté de olvidar en lo posible mis limitaciones y el ambiente un poco peculiar que me envolvía. Hoy, como quiera que sea, advierto la tontería que cometí al tratar de atar mi carro a una estrella, con arreos que no le pertenecen.

He aceptado siempre las experiencias y observaciones de los demás como cosa de hecho. No se me ocurrió nunca que tal vez sería bueno formular mis propias observaciones y describir las experiencias que son peculiarmente mías. He resuelto de ahora en adelante, ser yo misma, vivir mi propia vida y escribir mis propios pensamientos cuando los tenga. Cuando escriba algo que parezca fresco y espontáneo, y digno de vuestra crítica, os lo llevaré, si puedo hacerlo, y si usted cree que es bueno, seré feliz; pero si vuestro veredicto es desfavorable, trataré únicamente y aun una vez más hasta que haya tenido éxito y coronado mi intención de complacerle...

Al señor William Wade.

Cambridge, 2 de febrero de 1901.

...¿Tiene usted algunos trozos impresos en Braille inglés especiales para aquellos que han perdido la vista en época tardía, o cuyos dedos, endurecidos por una ardua labor, no son tan sensibles al tacto como los de los demás ciegos? Leí un informe acerca de ese sistema en una de mis revistas inglesas, y desearía saber más acerca de él. Si es tan eficiente como dicen, no veo la razón por la cual no se adopta el Braille inglés para los ciegos de todas las naciones. Porque es la impresión lo que antes que nada puede adaptarse a los distintos idiomas. Como usted sabe, aun el griego puede imprimirse en relieve. Y, además, ese método puede hacerse aún más eficiente mediante el empleo del sistema del "inter-

punteo", que ahorra mucho espacio y papel. Creo que no hay nada más absurdo que tener cinco o seis impresiones diferentes para los ciegos...

La carta siguiente fué escrita respondiendo a un ofrecimiento del director del *The Great Round World,* en el sentido de publicar esa revista en tipografía en relieve, para los ciegos, en caso de haber un número suficiente de suscriptores.

Al "The Great Round World".

Cambridge, febrero 16, 1901.

Señores: Recién hoy he podido hacer tiempo para contestar vuestra interesante carta. Un pajarito me había soplado ya la buena nueva al oído, pero era doblemente interesante escucharla de labios de ustedes.

Sería espléndida una impresión de la revista en el "idioma que se toca"...

A la verdad, que leer uno mismo lo que se desea, se piensa y se hace en el mundo, el mundo en cuyas alegrías y pesares, éxitos y fracasos, tenemos fija nuestra más profunda atención, sería una felicidad demasiado grande para poder expresarla en palabras.

Dudo, sin embargo, de que los ciegos, una clase pobre, en general, pueda soportar el gasto de suscripción. No obstante, creo que los muchos y grandes amigos de los ciegos no vacilarían en colaborar con la revista para ese propósito, si fuese necesario...

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EL 30 DE MARZO
DE 1951, EN LOS TALLERES
"EL GRÁFICO, IMPRESORES",
SAN LUIS 3149, BUENOS AIRES.

Date Due			
7/17/69			